
3 1761 05104487 3


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

JUICIO CRÍTICO.

PARIS. IMPRENTA DE WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS ESPAÑOLES

CONTEMPORANEOS

POR

artinez

D. JUAN M. VILLERGAS.



PARIS

LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

1854

AUTORES ESPAÑOLES

CONTEMPORANEOS.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Mucho tiempo hace que algunas personas, formando de mí como crítico un elevado concepto que me creo muy léjos de merecer, han manifestado deseos de verme emprender una obra en que, examinando concienzudamente las de los poetas mas notables contemporáneos, vindique á la nacion española de los injustos tiros que á sus injenios modernos asestan otras naciones con mas vanidad propia que sentimiento de justicia, y fije al mismo tiempo la opinion, algo extraviada por cierto, acerca del mérito real de algunos escritores que con mas ó ménos razon se han labrado una reputacion literaria en nuestros dias.

Prescindiendo ahora de lo que tales indicaciones han podido lisonjear mi amor propio, y de si yo soy ó no la persona mas á propósito para llenar esta mision con la inteligencia que reclama, lo cierto es que la crítica literaria puede decirse que murió en España con el

ilustre Figaro, y añadiré que la verdadera crítica no ha sido conocida entre nosotros desde que el gran Quintana publicó el brillante prólogo de su célebre *coleccion de poetas españoles;* y aun para eso, aquella crítica tan inteligente como desapasionada, refiriéndose á obras cuyos autores no existian en la época en que vió la luz pública, no es otra cosa que el fallo de la posteridad formulado por uno de los primeros maestros en el arte.

No quiero decir por esto que el memorable Larra, cuyas obras durarán tanto como la lengua que tan felizmente supo manejar, no tuviese toda la aptitud necesaria para ejercer la crítica; pero niego, sin embargo, que en la época de disensiones y rivalidades en que floreció, pudiera tener la imparcialidad que le habria sido indispensable para elevarse á la esfera de su mision. Así, en este eminente escritor, al lado de las graciosas y oportunas observaciones de que están esmaltadas sus críticas, se ven descollar alguna vez las personalidades, y con mucha frecuencia la expresion mal embozada de sus iras ó de sus afecciones.

A pesar de este defecto en que todos, y yo el primero, hemos incurrido, miéntras Larra vivió, la España tuvo un crítico profundo que ilustrase la opinion pública, y los ingenios contemporáneos un rígido censor cuyas observaciones podian servirles á la vez de leccion y de estímulo, porque tal es la importancia de la crítica cuando está desempeñada por hombres de buen gusto, instruccion y talento. Así, los ingenios adocenados que ávidos de gloria invaden la arena literaria con mas vanidad que inspiracion, lo mismo que los malos cómicos de que por desgracia ha sido harto pródiga la capital de España, tuvieron un verdadero placer el dia que Figaro concibió la imperdonable locura de cortar el hilo de su existencia, al paso que aquellos mismos

á quienes justa ó injustamente habia criticado, pero que, dotados de buen juicio, tenian el inmenso talento que el hombre necesita para apreciar el mérito ageno, sintieron profundamente la muerte de Larra que dejaba en la república de las letras un vacío tan grande como en su desgraciada familia. Murió, pues, Figaro, y sobre su tumba se levantó Zorrilla, como si la naturaleza hubiera querido suplir al genio ordenado que acababa de devorar con el genio mas desordenado que abrigaba en sus entrañas. Es decir, que al imperio de la inspiracion contenida en sus razonables y justos límites sucedió la fantasía desbocada y frenética que jamás ha respetado los fueros del buen sentido, la inundacion poética, especie de epidemia asoladora de que el nuevo vate parecia portador como el Judío Errante de Eugenio Sue; y desde aquel momento la fuerza de la lógica emigró entregando su diadema á la fuerza del consonante. Creo que mi amigo Zorrilla, en quien desde luego reconozco grandes cualidades, me perdonará el concepto que de este contraste puede resultar á la gloria de su aparicion, aunque solo sea en gracia de la amistad que siempre le he profesado y de la justicia con que le he tratado y pienso tratarle en adelante. Culpa será de mi escasa inteligencia, y no de mi sana intencion, si en el hallazgo de un gran poeta, con cuya amistad me honro, no he visto jamás compensada la pérdida de un eminente crítico á quien no tuve el gusto de conocer, lo que prueba al ménos mi imparcialidad.

Antes de que Larra muriese, las musas españolas representadas por Breton, Martinez de la Rosa, el duque de Rivas, mi amigo Gil y Zárate, Hartzenbusch y Garcia Gutierrez, de los cuales los dos últimos acababan de hollar la arena literaria, habian dado á entender que

no era llagada la época de nuestra mortal decadencia, ya que no tocasemos á la de nuestro renacimiento. Faltó á la literatura el apoyo de la crítica, y se levantaron nuevos vates quizá iguales ó superiores algunos en talento; pero muy inferiores todos en sus obras á los que llevo citados. Tan cierta y visible es la decadencia de nuestra literatura cuando careció del apoyo benéfico que supo prestarla una crítica ilustrada y juiciosa, que aquellos mismos que habian alimentado con mas ó ménos fundamento nuestras esperanzas, no acertaron con sus nuevas producciones á sostenerse á la altura en que anteriormente se habian colocado.

Ahora, para demostrar que desde el año 37 hasta el presente la crítica ha sido, no solo descuidada, sino desconocida entre nosotros, bastará decir que los que á ella se han dedicado, obrando casi siempre por el impulso de sus afecciones personales y aun por simpatías ó antipatías políticas, no han sabido hacer otra cosa que sátiras ó elogios, siendo suficiente saber el nombre del sugeto criticado para adivinar la opinion del crítico ó ver el nombre del crítico para saber la suerte del criticado. A este grave inconveniente hay que añadir otro mas trascendental, y es la nulidad de los críticos sin criterio que, errando la vocacion, han querido dirigir la opinion pública, consiguiendo solo, como de ellos debia esperarse, extraviarla y corromperla.

En efecto, los unos aficionados al romanticismo, en todo lo que esta escuela tiene de comun con la anarquía de los antiguos, han encontrado su bello ideal en esos dramas plagados de peripecias inverosímiles y de abominables fanfarronadas; los otros acostumbrados á no saborear mas que los romances mas antiguos y ramplones, de que son tan rutinariamente apasionados los hombres en quienes todo sentimiento raquítico echa raices,

no han encontrado en nuestra época nada que no sea vituperable; y muchos, enfin, sin comprender mas lo que aceptaron por moda que lo que desechaban por capricho, han dejado en el campo de la crítica uno de esos inmensos baldíos que solo á fuerza de perseverancia pudiera penetrar el arado de la posteridad. Examínese, sino, lo mucho que sobre el talento poético de Zorrilla se ha dicho en nuestros dias, y se verá que este hombre soporífero, charlatan y vacío, segun unos, es, segun otros, el primer poeta del mundo y de la época, poeta superior á Victor Hugo y á Lamartine, poeta del calibre de Shakespeare y de Homero, hablista de primer órden, y versificador sin rival. Entre estas dos opiniones, creo yo que tanto dista de la verdad la primera como la segunda, y cuando llegue el caso de examinar las obras de este apreciable autor, probaré segun mi pobre juicio y leal conciencia, que si está á una distancia inmensurable de Shakespeare y de Homero, si no tiene la espontaneidad de Lamartine ni la fuerza de Victor Hugo, si no es, contra lo que el vulgo cree, una especialidad en su patria misma, superior á otras capacidades mas estimables aunque ménos estimadas, tampoco merece ser tratado con la rígida severidad de los que quieren reducir enteramente á polvo su pedestal de gloria.

¿Qué no se ha dicho de Espronceda y de Rubi? En el prólogo del *Diablo-Mundo*, que tengo á la vista, se dice que la humanidad ha producido muchos grandes poetas, pero se da á entender que solo tres brillan en primer término, á saber: « Homero como la pirámide que arranca de los tiempos heróicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulíses, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y las virtudes en conjunto de una

época grande. — Dante, pirámide de la *edad media*, siendo su *Divina Comedia* un faro que domina resplandeciente sobre las tinieblas de una época nueva. — Y enfin, Espronceda, pirámide de los tiempos que vendrán, pues literalmente le hicieron tragar sus contemporáneos la píldora de que « *si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.*

¿Quien es, segun dicho prólogo, Shakespeare al lado de Espronceda? « Un autor que encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro; y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se vé como el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta. »

¿ Quien es, segun el mismo prólogo, M. Chateaubriand al lado de Espronceda? « Es el autor de una obra titulada *Genio del Cristianismo*, la cual está escrita con mas poesía teológica que sentimiento poético; libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí, por la conveniencia y por el cálculo; una obra, enfin, donde el autor del prólogo se conduele de hallar solo al cristiano de oficio y al escritor de profesion. »

¿Quién es, por último, el célebre Goethe al lado de D. José Espronceda, segun el expresado prólogo? « Es solo el autor del *Fausto*, siendo el *Fausto* nada mas que un mancebo á medias, porque su corazon es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazon, ántes por el contrario, están siempre emponzoñados por el juicio. »

Todo esto se ha dicho á propósito de Espronceda y del *Diablo-Mundo*, poema sin piés ni cabeza, plagado de extravagancias y de ripios que, aun sin estos enormes defectos, seria indigno de la importancia que han que-

rido darle por carecer de originalidad, pues no pasa de ser una copia imperfecta y rastrera de algunas de esas obras, y principalmente del *Fausto* tan desdeñosamente tratado por el autor del prólogo en cuestion.

En cuanto á Rubi, escritor apreciable y aun admirable como autor de romances y cuentos andaluces, pero cuyas producciones dramáticas carecen hasta de sentido comun, se ha dicho de él que habia superado al mismo Scribe en la comedia política, colocando su nombre á la altura de los primeros poetas dramáticos del mundo. Y á estas lisonjas exajeradas y ridículas, á estos raptos hijos exclusivamente de las afecciones políticas y personales, es á lo que durante muchos años se ha dado en España el impropio nombre de juicios críticos.

Por el contrario, algunos folletinistas no comprendiendo que los autores cuyas ideas políticas no se acomodan á un molde determinado sean capaces de producir buenas obras literarias, ó guiándose por las exigencias camarillescas de esta ó de la otra tertulia de café, han tratado desapiadadamente à otros injenios dignos de estimacion, lo que corrobora este dicho de Cormenín : « Para los habitantos de los climas meridionales todo es cielo ó todo es infierno; no admiten purgatorio. »

Por otra parte los extranjeros, cuando se han dignado hablar de la literatura moderna española lo mismo que cuando han pintado nuestras costumbres, no han sido verdaderos críticos y, muy al contrario, mal informados siempre acerca de todo lo que á nuestra península se refiere, parece que se han propuesto ser el eco de las mas rancias y groseras preocupaciones. Para ellos, desde los tiempos de Calderon y Lope de Vega, nada ha producido la España que pueda cuando mas aspirar al honor de una sonrisa desdeñosa, lo cual es tan cierto como a anécdota de Alejandro Dumas, que asegura no haber

encontrado en Madrid un sombrerero que supiera componerle un sombrero de muelle ó llámese jibus, razon por la cual tuvo que llevar el sombrero á una relojería donde se lo compusieron tan mal que por la noche, yéndose cada pieza por su lado, el tal muelle se convirtió en una especie de despertador que puso en alarma á toda la vecindad. Yo recuerdo haber visto un folletin en los periódicos franceses, en el cual suponiéndose su autor muy al corriente de lo que pasa en España, decia : « Parece que el jóven D. Manuel José Quintana, siguiendo los consejos de su maestro D. Gregorio Romero Larrañaga, acaba de escribir un drama que ha sido muy aplaudido del público. » El buen crítico francés conocia los nombres de Quintana y Larrañaga; pero no sabia que el primero hace cerca de cincuenta años que dejó la pluma, y que el segundo es el verdadero jóven.

Resulta de todo esto, que nuestros literatos contemporáneos son absolutamente desconocidos de los extranjeros y mal juzgados por sus mismos compatriotas; lo que explica esa confusion de ideas que en la mente del pueblo ha enjendrado la circunstancia de no ver casi nunca las obras á la altura de las reputaciones. Esto ha hecho sin duda nacer en muchos el deseo de que un crítico imparcial pase revista á las obras de nuestros contemporáneos, dando á cada cual lo que buenamente le corresponda, para que pueda fijarse sobre este particular la opinion, cuando ménos extraviada, del público. Yo voy á emprender esta tarea, y creo estar hoy en mejor posicion para desempeñarla que cuando residia en Madrid. Blanco entónces de muchas prevenciones, no hubiera podido ser justo con los que me habian tratado injustamente. Ahora que el tiempo y la distancia han borrado estas prevenciones de mi memoria, creo francamente hablar de mis contemporáneos sin que la pa-

sion ofusque mi razon; y dispuesto á decir de cada uno lo que en mi concepto merezca, ofrezco á mis lectores una série de artículos en los cuales analizando las obras y prescindiendo enteramente de las personas, haré ver á los extranjeros que no carecemos de ingenios apreciabilísimos, y á los naturales que no todos los nombres famosos son acreedores á la fama que disfrutan, así como no todos los que no han alcanzado esta fama son dignos del olvido ó desdeñosa humillacion á que les ha condenado la injusticia de la llamada crítica contemporánea.

Insistiendo en lo que llevo dicho, la opinion pública extraviada respecto al estado de las letras en España á consecuencia de esos fallos soberanamente pronunciados por la pasion ó la ignorancia, no sabe á que atenerse en el laberinto confuso de juicios tan encontrados, y miéntras á favor de esta anarquía de las ideas, algunos niños mimados por la fortuna gozan una reputacion superior á la de los verdaderos hombres de mérito, los extranjeros tratando con igual desden á los unos y á los otros, condenan al olvido y al desprecio todo lo presente, no haciendo sino muy á despecho alguna concesion al pasado, y negando rotundamente el porvenir de la poesía al país de los poetas.

Contrayéndome al presente, diré que los que con tanta severidad nos juzgan desconocen completamente nuestras obras y que nos juzgan con insigne injusticia; porque si para dar consideracion á una época artística ó literaria basta la aparicion de un hombre de superior talento, la España moderna merece esta consideracion, puesto que desde su guerra de la independencia hasta nuestros dias puede presentar, entre otros, los nombres de Quintana, Gallego, Arriaza, Larra y Breton de los Herreros, de los cuales cada uno basta á la vindica-

cion literaria de un siglo. No es mi ánimo por hoy hablar de todos estos poetas, porque al dar á estos artículos el epígrafe general de « autores españoles contemporáneos » he querido manifestar mi deseo de juzgar solo á los escritores existentes, dejando el fallo de los otros á la posteridad que ya ha llegado para ellos, pues aunque algunos existen aun, hace ya muchos años que murieron para las letras. Empiezo, pues, mi revista por el señor Breton de los Herreros, que es, en mi concepto, el hombre mas notable de su tiempo y el que por esta razon tiene mas necesidad de reparar las injusticias que á su época ha merecido. Si no tuviera este apreciable poeta mas motivos de queja que los que todo hombre experimenta cuando no le dan fuera de su patria la debida importancia, podria fácilmente consolarse, porque cuando todo un pueblo es víctima de un concepto equivocado nada tiene de extraño que lo sean sus individualidades; pero el señor Breton debe abrigar naturalmente resentimientos de esos que la razon ne puede perdonar aunque el corazon quiera olvidarlos; porque el señor Breton á quien la experiencia propia ha demostrado la terrible verdad, de que nadie es profeta en su patria, ha tenido el sentimiento de no verse nunca justamente apreciado por sus compatriotas y, lo que es mas doloroso para un hombre de clara inteligencià, ha visto posponer su obras á las de algunos cuyos triunfos, si no vivieramos en tiempos de pandillaje grosero y de pasiones mas ó ménos embozadas, pertenecerian al número de los fenómenos inexplicables. Sean cualesquiera las causas, lo cierto es que muchos escritorzuelos sin conocimiento siquiera de su lengua, se han labrado una fama superior á la de Breton, llegando la ignorancia y la injusticia no solo á tributar incienso á los ídolos falsos sino á tributarlo en

perjuicio de los que tenian y tendrán á los ojos de la posteridad un mérito indisputable. A tanto ha llegado en nuestros dias el extravío de la opinion; á tal punto nos ha conducido la ausencia de la crítica ilustrada y concienzuda.

Si la pedantería que muchas veces usurpa la plaza de la crítica me dice, para refutar mi opinion, que el señor Breton de los Herreros no tiene punto alguno de contacto con Sófocles y Eurípides entre los griegos, ni con el inglés Shakespeare, ni con los mismos poetas españoles, Calderon y Lope de Vega, contestaré aunque esto no merecía la pena de contestarse.

No se parece á los citados vates griegos, porque nunca ha pensado en escribir tragedias, género que tanto en España como en Francia y en la misma Grecia donde tuvo su cuna, es hoy un verdadero anacronismo.

No se parece á Shakespeare, porque tampoco el clima de España se parece al de Inglaterra, lo cual no impide que bajo uno y otro cielo haya frutos dignos de la mayor estimacion.

No se parece á los mismos poetas españoles del siglo diez y siete, porque tampoco se ha propuesto seguir el mismo rumbo que aquellos, y porque tambien son muy diferentes las costumbres que ha pintado de las del tiempo de Felipe IV.

No se parece, en fin, á ninguna de las notabilidades cómico-dramaturgas que el mundo ha presentado hasta él, ni aun al mismo Moliere que brilló exclusivamente en la comedia, porque en todos los grandes talentos son distintas las vias de manifestacion, y en esto consiste principalmente el mérito del señor Breton de los Herreros, pues en el momento en que tuviese algun parecido con otro autor cualquiera, dejaria de ser una especialidad.

La originalidad ha sido siempre la dote mas esencial de los grandes hombres, y la originalidad es la dote mas recomendable del señor Breton. En esta parte el estimable autor de que vamos hablando raya á tal altura que dificilmente pudiera excederle ningun otro; pues no solo no ha imitado á nadie, sino que ha sido imitado por todos los poetas de la época actual que han querido invadir el terreno de la comedia, hasta el punto de que para hablar hoy en España de una comedia de costumbres, suele decirse como cosa corriente « una comedia del género de Breton. » Y esta gloria que muchos sin saber porqué, y tal vez contra su voluntad, tributan al señor Breton de los Herreros es quizá la que mas puede envanecer á un autor.

Pero no es la originalidad la dote única de este ilustre poeta. Son tantas las circunstancias favorables que en él concurren, que nos seria muy difícil saber á cual de ellas dar la preferencia. Así pues, si el señor Breton es apreciable por su originalidad no lo es ménos por su estilo, cualidad inherente á todo escritor de primer órden, aunque bien mirado esta dote es derivada de la anterior, pues el estilo no viene á ser otra cosa que la originalidad acomodada á la forma. Llámese y júzguese como se quiera, ese *cachet*, ese atributo característico por el cual se han dado á conocer, lo mismo en la prosa que en el verso, los grandes hombres hasta el punto de que algunos no necesitarian poner sus nombres en la portada de sus libros para darse á conocer, es tan marcado en el señor Breton de los Herreros, que lo imprime en todos y cada uno de sus versos. Por este sello particular, el señor Breton se distingue siempre con una circunstancia que le favorece mucho, y es que no solo ha hecho conocer su estilo á los literatos, sino al mismo vulgo. Verdad es que en época muy reciente hizo este

señor un drama con el título de *¿ Quién es ella?* en el cual trató de disfrazar el estilo y conservar el incógnito, logrando que ántes y durante la representacion de su obra divagase la opinion atribuyéndola á distintos ingenios; pero á pesar de todo, las personas de buen criterio vieron desde luego la verdad, y en cuanto á mí sé decir, sin que por esto me envanezca, que en todas y cada una de las escenas del drama estuve diciendo á los espectadores que me rodeaban : « Esto es de Breton ; nadie puede hacer estos versos mas que Breton. »

Porque efectivamente, solo el señor Breton tiene la facultad de hacer ciertos versos, venciendo con admirable facilidad las sinuosidades mas intrincadas de la rima, hablando siempre con extraordinaria correccion la lengua castellana sin recurrir a esas licencias poéticas de que solo abusan los malos ó medianos versificadores, y haciendo brotar el chiste á raudales en cada sílaba de sus diálogos. Y digo de sus diálogos, porque el señoı Breton es principalmente poeta cómico, aunque no por eso sus cualidades dejan de brillar en las poesías líricas de que tan buenas muestras nos ha dado. Conocidas son sus sátiras, de que tantas ediciones se han hecho, y sus magníficas letrillas de costumbres, entre las cuales figura en primer término la *Manola,* que contiene estas entre otras estrofas llenas de gracia y naturalidad :

Ancha franja de belludo
En la terciada mantilla,
Aire recio, gesto crudo,
Soberana pantorrilla :
¡ Alma atroz, sal española!
¡ Alza! ¡ Hola!
¡ Vale un mundo mi Manola!

¡Qué caliá, y como cruge
Si baila jota ó fandango!
¡Y qué brio en cada empuge!
¡Y qué gloria de ramango
A la mas leve cabriola?
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Por ella en holganza eterna
Vivo como un arcediano,
Triunfo y gasto en la taberna;
Me pongo calamocano
Y me tiendo á la bartola.
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Con primor se calza el pié,
Digno de regio tapiz.
Y ¡qué dulce no sé qué,
En aquella cicatriz
Que tiene junto á la gola!
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Cuando ella se pone en jarras,
¡Soleáa! ¡Me rio yo!
Dígalo el terne de marras,
Que al hospital le envió
¡Sin valerle la pistola?
¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi Manola!

Esto es lo que se llama pintar las costumbres como las pintó en su época el inmortal Quevedo, con quien la posteridad ha sido tan ingrata como la sociedad presente con el señor Breton, puesto que habiéndose erigido estatuas y construido mausóleos á otros ingenios

mas ó ménos dignos de estos honores, nadie ha pensado hasta ahora ni siquiera en buscar las cenizas del padre de los chistes, cosa que seria fácil y muy poco costosa.

Hay sin embargo gran diferencia entre Breton y Quevedo, y lo digo sin ánimo de rebajar á ninguno. Ambos han hecho un profundo estudio de su época; ambos han manejado dignamente la lengua, y ambos se distinguen por una abundancia de chistes que raya en la prodigalidad; pero debemos observar que miéntras Quevedo, con su fuerza de imaginacion verdaderamente maravillosa parece haber atendido mas al pensamiento que á la rima, Breton, por el contrario, rinde mas culto á la forma que al fondo; y asi sucede que el eminente poeta lírico sorprende tanto por lo imprevisto de la idea como el gran poeta cómico por lo inesperado de la palabra.

Pero no es en el terreno de la poesía lírica donde debemos considerar al señor Breton, porque el señor Breton no es un poeta lírico, y diré, aunque esto le cause alguna pena, que no es un poeta satírico. Así vemos en sus romances, en sus letrillas y hasta en sus sátiras, brillar siempre la verdad, la versificacion y la gracia de un modo desesperante, y á pesar de todo deja siempre algo que desear: festivo mas que punzante, y hablista mas que pensador, suple con una verbosidad *sui generis* á las dotes epigramáticas que le faltan, y hé ahí porque sus composiciones líricas, tan apreciables bajo muchos conceptos, son inferiores á sus diálogos. En el diálogo es donde debe estudiarse y juzgarse á Breton; es decir, en la comedia de costumbres que con tan admirable talento ha cultivado; en ella le vamos á juzgar, pudiendo asegurarle que le darémos todo lo que de derecho le pertenece; y bien podrá consolarse de no ser á nuestros ojos un gran poeta lírico, puesto

que de antemano reconocemos en él un buen poeta cómico.

Por mucho que nuestro patriotismo se resienta, debemos confesar que la comedia parecia haberse ausentado de España desde que desaparecieron los Lopes, Tirsos, Alarcones y otros no ménos célebres poetas, en cuyas obras tanto se han inspirado muchas notabilidades extranjeras; porque aunque no han faltado despues apreciables ingenios que conservasen en algunas de sus producciones aquellas formas tradicionales de nuestros grandes autores, y para las cuales todos contaron con el magnífico auxilio de la primera de las lenguas, ninguno ha traspasado los límites de las que podemos llamar estimables medianias.

Muy decaida debia estar, en efecto, la comedia, cuando un Moratin logró una popularidad inmensa en su tiempo con solo cinco producciones originales que apénas hubieran llamado un momento la atencion en otra época mas bonancible para nuestra amena literatura. Todo el mundo sabe que Moratin era un hombre de mucho estudio, mucho tacto, y no desprovisto de talento; pero que en cambio carecia de genio, era frio y pesado en sus diálogos, jamás pudo dar movimiento á sus cuadros, y confundió lastimosamente el carácter con la caricatura. Así, lo mismo en el *Viejo y la Niña* que en *el Café,* tanto en el *Baron de Illescas* como en el *Si de las Niñas,* los personajes hablan de un modo extravagante, diciendo y haciendo cosas tan inverosímiles que solo pueden admitirse en las parodias de don Ramon de la Cruz. Y tanto mas resaltan en Moratin estos defectos que no supo disculpar con el chiste, preciosa emanacion de los espíritus privilegiados que nos hace olvidar generalmente las faltas mas garrafales produciendo en nuestra imaginacion el efecto alucina-

dor de la chispa eléctrica; tanto mas visible es en él la distancia del punto de partida al en que quiso encaminarse, cuanto es mas sabido que tomó al inimitable Molière por modelo, pretension que algunos pobres diablos, con una ridícula afectacion de patriotismo, han sancionado á los ojos del vulgo, llamando á Moratin el Molière de los españoles; cosa que redunda mas en detrimento que en beneficio de nuestras glorias nacionales, pudiendo compararse á la extravagancia de un hombre cualquiera que siendo inmensamente rico, se jactase de poseer una repeticion de plata.

Pero al cabo si Moratin no era un poeta privilegiado, si sus obras no llegan á conmover las fibras del entusiasmo, tampoco le faltaron muy recomendables dotes, y á su buen criterio debemos sin duda el haber visto desterradas de la escena española las monstruosidades mas insulsas y chavacanas que han visto los hombres en la mas aflictiva decadencia de los pueblos. Hacemos con gusto esta observacion en obsequio de un hombre que tendria quizás una gloria mas sólida si sus partidarios no le hubieran ensalzado mas de lo que ordena la sana razon, y en cuyos escritos encontramos siempre, sino un estilo brillante y pintoresco, por lo ménos un lenguaje correcto, fácil y castizo.

Faltó Moratin, y el teatro volvió á gemir en el abandono, sin que durante muchos años apareciese una persona digna de substituir al que sin duda pudo aplicarse el lisonjero título de restaurador del buen gusto, hasta que por fin se presentó, no como rival de Moratin, sino como un atleta en el género cómico, el señor Breton de los Herreros. Desde que este poeta invadió la escena, pudo advertirse que no habia heredado de Calderon la facultad de ordenar una fábula, ni de Alarcon el talento de desenvolver un pensamiento moral; pero tambien

debió notarse que en la naturalidad de sus diálogos, en la prodigalidad de sus chistes, y en la facilidad de sus versos, podia muy bien aspirar á la palma del triunfo sobre todos nuestros poetas cómicos, antiguos y modernos.

Se ha dicho con frecuencia, y no carece de fundamento la observacion, que relativamente al plan y asunto de una composicion, vista una comedia, están vistas todas las del señor Breton de los Herreros. Una mujer solicitada por tres amantes de los cuales uno es recomendable por sus virtudes y los otros dos despreciables por sus ridiculeces, tal es la base de sus producciones: dificultades fáciles de vencer por parte del amante que ha de triunfar y probabiiidades inciertas ó negativas por parte de los amantes que han de ser vencidos, he aquí el secreto de sus intrigas: un desengaño poco justificable á veces ó una maniobra vulgar que se ve venir desde léjos, he aquí sus desenlaces. Con esto está dicho que las comedias del señor Breton carecen absolutamente de interés y harian dormir al espectador si para sostenerse, divirtiendo al público en general y admirando al inteligente, no contasen con esa riqueza de diálogo que cautiva el alma y que, como la buena música, nos hace olvidar el argumento para entregarnos á la contemplacion de las mas graciosas y delicadas armonías.

Con todas estas gracias y defectos se anunció la célebre *Marcela*, composicion admirable sobre la cual ha hecho el señor Breton numerosas variaciones, en lo que no prueba mucha fuerza de creacion para los planes, pero logrando siempre dar á estas variaciones una novedad y un colorido que manifiestan mas á nuestros ojos el inagotable genio de su autor. Así, cuando uno asiste á la representacion de una nueva comedia del se-

ñor Breton, puede ir prevenido á no romperse la cabeza calculando el desenlace de la intriga y los medios de llegar á este desenlace; porque desde la primera escena se prevé todo lo que bajo este punto de vista pudiera excitar el interés de la fábula; pero ¿qué importan estos resortes para quien sabe sujetar y embelesar á los espectadores con otros mas poderosos? ¿Qué falta hace la verdad en la concepcion de sus caractéres, si estos suelen decir grandes verdades en versos que solo sabe hacer el señor Breton? Entre muchos otros ejemplos que me ocurren, citaré la lindísima comedia *Muérate y verás*, donde hay un Froilan tan sumamente agorero, hablando un lenguaje á la vez tan poco adecuado al tono que nuestra imaginacion concibe en la enfermedad de la misantropía, que se hace inverosímil casi siempre, y hasta imposible en algunas ocasiones. Y sin embargo, este personaje tan sumamente ideal, es decir, tan poco verdadero, suelta aquella retaíla de verdades que tan populares se han hecho, y que no puedo ménos de trasladar aquí :

—Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos.
— ¿Qué anuncian esos malditos?
— Sin duda alguna derrota.
— ¡Derrota! ¡Teneis razon!
¿Lo veis? ¡Oh dias aciagos!
— Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.
— Dirán que es suyo el revés;
Mas yo temo que en el lance...
— ¡Oh! lea usted el alcance
Del patriota aragonés.
— Es muy vaga la noticia...
Es atrasada la fecha...

Si la faccion fué desecha
¿Qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares,
Y, además, la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas
Y marchas y contramarchas,
Y tempestades y escarchas,
Y curbas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas,
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras...
Mucha recomendacion,
¡Mucho de Roma y Numancia!
¿Y qué nos dice, en substancia,
El jefe de division?
Que anduvimos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas:
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura,
A no ser la noche obscura,
Y no faltar los cartuchos:
Que el cabecilla vasallo
Huyó á tiempo de la quema,
Y se salvó por la extrema...
Ligereza del caballo, etc.

A pesar de lo que llevo dicho, encuentro en algunas comedias del señor Breton otras dotes que harian honor al talento cómico de los que el mundo reconoce como maestros en el arte *El Pelo de la Dehesa, el Cuarto de hora, Muérate y verás, ¿Quién es ella?* y algunas piezas en un acto de este autor, se distinguen no solo por la

gracia del diálogo y por la fluidez de los versos, sino tambien por la leccion moral que de ellas se desprende, y por la regularidad del plan que sin ser complicado tiene animacion, haciendo mas recomendable el interés que lo logran inspirar por la sencillez con que en ellas se suceden y se desenvuelven las peripecias. Los caractéres, por otra parte, siendo mas ó ménos naturales, mas ó ménos imaginarios, tienen la buena circunstancia de sostenerse siempre á una altura, y aun la de caminar paralelamente con la accion dramática, observando esa gradacion ascendente y ordenada que la estética aconseja en todas las manifestaciones artísticas de la humana concepcion. Pero puede decirse que en este punto nunca el señor Breton hizo un ensayo de sus hercúleas fuerzas mas afortunado que en la creacion del *D. Frutos Calamocha.* Yo creo que *el Pelo de la Dehesa* es la primera comedia de carácter del señor Breton, y por consiguiente la primera comedia de carácter de nuestro teatro moderno. ¡Con qué gracia critica el sencillo aragonés la cortesana costumbre de tener la vajilla sobre el velador, cuando todo lo echa sin querer á rodar!

¡Ay! ¡voto al ocho de bastos!

MARQUESA.

¡Jesus! ¡mi almuerzo de China!

FRUTOS.

¡Otra! ¿quién diablo imagina
Poner en medio los trastos?

¡Con qué naturalidad ridiculiza la rigidez de las modas que entre los elegantes hacen degenerar al hombre convirtiéndolo en un ser impotente por lo afeminado

y hasta por los entorpecimientos con que impide el desarrollo y movimiento de sus miembros!

FRUTOS.

Entre tantas invenciones
La que mas me maravilla
Es la especie de cotilla
Que me oprime los riñones.

DON REMIGIO.

Es una faja de goma
Elástica para que entre
En razon su enorme viéntre;
Porque si no se le doma...

FRUTOS.

Pero, hombre, por San Melchor,
Tener barriga ¿es delito?

DON REMIGIO.

Aquí todo señorito
La suprime, es de rigor.
. . . .

FRUTOS.

. . . . Tio calores,
Ya me cargan sus rigores.

¡Con qué verdadera expresion de ternura, sin abandonar el tono que al personaje conviene, promete don Frutos á su novia esa armonía que parecen rechazar la desigualdad de la educacion, la y distancia de las costumbres!

FRUTOS.

Es tosca mi educacion
Para aspirar á tal moza:

Yo te hago esta confesion;
Pero tengo un corazon
Como de aquí á Zaragoza.
  En lo que yo no esté ducho
Corrige tú mis maneras.
Verás que dócil te escucho:
Tú harás de mí lo que quieras,
Siempre que me quieras mucho.
  Así, con igual placer,
Y cuando al pié del altar
Me digas: « Soy tu mujer; »
Tú me enseñarás á hablar,
Yo te enseñaré á querer.

Finalmente, ¡qué novedad! ¡qué gracia! ¡y qué sátira tan fina contra los espadachines de oficio hay en el desafío que el capitan hace á don Frutos!

CAPITAN.

Elija usted.

FRUTOS.

Un garrote.

CAPITAN.

Esa es arma de mal tono.

FRUTOS.

Esa es la que yo manejo.

CAPITAN.

Y es digna de ese aparejo,
Mas no la adopta mi encono.
Sentencien nuestro proceso
O la pistola ó la espada.

FRUTOS.

No señor.

CAPITAN.

O el sable.

FRUTOS.

Nada,
Garrotazo y tente tieso.

Lo repito, la moralidad de la concepcion, la manera natural y delicada con que se desata un argumento bien dirigido y combinado, la verdad de los caractéres y la riqueza de los detalles hacen de *el Pelo de la Dehesa* una comedia de primer órden, una comedia digna de los genios que nacieron predestinados á la inmortalidad, la primera comedia del señor Breton de los Herreros, y por consiguiente la primera comedia española de su época. Esto no obstante, repito tambien que este apreciable autor cuenta otras magníficas producciones entre el crecido número de su repertorio que le han valido justamente la inmensa popularidad de que goza y á la que se ha hecho acreedor, no solo por haber escrito mucho y bien sino por la constancia con que ha luchado contra las rivalidades y rancias ideas de su tiempo, asunto de que voy á ocuparme aunque no con la atencion que reclama.

Hay una preocupacion en mi patria que conviene mucho destruir, porque nunca las preocupaciones han producido nada favorable á los pueblos: muy al contrario, á ellas se debe el estado de miserable abatimiento en que gime la humanidad y se arrastran las naciones que con mas razon pudieran servir como de norte al bajel de la civilizacion. Y adviértase que cuando hablo de las preocupaciones de mi patria bajo el punto de vista literario, no me refiero al pueblo en general cuyo buen sentido reconozco, sino á esa caterva de medianías

que todo lo invade, que en todo se entremete y concluye por avasallarlo todo, merced á su fuerza numérica ya que no á su fuerza intelectual, pues la raza de los tontos, en cualquiera sociedad, es tan abundante como la mala yerba en cualquier campo. Esta preocupacion de que me quejo es la de mirarse allí con cierto desden las obras jocosas aunque tengan mérito, reservando los elogios para las composiciones serias y ampulosas aunque, como dice Prudon, suplan con lo hinchado de las palabras á lo vacío de las ideas.

Así ha sido siempre por desgracia, y miéntras el pueblo, obrando con justicia, prefiere la lectura de los libros buenos á los malos de cualquier género que sean, vemos á las medianías envanecerse de su importancia que solo admiran sus amigos, los otros necios, y despreciar toda inspiracion que adopta la forma festiva, diciendo con aire petulante: « Ese es un estilo tabernario. » Seguro estoy de que habrá pocos que vean en esta frase un esfuerzo de creacion, tanto ménos cuanto que ya todos los mentecatos la saben de memoria; pero como estos dominan el mundo, luego que un pobre petate se aprende la expresada fórmula queda declarado apto para escribir artículos de fondo. Porque han de saber ustedes que este género, tan nauseabundo y amazacotado entre nosotros, es uno de los que tienen mas alto precio en el nuevo mercado literario, cosa que á mí me saca de mis casillas considerando que si bien es difícil, muy difícil, sumamente difícil escribir un artículo de fondo como los de *Emilio Girardin* es fácil, facilísimo, no digo escribir, sino improvisar los que brota diariamente nuestra prensa política. Tómese un asunto cualquiera y subordínesele al tema del *órden* y de la *legalidad*, expetando cuatro lugares comunes como « la anarquía, hidra de cien cabezas que amenaza

destruir la sociedad, etc.,» y héte aquí un magnífico artículo de fondo para un periódico moderado. Adóptese el mismo asunto sujetándolo al tema de la libertad templada, encajando tambien cuatro ó mas vulgaridades de relumbron, y resultará un brillante artículo de fondo para cualquier periódico progresista. Defiéndase bien ó mal, pero siempre con afectada gravedad, la idea de que un hombre es mas feliz cuando le dan mas palos y ménos alimento, y nunca se habrá hecho mejor artículo de fondo para un órgano del absolutismo. He aquí todo el secreto de los tales artículos, y desafío á cualquiera á que me pruebe lo contrario, pues al cabo y al fin hablo por experiencia propia; he tenido la desgracia de escribir á centenares artículos de fondo, que aunque no eran buenoseran ménos malos que la generalidad, y sé muy bien que si es dado á pocos hombres el talento especial de hacer una sátira ó un epígrama, es comun á todos los hombres que tienen aficion á la política y algunos rudimentos de gramática el escribir artículos de fondo tan buenos ó mejores que los que han desarrollado últimamente la protuberancia del orgullo en los hombres mas obscuros y adocenados de nuestros dias.

¿De dónde puede provenir esa prediIeccion á los artículos de fondo? De la estúpida preocupacion que hace mirar con desden á los autores mas profundos cuando tienen la facultad de dar una forma agradable á la moralidad de sus obras para ponerla al alcance de las masas, y aplicar indistintamente el epiteto de filosóficos á los escritos serios, aunque no tengan pizca de filosofía; como si el asno, por el solo hecho de no reirse nunca, dejara de ser un asno. Proviene tambien de esa ridícula prevencion desfavorable con que los ingenios sin ingenio miran lo que no pueden imitar, y que ha hecho

decir al disparatado autor de un manual de literatura en el mas disparatado de todos los manuales, que el célebre Quevedo no merece el nombre de poeta por haber empleado su musa en describir las costumbres de los presidiarios, como si debiesemos negar el título de artista á Goya por haber creado la caricatura, ó á Rosini aunque jamás hubiera hecho mas música que la del *Barbero de Sevilla*. Proviene, en fin, hasta de un vicio hereditario en muchos que les hace ver, juzgar ó hablar siempre de las cosas por antífrasis, como llamar rabon al animal que no tiene rabo, pelon al que no tiene pelo, y artículos de fondo á los que no tienen mas que superficie.

Llámese como se quiera, preocupacion de las medianías, vicio hereditario de los tontos, ó prevencion estudiada de la impotente envidia, esta prevencion, este vicio, esta preocupacion indígena de mi tierra, ha hecho esfuerzos dignos de mejor causa por rebajar la gloria del señor Breton de los Herreros, así como este apreciable autor ha luchado constante y valerosamente contra ella. La misma preocupacion ha militado contra don Modesto de la Fuente, redactor del memorable *Fray Gerundio*, y de quien algunos pedantes, que no sabian leer, decian que solo podia tener partido entre la canalla, hasta que este eminente literato, como para vindicarse, ha publicado la mas bella y concienzuda Historia de España de que haya noticia, sin embargo de lo cual, don Modesto de la Fuente no da mas valor á su última publicacion histórica que á sus antiguas capilladas satíricas. Pero dejemos por hoy descansar á Fray Gerundio á la sombra de sus recientes laureles, y volvamos la vista al señor Breton á quien todavía consagro este artículo y contra el cual se ha pronunciado particularmente el gremio llamado del buen tono, por antífrasis, como llevo dicho.

Sabido es que durante muchos años el señor Breton de los Herreros ha sido el único poeta cómico de España, y puede decirse que fué el único autor dramático hasta la introduccion del romanticismo. Miéntras no hubo rivalidad de escuela ó de personas, el público aplaudia y los críticos elojiaban los chistes de sus comedias encontrando sus diálogos tanto mas dignos de admiracion cuanto mas se adaptaban á la verdad de las costumbres, es decir cuanto mas salpicados estaban de esos modismos, de esas palabras vulgares tan comunes en la conversacion y sobre todo en boca de ciertas gentes, y en una palabra, tan oportunamente usados por el señor Breton de los Herreros. Apareció el romanticismo, y el delirio que trastornó á muchas doncellas hasta el extremo de buscar en el vinagre y otras composiciones, agentes destructores de su frescura y lozanía, corrompió tambien el gusto de muchos seres masculinos que ya no acertaron á distinguir la inspiracion y la belleza mas que en la tempestad de las pasiones. Así, aquellos que en algun tiempo celebraron la comedia de costumbres y todo lo que respiraba la sublime sencillez de la verdad, empezaron á decir que Breton era insufrible, que sus dicharachos ofendian al pudor, y que para ver rabaneras no era preciso ir al teatro del Príncipe. Cobró aliento la secta vacía y protectora que podemos llamar *de los articulistas de fondo*, y todo lo que no salia á luz lloriqueando, fué proscrito de la *buena sociedad* como tabernario ó propio de la canalla. Breton á todo esto continuaba impertérrito y firme su camino, luchando y hasta combatiendo de frente las exageraciones románticas con el arma poderosa del ridículo. Así, viendo que todas las nuevas composiciones dramáticas llevaban necesariamente la descripcion de un sueño terrorífico, plagado de fantasmas anegadas en mares de sangre ó de batallas que hacian palidecer el recuerdo de las Ter-

mópilas, escribió aquel magnífico sueño de *El tercero en discordia* á propósito de los protocolos ó arreglos diplomáticos con que los carlistas creian ver su triunfo asegurado por las potencias del Norte. He aquí algunos versos de esta lindísima relacion :

DON CIRIACO.

Ya cansados y mohinos
De enredos y protocolos,
Echan á rodar los bolos
Los belgas y sus vecinos.

. . . .

El ejército prusiano
Equipado á la ligera
Atraviesa la frontera
Por dar un golpe de mano.

. . . .

El campo se ordena así :
A la izquierda los de Holanda,
Los belgas á la otra banda,
Y los prusianos allí.

Don Ciriaco recita todos estos versos con una accion tanto mas recargada cuanto que á la circunstancia de ser él un carácter exageradamente sobon y amigo de aspavientos añade la de parodiar el género que tan en boga estaba á la sazon. Observen ustedes, haciendo abstraccion completa del actor, qué naturalidad, qué gracia de narracion y qué rima á veces tan difícil y siempre tan fácilmente vencida hay en estos versos :

Por el frente y por la espalda
Ya canta su triunfo el belga;
Pero el holandés no huelga
Y rompe un dique al escalda.

. . . .

¡Zis! ¡zis! ¡zas! los escuadrones
Por donde agua no corria.
¡Pim, pom, pum! la infantería;
¡Pom-porrom-pom! los cañones.
¡Ay! ¡ay! ¡clama el moribundo!
¡A ellos! ¡á ellos! repetia
Otro... ¡gran Dios! parecia
Que se desplomaba el mundo.
Viene hácia mí un granadero
Hombre de seis piés ¡atroz!
Gran bigote, horrenda voz.....
Parecia un cancerbero.
Corria él, volaba yo;
Me atrapa al volver un cerro
Y exclama : ¡ríndete perro!!!
Y el susto me despertó.

Al decir esto don Ciriaco y para imitar la accion del soldado que tanto miedo le causó en el sueño, agarra por el pescuezo á don Saturio, y le dá tan fuertes apretones que le obliga á decir :

Pero mi cuello inocente
Que no es belga ni holandes.....

Y continuando el maniático en su tema, sin reparar en la justa queja de su amigo añade :

No me olvido yo en un mes
Del granadero insolente.

Y como si la relacion de este sueño no tuviera mas chistes de los que necesita, el autor con su vena inagotable, hace al personaje insistir en la idea del sueño para soltar esta graciosa ocurrencia contra un don Torcuato que figura en la comedia.

DON CIRIACO.

Fatal ha sido mi siesta

NEMESIA.

No, pues yo bien he roncado.

DON CIRIACO.

Oyes, tambien he soñado
Que don Torcuato me apesta.

Muérete y verás, comedia de que ya he dicho algo, está tambien impregnada del espíritu romántico reinante en aquella época, y no aventuro nada en decir que si el diálogo pertenece al estilo familiar de la comedia de costumbres, el argumento es una de las mas bellas creaciones románticas de su tiempo, lo que habla mucho en favor del señor Breton, porque prueba talento para hacer si quisiera aquello que tan afortunadamente satiriza. Esta es la contestacion mas digna que podia dar y la dió en efecto durante muchos años á los pedantes, logrando como era de esperar salir vencedor en este combate de la inspiracion contra la pasajera moda; porque al fin el romanticismo cayó; los puñales, los venenos y las tumbas emigraron de la escena; dejó de tributarse un culto necio á la afectacion, y el apreciable escritor de costumbres continuó, tranquilo y sereno siempre, la no interrumpida serie de triunfos que debian labrarle una fama de las mas envidiables, porque se acrecentará cuando ya no quede la mas leve señal de esos pedestales levantados á algunos copleros por el pandillaje ó la emulacion.

Aunque he dicho que el señor Breton siguió impertérrito su camino, y que ridiculizó la escuela romántica, no quiero decir por esto que no tratase alguna vez de ensayar sus fuerzas en el drama; porque todo hom-

bre por santo que sea tiene alguna mala tentacion, y todos quisieramos brillar precisamente en la profesion, arte y género que ménos cuadra á nuestro carácter. Sabido es que M. Arago, reputado hoy el primer sabio de Europa, tiene un verdadero sentimiento cuando le llaman sabio, porque quisiera solo que le llamasen escritor ú orador, así como Lamartine tiene mas pretensiones de político que de poeta. Del mismo modo el señor Breton de los Herreros, acostumbrado á los triunfos, tan fáciles para él, del chiste, quiso obtenerlos tambien en la composicion seria, dando los dramas *don Fernando el Emplazado y Vellido Dolfos* que obtuvieron un éxito mediano, pero en cambio habia dado ántes una traduccion de los *Hijos de Eduardo* que es sin disputa la mejor traduccion de este drama terrible y tal vez la mejor traduccion de su siglo.

Sin embargo no es este el género que mas conviene al señor Breton : su género favorito y especial es la comedia de costumbres. En ella ha dado admirables muestras de su capacidad, y solo con ella tiene bastante para formarse una reputacion de las mas sólidas, despreciando las diatribas de los articulistas de fondo que en su nulidad llevan el merecido castigo, y no tomando á pechos la injuria hecha al buen sentido por los que para disputarle el primer puesto entre los autores dramáticos de la época le han presentado rivales dignos cuando mas del desventurado Comella.

Hemos, pues, visto al señor Breton luchando durante muchos años con las preocupaciones literarias y por decirlo así aristocráticas de cierto gremio; y esta oposicion no debia en efecto inspirarle serios cuidados miéntras contase como ha contado siempre con el favor del público que, amante de la verdad y sin hacer mucho caso de los juicios agenos, acoge con entusiasmo todo lo

que la inspiracion del poeta pone al alcance de su concepcion. Y no por esto se crea que yo quiero sacrificar á la claridad del lenguaje y á la sencillez del estilo, las galas del pensamiento ni las exigencias de la filosofía, no. Estoy plenamente convencido de que la elevacion en las ideas no consiste en la oscuridad de las formas, y si fuese necesario corroborar mi opinion con el ejemplo, citaria á todos los hombres verdaderamente grandes que han existido desde Homero hasta Lamartine, probando con sus obras que todos han tenido entre sus mas preciosas facultades el privilegio de poner sus conceptos mas sublimes al alcance de las inteligencias mas comunes. Lo que yo deseo en las producciones literarias es la subordinacion de la verdad moral, de la belleza artística ó del rigorismo científico al órden y claridad en sus varias manifestaciones, y el señor Breton de los Herreros ha sabido acomodarse tan felizmente á estas exigencias, que jamás para hacerse entender y aplaudir de las masas ha necesitado, venciendo las mas escabrosas dificultades de la rima, cometer esas faltas groseras de erudicion ó de lenguaje, decoradas por los poetastros con el nombre de licencias poéticas. Exacto en el tecnicismo cuando entra en el terreno de las ciencias, artes ú oficios, y purista del mejor género en su elocucion, puede como cierto editor francés que prometia un premio al que hallase una errata de imprenta en sus publicaciones, ofrecer una recompensa al que encuentre en sus obras un absurdo ideológico ó una incorreccion gramatical.

Inesperado siempre en su rima y desesperante por la facilidad con que acomoda en su versificacion palabras que parecerian en otros rebuscadas y violentas, la lengua, instrumento mezquino en otras manos, se ve en las suyas plegarse sin esfuerzo á todos los caprichos de

la inspiracion. Si alguna vez emplea el esdrújulo de que tanto se abusa en las composiciones jocosas, es con tal arte y discrecion, que en el hueco donde podria encajonar un ripio, engarza un pensamiento agudo, empleando la palabra mas propia y precisa. Así, cuando Alejo en la comedia de *ella es él* se ve atormentado por su importuna prima que le dice :

» Lo que dentro de aquí pasa
Tiene eco fuera de aquí :
Todos se burlan de ti
Porque eres cero en tu casa ;

él contesta con esta redondilla inimitable por su versificacion y naturalidad :

» La respuesta que yo doy
Al zumbar de tanto tábano,
Es que a nadie importa un rábano
Si soy cero ó no lo soy.

En la lindísima pieza titulada, *mi secretario y yo*, es admirable tambien bajo este punto de vista la escena en que escribiendo dicho secretario una carta amorosa para su principal, empieza :

El buen hombre, ¡ es tan inepto !
No se le ocurre un concepto
Para saludar al *ídolo*
Que su pecho cautivó.
¡ Ay, cuanta majadería
El buen hombre escribiria,
Si con mi ingenio y mi *péñola*
No le socorriese yo, etc.

Á este mismo metro pertenece tambien la relacion de *el tercero en discordia*, en que el pobre poeta á poco

rato de haberse ausentado de la casa de don Ciriaco para ir á recoger al teatro los laureles del triunfo, vuelve macilento aunque con su habitual sangre fria á contar el éxito fatal de su comedia

— ¡Tan pronto! ¡A las nueve y media!
¿Se ha acabado la comedia?

EL POETA (*sentándose*).

Voy á responder mas cómodo
Sí, señor, y no señor.
— ¿Cómo?
— El informe es exacto
Hemos suprimido un acto...
— ¡Hombre!
— Ha renunciado al *último*
El benigno espectador.
— Singular economía
— ¡Tanto era el calor que hacia!
— Vaya, habrá apestado al *público*
El drama
— Creo que sí.
— El hombre no se acalora.
¿Yá quién culparás ahora?
— Yo echo la culpa á los *cómicos*
Y ellos me la echan á mí.
— Tú decias mil loores,
No ha mucho, de los actores.
— Pues bien, habré sido *víctima*
De alguna intriga infernal.
Desde la primera escena,
Y por cierto que es muy buena,
Sentí levantado el *látigo*
Contra mi drama ¿qué tal?
Se renovó el aguacero
Al fin del acto primero,
Y eso que hay allí dos *párrafos*

Que parten el corazon.
Empieza el acto segundo
Y el público furibundo
Grita por todos los *ángulos* :
¡Basta ya! ¡Caiga el telon!
Prosigue, no obstante, el drama,
De nuevo la gente brama
Y... ¡qué confusion! ¡qué *estrépito*!
Otra torre de Babel.
Manda por fin el alcalde
Que cese el drama, y en valde
Reclamaba yo *frenético*
La promesa del cartel.
Pronto mi afan interpreta
Un *quidam* de la luneta
Y exclama : ¡Aquel *energúmeno*
Es el autor!... ¡El autor!!!
¡Animas del purgatorio
Cual bufaba el auditorio!
Y yo allí firme, *impertérrito*,
En el campo del honor, etc., etc.
. . . .

Siento renunciar á copiar el resto de esta bellísima relacion como renuncio á citar muchos trozos de *El que dirán*, de *Todo es farsa en este mundo* y de otras comedias en que el señor Breton ha dado muestras de la difícil facilidad en que no tiene rivales.

Pero como indiqué al principio de este artículo, e eminente poeta de que voy hablando, ha tenido que luchar no solo contra los caprichos de la moda que á veces usurpan el título de escuelas literarias, sino tambien contra el espíritu de pandillaje que nunca repara en los medios cuando se propone algun fin. Los enemigos ó envidiosos de los triunfos tan legítimamente obtenidos por don Manuel Breton de los Herreros hicieron, por último, lo que habian hecho tambien los enemigos ó en-

vidiosos de la popularidad de Zorrilla. Unos y otros comprendieron que para derribar á las personas que en géneros distintos absorbian todo el culto público, era necesario sustituirles otras, profanando así el templo de las letras con una especie de idolatría que no tenia siquiera para su disculpa el menor asomo de sinceridad entre sus sacerdotes. Los enemigos de Zorrilla proclamaron como el solo poeta lírico de la época á don José Espronceda, y los adversarios de Breton presentaron á Rubi como el prototipo de los poetas cómicos, injusticias que nunca el agraviado perdona y que solo la posteridad olvida ó disimula. Á este mismo medio, como dice Víctor Hugo, apelaron tambien los contrarios de Mirabeau, concediendo á Barnave en su tiempo el cetro de la elocuencia. Y es preciso convenir en que este sistema de comparaciones, tanto mas sensibles cuanto son mas injustificables, es el mas á propósito para herir el amor propio de un autor.

Cuando llegue el caso diré lo que en mi concepto valen las obras de Espronceda consideradas en su cantidad y en su calidad respecto de las de Zorrilla. Por ahora debo fijar solo mi atencion en el paralelo de los señores don Tomás Rodriguez Rubí y don Manuel Breton de los Herreros.

Cansado estaba este último de recoger laureles legítimamente ganados, cuando en los liceos ó sociedades literarias de la córte se presentó el señor Rubí llamando la atencion de un modo particular con algunas leyendas andaluzas que, si carecian de fluidez y armonía en la versificacion, no estaban desprovistas de cierto interés realzado por la verdad de sus descripciones y por la naturalidad de sus chistes. Todo el mundo aplaudia con razon aquellas composiciones, y el señor Rubí fué unánimemente considerado, si no como un genio, al ménos

como una estimable especialidad en el género de poesías andaluzas que publicó con general aceptacion. Pero nadie sospechó que el autor de aquellos romances, sostenidos principalmente por las gracias de dialecto, y mas que todo por la novedad, llegase nunca á ocupar un puesto importante entre los autores dramáticos.

El teatro, sin embargo, era entónces, y creo que lo será siempre, la piedra de toque de los poetas, no solo porque sus triunfos halagan mas que otros á la ambicion humana, sino porque su gloria es tambien mas lucrativa. El señor Rubí abandonó sus composiciones andaluzas, en que era una notabilidad, y se dedicó á escribir comedias, en lo que nunca ha pasado de una pobre medianía. Respeto las razones que este señor pudiera tener para dejar lo cierto por lo dudoso, pero séame permitido decirle ahora, y demostrarle mas adelante, que erró la vocacion, buscando en el teatro una celebridad sólida y duradera.

Inauguró pues su marcha con algunas comedias de costumbres, figurando entre ellas *Del mal el ménos*, *Toros y cañas*, y *El rigor de las desdichas*, que tuvieron todas el peor éxito posible, esto es, la desgracia de no merecer elojios ni censuras, porque para toda persona que sabe estimarse en algo, la reprobacion es preferible á la indiferencia. Así lo comprendió el señor Rubí sin duda, y abandonando enteramente el terreno en que no podia rivalizar con Breton, ensayó el género que los articulistas de fondo han llamado *alta comedia*. Diré ántes de pasar adelante, que los pedantes de nuestra época han creado esta categoría, elevando á ella no las producciones recomendables por el desarrollo de un principio moral, político ó religioso, sino por intervenir en su accion personajes importantes, como embajadores, ministros y príncipes, lo cual quiere decir que las mejores

obras de Molière estimables siempre por su fondo, inimitables por sus caractéres, admirables en fin por el conjunto de facultades verdaderamente maravillosas que en ellas desplegó el autor, no habiéndose remontado á la region de los diplomáticos y de los reyes, pertenecen desde luego á la humilde clase de la *baja comedia.* Tal es la lógica de los llamados amantes del buen tono. Ahora bien, Rubí entró en el buen tono y desconociendo las costumbres de la clase media á que pertenecia, quiso pintar las de la alta clase que ni siquiera habia frecuentado. Hizo, pues, comedias atestadas de elevados personajes que hablaban un lenguaje inusitado, impropio, inconcebible; y mezclando en sus planes intrigas palaciegas tan inverosímiles como su lenguaje, mereció de sus amigos ser considerado como rival de Scribe en la comedia política. La gente que tiene predileccion por un género, bien ó mal desempeñado, no sabiendo apreciar la bondad en los demás, vió que Rubí hablaba de embajadores miéntras Breton se ocupaba de la clase media, y por esta sola circunstancia presentó en competencia con Breton, excelente pintor de costumbres plebeyas, á Rubí, autor sin colorido y dibujante imperfecto de las costumbres aristocráticas.

Esta es en mi concepto la rivalidad que mas ha debido atormentar al señor Breton de los Herreros como dicen que ofendia la competencia de Barnave, hablador discreto, pero sin genio, á Mirabeau el orador mas elocuente de los tiempos modernos. Pero hacen muy mal los grandes hombres en tomar pesadumbre por esos tropiezos con que la envidia intenta inútilmente siempre atajar su carrera. Las generaciones que apénas conocen ya el nombre de Barnave repiten de memoria las palabras célebres de Mirabeau, y la posteridad algun dia, ignorando tal vez que haya existido Rubí, recitará

de memoria los admirables versos de Breton. Aquí concluyo con el señor Breton de los Herreros, no porque este señor no merezca un juicio crítico mas extenso, sino al contrario, porque si fuese á dar una idea de todas sus obras, tendria tarea para todo el año; pues como sabe todo el mundo, el señor Breton tan notable por su prodigalidad como por su correccion, cuenta en su repertorio próximamente un centenar de producciones dramáticas sin perjuicio de las poesías líricas y otros trabajos que ha dado á luz en su larga carrera literaria. Diré en resúmen que los que quieran ver buenos versos, saborear buenos chistes y sobre todo cultivar la hermosa lengua castellana, lean las obras de don Manuel Breton de los Herreros.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No es esta la vez primera que emito mi opinion acerca de este personaje cuya reputacion mal contenta de los límites con que la naturaleza quiso estrechar su desarrollo en una península, transpuso las montañas del Norte, para extenderse por todo el continente. Difícilmente podré adivinar la fuerza motriz que imprimió á su fama ese movimiento de traslacion, ó por mejor decir, ignoro que especie de fuego, por esa propiedad que tiene el calórico de dilatar los cuerpos, aumentó tan prodigiosamente el volúmen de esta entidad moral; pero lo que puedo asegurar es que la fama del señor Martinez de la Rosa ha perdido, como es natural, en solidez todo lo que ha ganado en extension, pareciéndose á muchos de aquellos héroes antiguos que, legando á la posteridad sus nombres, no han podido trasmitir la historia de sus hazañas. Lo cierto es que el señor Martinez de la Rosa goza de una gran reputacion literaria, no solo en su patria, sino en el extranjero, y cuanto mayor es la fama de los hombres, mas rígidamente analizada debe ser por la crítica imparcial que, no prestando mas sumision á los halagos de la fortuna que á las preocupaciones del vulgo, pronuncia al fin el fallo de la inexorable justicia,

Es indudable que la fortuna tiene caprichos muy singulares, y aprovecha bien las ocasiones para favorecer á sus hijos predilectos. Se sabe por ejemplo que Octavio carecia hasta de valor personal; pero tuvo la suerte de derrotar á Antonio, y esto solo explica como alcanzó una posicion tan superior á su mérito. Yo no sé si Wellington era un genio privilegiado en la guerra; pero sé que tuvo la gloria de vencer al capitan del siglo, y esto me basta para respetar las estatuas que le ha erigido su pueblo. Ignoro, en fin, si Gutemberg tenia algunas nociones literarias; pero sé que la inteligencia humana le debe el gran descubrimiento de la imprenta, y concibo perfectamente la veneracion con que su nombre es pronunciado por los amantes del saber. Pero cuando se trata del señor Martinez de la Rosa que, sin haber dado en su vida como escritor una sola muestra de superioridad y manteniéndose siempre, lo mismo en sus versos que en su prosa, á la altura de las mas humildes medianías, disfruta dentro y fuera de España el envidiable renombre de poeta y literato á que inútilmente aspiran hombres de mérito positivo en todos conceptos, siento vehementes deseos de arrojar los bártulos por la ventana, dudando si realmente es una insensatez todo lo que la recta conciencia decora con el nombre de virtud, y creyendo que todos los nobles esfuerzos del pensamiento están condenados á estrellarse en este mundo de injusticias.

¿Cómo pueden de otra manera explicarse algunos fenómenos? Mucho tiempo hace que tratando del mismo escritor de que voy hablando, dije lo siguiente:

«No basta alcanzar una fama europea..... Muchas circunstancias favorables pueden concurrir á elevar un nombre que por los recursos propios y naturales esta-

ria condenado á vejetar en el olvido. Martinez de la Rosa empezó su carrera poética en dias tan satisfactorios para él como aciagos para la literatura española. Entónces no habia rivales con quienes luchar ni crítica que temer : el campo estaba abandonado, y los reclutas se erigian en generales. Bastaba hacer una quintilla para merecer el título de poeta, y una mala comedia para conseguir un nombre respetable y popular. Las artes, la literatura y las ciencias tienen sus periodos de decadencia y de muerte, y entónces es cuando levantan su cabeza las medianías que viven y prosperan hasta que desaparecen por sí mismas ó sucumben bajo el dominio de una era feliz de esas que nos suele presentar la inteligencia humana en sus fantásticas evoluciones. Martinez de la Rosa, aprovechando la buena coyuntura que le ofrecia la esterilidad de su tiempo, cobró fama, la engrandeció, y con asombro de los hombres imparciales la ha conservado á través de la revolucion literaria que ha producido tantas cosas admirables al lado de tantas cosas abominables, pero que encaminada á un porvenir magnífico, empieza á sacudir el doble yugo de la ignorancia y de la supersticion.

« Hay apariencias que seducen : una columna de carton llega á parecernos de piedra, merced á la verdad de la pintura, tanto mas cuanto que esta columna tiene durante algun tiempo ciertas apariencias de solidez que debe á los cuidados que la prodigan los que se hallan interesados en su conservacion; pero cuando una vez la vemos abandonada á su suerte, cuando se encuentra sola y expuesta á la furia de las lluvias que la quitan el barniz ó de los huracanes á que no puede oponer sino muy débil resistencia, cae para no volver á levantarse, y lo que es mas triste, cae haciendo asomar la risa en los mismos semblantes que ántes afectaban la admiracion.

« Encaramado el señor Martinez de la Rosa en la cúspide de la literatura moderna, no tanto por sus obras como por el derecho de antigüedad, tuvo ocasion de vender proteccion á la nueva hueste poética que sujetó á cierta disciplina con la arrogancia de un caudillo. Y los jóvenes literatos, obrando por un impulso natural de respeto á las canas, cuando no por el de la gratitud, han sostenido con sus aplausos ó autorizado con su silencio el misterio que no alcanzaban á comprender. Además de que un hombre que llega á ser ministro y embajador tiene mucho adelantado en su gerarquía social para ocupar un alto rango en la gerarquía literaria, y he aquí sin duda porque el señor Martinez de la Rosa ha podido conservar algun tiempo ese inmerecido renombre; pero la posteridad y acaso la generacion actual prescindirán de los atavíos con que se ha engalanado este veterano de las bellas letras, y cuando nadie se acuerde de sus títulos y honores, cuando la ilusion óptica desaparezca, todos descubrirémos bajo los adornos del pincel una columna de carton. »

Todo esto y algo mas decia yo hace algunos años en una biografía del señor Martinez de la Rosa, biografía que no copio al pié de la letra, porque en ella consideré principalmente al hombre político, y aquí solo me propongo examinar al hombre poeta. Haré sin embargo una observacion que podrá servir como de complemento á la explicacion del fenómeno que nos ha ocupado hasta aquí.

España, no sé si por la belleza musical de su lengua ó por otras causas, es uno de los países en que no solo la poesía sino hasta la prosa rimada han ejercido siempre un influjo deslumbrador. Es cosa bien particular que allí donde con mas ó ménos elocuencia, con mas ó ménos pureza casi todos los hombres hablan la lengua

de los dioses, gocen los poetas el concepto de hombres universales. Merced á esta idea supersticiosa, basta allí hacer unas coplas de calinos para que á un hombre se le considere apto en todas las ciencias, y principalmente en la ciencia política; de modo que en el señor Martinez de la Rosa puede decirse que una cosa ha servido de apoyo á la otra, y *vice versa*, es decir, que este señor, por un capricho de la suerte, debió su elevacion política á la circunstancia de ser escritor, y su importancia literaria á su posicion política.

Me he propuesto hacer de nuestros autores contemporáneos una crítica concienzuda, y cumpliré mi propósito. Así, yo que niego al señor Martinez de la Rosa la calidad de poeta, creo que tiene como literato bastantes títulos á la estimacion de su pueblo. Hombre de buena instruccion y notable inteligencia, ha dado en muchos casos pruebas de poseer estas dotes en alto grado, y me complazco en reconocer que pocos con mas justicia que él han invadido el santuario de la Academia española.

Pero estoy todavía de acuerdo con estas palabras que, tratándose del mismo escritor dije en la obra á que ántes me he referido :

« Es preciso no confundir el genio con el talento : el hombre de genio crea, el hombre de talento ayudado por el estudio, zurce, compila, amasa, por decirlo así, las ideas prestadas, y gracias á un trabajo artistico, que con mas propiedad pudiera llamarse mecánico, llega á usurpar la plaza de poeta á los ojos del vulgo que solo tiene una idea confusa de la poesía. Se cree generalmente que es poeta el que hace versos, y son sin embargo muchos los buenos versificadores que están muy distantes de merecer el nombre de poetas, al paso que hay emi-

nentes poetas que nunca se han tomado la pena de hacer versos, y que sin duda los harian detestables. Y al decir esto no se entienda que tenemos por gran versificador al señor Martinez de la Rosa, título que con fundamento le negarémos siempre como le negamos el de poeta. Tiene este escritor bastante buen oido; puede que estudiando música hubiera llegado á ser un excelente director de orquesta sin que fuera por esto un excelente violinista, ni mucho ménos un excelente compositor. Conocedor de la lengua castellana, que ha abarcado mas en su extension que en su lógica, tiene un rico caudal de voces y de consonantes con que entretiene á los que gustan de la poesía, no por la originalidad ó elevacion de los pensamientos, sino por la monotonía del sonsonete. Pero nada mas, y esto lo probariamos, si no fuese larga tarea, analizando las obras de este pretendido vate que. semejante á las mariposas, ha recorrido con incierto vuelo todas las flores sin fijarse en ninguna; de este ingenio superficial que incapaz de brillar en un género los ha hollado todos, pasando de la tragedia al drama, del drama á la comedia, de la comedia á las composiciones eróticas, y de estas á la epopeya, pero que ha pasado como sobre ascuas, no dejando en la arena literaria mas profunda huella que la que puede marcar la sombra de los pájaros en el agua de los rios.

« Nosotros hemos leido y releido el poema *á Zaragoza* que es una eterna é insulsa ostentacion de palabrería. y desafiamos á que se nos haga ver lo contrario. ¿ Hay algun corazon que se inflame á las pálidas llamaradas de su fuego fatuo? Pues necesita para eso pertenecer á un fatuo, ó el tal corazon debe hallarse ulcerado para ser tan impresionable; porque el dichoso poema no revela una sola chispa de su orígen meridional, y si realmente el autor estaba hecho un volcan cuando lo es-

cribió, puede decirse que arrojó una lava capaz de helar el mercurio. »

La crítica que estoy haciendo, por severa que parezca, está autorizada en las advertencias que inundan las obras de don Francisco Martinez de la Rosa, reducidas todas á decir :

1° Que ha escrito por pasatiempo.

2° Que ha leido mucho.

3° Que ha limado ó corregido sus obras.

4° Que ha escogido lo mas selecto de sus trabajos literarios ántes de darlos á la prensa.

A cuyas cuatro advertencias se pueden dar estas tres contestaciones :

1ª Que el señor Martinez de la Rosa es mas acreedor á la censura que otros escritores, porque el que escribe para comer, escribe solo para salir del dia, sin pensar en la fama póstuma, al paso que el que escribe por pasatiempo escribe para labrarse una reputacion.

2ª Que el que escribe mucho, y corrige mas, y solo imprime lo escogido de sus obras, tiene obligacion de presentar modelos en vez de los cuadros incorrectos y frios que nos ha ofrecido don Francisco Martinez de la Rosa.

3ª Que tales advertencias le comprometen mucho ante la crítica justa, porque el crítico no puede tener tantas consideraciones con el que escribe por gusto, y despues lima, corrige y escoge, como con el pobre que dice : *escribo para vivir, y no tengo tiempo para mirar lo que escribo.*

À propósito de las advertencias de este autor, encontramos una á la cabeza de un trabajo *épico* á que él da el *modesto* nombre de *poema,* solo para decir que ha invertido en dicho trabajo casi toda su vida, y que piensa dedicarle la que le queda. Despues de leer semejante ad-

vertencia, cualquiera creerá encontrar en dicha obra todo lo que puede exigir la crítica mas inflexible á la reputacion mas bien fundada. Una *Iliada* seria cosa pálida despues de tal recomendacion, porque aunque revelase en su conjunto un genio de los tiempos heróicos, careceria del gusto moderno y tal vez de la correccion académica en algunos pormenores: una obra de las mas recomendables de los vates contemporáneos, pareceria mas insípida aun, porque aunque tuviese todos los atavíos del gusto moderno, no tendria tal vez aquella robustez del poeta que inmortalizó su nombre cantando la cólera de Aquíles. ¿Qué es lo que no debemos esperar de un trabajo literario en el cual dice el autor voluntariamente que ha invertido toda su vida?

Y sin embargo, la obra de que hablo dista tanto de la perfeccion bajo todos conceptos, que á cualquiera persona de criterio le pareceria ménos que mediana, aunque el autor la recomendase diciendo que era una improvisacion con piés forzados. Pobre en su concepcion y mezquina en su desempeño, seria difícil decidir si lo que mas la caracteriza es su palidez ó su desaliño. M. de Cormenin dice que Lamartine no ha palidecido nunca bajo los estremecimientos de la inspiracion ni profundizado lleno de sudor los surcos del pensamiento, y lo mismo, en inverso sentido, digo yo de Martinez de la Rosa. Efectivamente, Lamartine no se ha esforzado nunca para derramar esas galas de que su fecunda musa es tan abundante; pero la gran diferencia que yo encuentro aplicando al vate español lo que dice Cormenin de su compatriota, es que Lamartine no se ha esforzado nunca, porque nunca ha tenido necesidad de hacer esfuerzos, al paso que Martinez de la Rosa no se ha esforzado porque no podria esforzarse aunque quisiera. La naturaleza le dotó de un temperamento tan particular, que le

condenó á no conocer en su vida una sola de esas emociones que en ciertos casos experimentan todos los mortales. Yo creo que este señor tiene sobre poco mas ó ménos una idea de la inspiracion como un ciego de la luz, sobre todo, si es ciego de nacimiento. Una aurora boreal en Rusia, una tempestad en el cabo de Hornos, un incendio en Constantinopla, una erupcion en el Vesubio, una revolucion en Paris, es decir, todo lo que el cielo, el mar, el fuego, la tierra y los hombres pueden ofrecer de mas imponente á nuestra imaginacion, seria incapaz de conmover el corazon de don Francisco Martinez de la Rosa, y por eso digo que nunca este autor ha sufrido alteracion moral ó física de ningun género tratando de profundizar los surcos del pensamiento. Escribe versos ó prosa como podia beber cerveza alemana ó jugar al dominó, dos cosas que solo puede hacer un hombre por pasatiempo, y así es como se comprende que haya dado á luz los fragmentos del poema de que ántes he hablado, aunque nunca se concibe que estos hayan debido absorver toda la vida de un hombre. Para apreciar debidamente las fuerzas del señor Martinez de la Rosa como poeta lírico, bastará examinar esa composicion que parece ser su sueño dorado, puesto que le ha consagrado la existencia, no atreviéndose despues de todo á publicar sino los fragmentos mas escogidos. Para conocer la importancia de este poema bastará examinar su primera estrofa á que el autor da el nombre de octava; y para juzgar dicha octava bastaria citar el primero de sus renglones, que no me determino á llamar versos. Dice asi :

« En el soberbio alcázar mahometano »

Aquí no puedo ménos de recordar el verso con que

Iriarte dió principio al poema de la música y que, segun dicen, hizo tomar las de Villadiego á García de la Huerta. No encuentro mas que una diferencia, y es la de que tomando el verso de Iriarte que dice :

Las maravillas de aquel arte canto,

y alternando ó componiendo sus términos, cualquier algebrista sabria hacer de un verso malo todos estos versos buenos :

Las maravillas canto de aquel arte.....
Canto del arte aquel las maravillas.....
Del arte aquel las maravillas canto.... .

miéntras que el verso del señor Martinez de la Rosa no peca solo por la falta de órden, sino por una fatal eleccion de palabras con las cuales el mismo Lope de Vega se veria imposibilitado de construir un regular endecasílabo.

Este verso que es malo, absolutamente considerado, es mucho mas malo si se repara que pertenece á un poema, y que casi podria llamarse el primer granadero por formar en la primera línea de la primera octava ; pero el segundo es infinitamente peor que el primero, como se demuestra con la figura siguiente :

« Del pérfido Boabdil dejado apénas. »

No es posible hacer dos versos mas flojos que los dos que he citado, precisamente los primeros versos del primero de los fragmentos de la primera de las composiciones á que el autor ha consagrado toda su vida. Pero sigamos citando.

« Cuando cayó del trono soberano
Despeñado á las líbicas arenas,

Reposaba el caudillo castellano
Dando tregua del mando á las faenas. »

Aquí el autor iba remontándose tal vez sin saberlo, y si lo sabia, es preciso confesar que se arrepintió bien pronto. La entonacion sostenida en el espacio de tres versos le pareció que infringia las leyes de su estética, y para remediar el daño causado á su sistema de prosaismo sempiterno, lanzó esa *tregua* en las *faenas* del mando que satisface á todas las condiciones de puerilidad y ripio, que son el cuerpo y alma de su existencia poética. Pero no podia detenerse su genio en este punto de la prosáica pendiente á cuyo fondo va caminando sin descanso desde los primeros años del siglo actual, y para no dejar nada que desear á los enemigos de la inspiracion, cerró esa octava que está diciendo comedme, con estos dos versos que pueden arder en un candil :

« Y ya batiendo el sueño el ala grave
Le rociaba con bálsamo suave. »

Admitimos que el sueño bata el ala, porque es una metáfora como otra cualquierá ; pero eso de dar al ala del sueño la calificacion de *grave*, no merece indulto por mas que, como circunstancia atenuante, alegue la necesidad de la rima que los maestros llaman ripio. El último verso aceptable tambien en su concepto metafórico no puede admitirse de ninguna manera bajo el punto de vista fónico, pues podia sin esfuerzo pasar por decasílabo. Pero aunque prescindiésemos de la armonía, cosa imposible cuando se trata de la versificacion, que para mí es la música aplicada á la poesía, aunque concediesemos una amnistía á ese monton de sinalefas que tan mal efecto producen en los versos ¿podiamos hacer otro tanto con la falta de nervio y de elevacion de

que se resienten á la vez en esa octava el lenguaje y el pensamiento? ¿Puede darse una entonacion ménos épica, una vulgaridad mas empalagosa y una palidez mas glacial? Y téngase presente, que he citado esta octava, no porque sea la peor, sino porque es la primera del poema, como he empezado la crítica por esta composicion, no porque es la peor, sino al contrario, porque es la obra predilecta á que el señor Martinez de la Rosa ha consagrado toda la vida. Por lo demás la octava citada tan inferior á las exigencias del arte y de la popularidad de su autor, es ménos mala; mas diré, es una obra perfecta comparada con el resto del poema.

Pero hay algo peor que el prosaismo rastrero en el lirismo de don Francisco Martinez de la Rosa, y es que abandone la tierra para remontarse á la esfera de los genios incomprensibles, escollo natural en que tropiezan los que no habiendo nacido poetas se empeñan en parecerlo. Ved aquí una muestra, y luego hablarémos.

EL SATIRO.

¡Oh tú, mas feble á seductor halago
Que tierno lino al revolar el viento
Cuando mecido en la feraz llanura
Trémulo ondea.
Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,
Sátiro inmundo.
No mas te acuerdes de mi amor primero,
Ni el labio mio con su blando bozo
El pecho halague que punzaron ántes
Asperas cerdas.
Al pié del sauce, en tu apacible baño,
Yo vi estampada la redonda huella

Del torpe amante, y del brutal retozo
Turbias las aguas.
Anda, pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva hiedra;
Miéntras oculto con mi fiel zagala
Plácido rio.

Aquí el autor me ha dejado tan á oscuras que necesito encender una vela para ver lo que ha dicho. Si este señor se hallase presente yo le preguntaria lo que ha querido decir, y despues que me lo explicase, vendria como de molde esta célebre interpelacion que en un caso parecido dirigió don Juan Nicasio Gallego á cierto poeta: « Pues si es eso lo que usted ha querido decir, ¿porqué no lo ha dicho? »

Yo comprendo que cuando los hombres caminando en pos de una idea superior á nuestra humilde inteligencia invaden el nebuloso campo de la metafísica, usen ese tenebroso galimatías que nosotros no entendemos ni ellos tampoco, porque aquí el defecto está en la índole del trabajo; pero en la poesía cuadra mal el enigma, y la composicion que acabo de citar es mas que un enigma, es un logogrifo. Verdad es que si me ponen en la precision de explicar lo que el señor Martinez de la Rosa ha querido decir en el *Sátiro*, podré conseguirlo siquiera por lo habituado que estoy á descifrar otras charadas del mismo autor. Se trata, me parece á mí, de un amante que temiendo la volubilidad de su querida, la aconseja no ceder á las caricias de un monstruo so pena de olvidar su primer amor. ¿Y cuándo dá este consejo? Cuando el mal es inevitable, puesto que el mismo amante ha descubierto ciertos indicios de culpabilidad, que es como si yo aconsejase al señor Martinez de la Rosa que no escribiese algunos versos despues que los hubiera publicado. Pero hay mas: á poco rato de

amonestar el amante tan severamente á la dama á que huya del Sátiro, le dice que ciña la frente del monstruo con la hiedra lasciva del bosque; contradiccion grande, aunque no la mayor del soliloquio, porque la contradiccion garrafal está en decir el amante á su antigua prenda que no vuelva á pensar en su amor primero, en el caso de irse con otro, precisamente cuando él la ha dado el ejemplo de la inconstancia marchándose con otra, puesto que él mismo confiesa estar oculto y riendo plácidamente con su fiel zagala. Y para todo esto ¡qué prurito de amontonar palabras! ¡Qué empeño de inflamar la lengua no pudiendo inflamar el pensamiento ó el corazon! ¡Qué poca novedad! y sobre todo ¡qué poco atractivo!

Pero es bien extraño que incurra en el defecto de la oscuridad el señor Martinez de la Rosa que tan inexorablemente ha condenado algunas veces á Góngora y á sus imitadores, sabiendo que estos cayeron en el delirio no solo por una especie de reaccion contra el prosaismo que se iba introduciendo en aquella época sino tambien por un exceso de genio. Efectivamente, sobraba á Góngora el fuego que falta á Martinez de la Rosa; pero de una capa larga se puede cortar lo que se quiera sin dejar señal del defecto que ántes la afeaba, miéntras que es imposible alargar con remiendos una capa corta sin que dejen de notarse las costuras. Suponer que Martinez de la Rosa es poeta, porque entre infinitas cosas malas haya dejado escapar como por milagro una buena, es suponer que una mujer roma, tostada, con boca grande y sin cejas, es hermosa, solo porque tiene buena dentadura. Decir que Góngora es un mal poeta porque entre muchas cosas inimitables presenta algunos defectos, equivale á sostener que el sol es feo porque tiene algunas manchas. Tan temerario seria desdeñar por sus

manchas al sol, como prendarse de una fea por la belleza de sus dientes.

Tambien es extraño que el señor Martinez de la Rosa tan pueril y prosáico en una composicion que tiene pretensiones de *poema épico*, haya querido ser tan florido y enfático en el *Sátiro*, que apénas puede tener las pretensiones de un madrigal. Esto solo se explica por esa falta de inspiracion verdadera que hace que los cómicos y los oradores inaccesibles á la pasion empleen la mímica ó las modulaciones de la voz en razon inversa de los afectos que quieren representar. Generalmente son frios en los momentos solemnes y graves en las situaciones comunes, y esto es lo que le sucede al señor Martinez de la Rosa cuando trata de expresar lo que está léjos de sentir.

Siempre he desconfiado yo mucho de los hombres universales, porque si alguna verdad moral se halla confirmada por los hechos, es la de que nuestra inteligencia pierde en solidez lo que gana en extension. Don Francisco Martinez de la Rosa, ejemplo vivo de este axioma filosófico, es quizá el viajero intelectual mas infatigable de la tierra. Ambicioso de gloria, cualidad que estoy distante de vituperar, porque ella ha sido en todos tiempos la locomotiva misteriosa que ha conducido al pensamiento humano en todas sus heróicas evoluciones, dotado de un temperamento poco nervioso para saborear ó sentir las encontradas emociones de la vida, pero lo bastante para dar alguna fuerza á su constitucion física tan débil como la del mismo Voltaire, todo ha querido recorrerlo y todo ha querido dominarlo. Diputado, aspiró á los triunfos de la elocuencia; orador distinguido en su tiempo, pretendió marcar un surco luminoso en el campo de la política; ministro y embajador, ha tenido aspiraciones dictatoriales en las regiones de la

diplomacia. Desgraciado con frecuencia en la práctica de sus principios, no ha dejado de recoger, aunque momentáneamente, algunos laureles que no han tardado en marchitarse; pero por una reaccion muy comun en su carácter, pronto ha buscado en otros terrenos el desquite de sus descalabros. Las ciencias y las letras, no siempre generosas con el que solicita sus favores, han negado formalmente á su ambicion la corona de la inmortalidad, pero amables y hospitalarias, han recibido con benignidad sus visitas, franqueándole la entrada de sus gabinetes y bibliotecas. Don Francisco Martinez de la Rosa no ha sido mas afortunado en la literatura y las ciencias que en la elocuencia y en la diplomacia. Ignoro si desalentado por el éxito, á veces feliz, pero nunca estrepitoso, de sus tareas literarias y políticas, ha ensayado su númen en las artes; pero atendido su carácter, no me sorprenderia mucho que algun dia, en el inventario de los objetos de su casa, apareciesen obras anónimas de música que no revelarian por cierto el genio de Mozart, ó de pintura que tampoco serian atribuidas á Rafael.

Lo que he dicho de esta inteligencia cosmopolita en general, tiene tambien aplicacion á los detalles. Verdadero naturalista mas bien por la perseverancia de su voluntad que por su espíritu analítico, investigador mas curioso que profundo en sus trabajos que llamaré zoológico-poéticos, no contento con conocer los géneros de cada órden, las familias de cada género y las especies de cada familia, ha querido recorrer los individuos de cada especie. Y en efecto, para esplanar lo que dejo indicado en otra parte de este artículo, don Francisco Martinez de la Rosa ha ensayado sucesiva ó simultáneamente sus fuerzas en todos los tonos de la epopeya, de la poesía lírica y de la literatura dramática. Ha hecho

poemas épicos, cantos patrióticos, himnos guerreros, églogas, endechas, madrigales, epígramas, tragedias, dramas, comedias, y otras muchas cosas que, como decia Bossuet, no tienen nombre en ninguna lengua humana.

Ya he dicho lo que el señor Martinez de la Rosa es capaz de hacer cuando eleva su pensamiento á las regiones de la epopeya y sus alas á los espacios de lo incomprensible. Veamos si es mas dichoso en sus inspiraciones belicosas; y para que el ejemplo ayude á la observacion, copiarémos la cancion guerrera que hizo con motivo del levantamiento de los griegos:

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
De la patria la voz escuchad;
Y rompiendo las viles cadenas
Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad;
Independencia ó muerte,
¡Muerte!
O muerte ó libertad
¡O libertad!

—

¿No mirais á esos fieros tiranos
Al nacer vuestros hijos sellar,
Aherrojar vuestros padres y hermanos,
Vuestro lecho y amor profanar? etc.

Si me preguntan cuáles son los defectos de esta cancion, confieso que me veré apurado para contestar, no porque tenga muchos, sino al contrario, porque parece que no los tiene. Los versos son regulares y hasta buenos, la lengua no tiene que lamentar en ellos

la menor infraccion ó violencia; pero ¿es esto todo lo que se necesita en una de las composiciones en que precisamente importan ménos los accesorios de la forma? ¿Dónde está el entusiamo ardiente y popular que inflamando el corazon de Quintana le hacia sacar de la tumba las sombras de nuestros antiguos héroes apostrofando de este modo á los españoles

Despertad, raza de héroes.....
. . . .
Que vuestro nombre ofusque nuestro nombre,
Que vuestra gloria eclipse nuestra gloria!

Porque así es como en los momentos supremos evoca el verdadero poeta la memoria de los antepasados.

« Ceñid el casco fiero y refulgente,
Y el que niega su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente. »

Así hubiera hablado Quintana en caso parecido, y así debia hablar el ateniense Tirteo cuando infundió en los lacedemonios el espíritu marcial que triunfó de los mesenios; porque así habla el hombre que siente y trata de enardecer á los que han de buscar los laureles de la victoria en los peligros del combate.

¿Hay en los versos que he citado, ni en todo el himno guerrero del señor Martinez de la Rosa, algo de ese arranque varonil, de esa chispa sagrada que comunicándose á los lectores predispone su ánimo al heroismo? Ya veo que llama á los griegos hijos de Esparta y de Atenas; que les manda escuchar la voz de la patria, que les aconseja romper las viles cadenas y forjar las armas del combate. Veo tambien que les pinta las miserias de su situacion, y veo, en una palabra, que dice

lo que buenamente se puede decir en un himno. Pero, ¿cómo lo dice? como quien ha hecho un trabajo industrial, subordinando las palabras á una especie de órden métrico y rítmico que enerva en vez de aumentar el valor que tienen en el diccionario. ¿Cómo deberia haberlo dicho? Esto es lo que yo no sabré explicar, porque no tengo la pretension de ser un poeta privilegiado, y aunque lo fuera, me seria difícil hacerlo, porque no creo que pueda sujetarse á reglas la facultad de sentir.

Me parece, sin embargo, que en este género de composiciones tenemos poco que echar en cara al señor Martinez de la Rosa. Nuestro país, rico de genios orientales, tiene en su poesía mas brillo del que puede resistir la vista de los habitantes del Norte; pero no conoce ese secreto terrible con que estos exaltan sus instintos belicosos. Además, por efecto de ese orientalismo infiltrado en nuestras venas, que nos hace en caso de duda posponer la idea á la forma, nuestros himnos patrióticos han solido ofrecer con mucha frecuencia el contraste de una música brillante acompañando á una poesía ramplona; y si bien se mira, hasta esa música tiene, en casi todos nuestros himnos, el defecto de convidar mas á la alegría que á la guerra. Hay en ella mas voluptuosidad que pasion, mas gracia que solemnidad, y á pesar de su inspiracion y de sus marciales adornos, se diria que se ha hecho mas bien para una parada que para una pelea.

No revela mejores disposiciones, el autor de que voy hablando, en los madrigales y anacreónticas, composiciones á que generalmente se ha dado el nombre de *ligeras*, pero que en el señor Martinez de la Rosa son muy pesadas. Verdad es que la anacreóntica, para mi gusto poético, por bien aderezada que esté, no deja de ser el mas insípido de los manjares. La historia dice que Anacreonte se ahogó con una pasa que se le atrancó en

el gaznate, y yo no sé si el hecho será cierto, pero lo que sé es que cada composicion de sus discípulos es una pasa para mí. He aqui una muestra que no es de las mas empalagosas en su género, ni de las mas desaliñadas que ha compuesto el señor Martinez de la Rosa :

Pronto, zagalas, ¡ea!
La lira, el tirso, el vaso :
Venderé mis cantares
Si ofreceis dulce pago :
Por un beso una copla
Y dos por cada abrazo.

Cualquiera aprecia mas un beso que un abrazo; pero este autor dice lo contrario, sin duda obligado por la maldita medida y el maldito asonante. Lo que no puedo ménos de aplaudir, es la franqueza con que en premio de los abrazos y besos ofrece coplas; porque no merecen otro nombre esas composiciones tan desprovistas de vehemencia y gala. Cuando los aficionados á este género, insípido de suyo, carecen de tan preciosas dotes, se hacen insoportables. He aquí otra muestra de las frivolidades que el señor Martinez de la Rosa nos ha dado, bajo el nombre pretencioso de poesías :

Cien veces ciento,
Mil veces mil,
Mas besos dame
Laura gentil,
Que flores crian
Mayo y abril,
Y arenas llevan
Dauro y Genil.
Mucho demandas
Poco pedí,

¿Bástate un beso?
Dámelo sí;
Pero tus labios
Clávense en mí,
Y hasta la muerte
Nos halle así.

Vean Vds. en el trozo que acabo de citar otra de las cosas que no tienen defectos. La versificacion es fluida, el lenguaje fácil y sencillo como lo requiere el asunto; y sin embargo, la composicion tiene el defecto mas vituperable en los frutos de esa rara planta que llamamos inspiracion, el defecto que mas resalta en todas las poesías del autor, esto es, el de no ser malas ni buenas. El señor Martinez de la Rosa, me complazco en repetirlo, es hombre de instruccion; no carece de gusto ni de criterio, y si no tuviesemos derecho á exigir de los poetas algo mas que esto, indudablemente hallariamos en sus obras mas motivos de elogio que de censura; pero el buen juicio y la erudicion, dotes á mi ver indispensables en todos los ramos del arte y de la ciencia que pertenecen al dominio del hombre, son en las obras de imaginacion, y principalmente en la poesía, elementos reguladores que, como el compás y la regla en la arquitectura, reducen su ejercicio á contener el vuelo de la fantasía en los límites de la razon. Por lo tanto, es necesario que los que aspiran á brillar en este concepto hagan intervenir la discrecion como accesorio y no como base de sus concepciones; porque debo decir, aun á riesgo de que esto parezca una vulgaridad, que si no son siempre eruditos los poetas, tampoco son poetas todos los eruditos.

Pero entretenido en estas reflexiones, habia olvidado probar que el madrigal no es la ménos pesada de las composiciones ligeras en el señor Martinez de la Rosa.

4

He aquí uno que no sé porque el autor le ha llamado madrigal, puesto que ni por la forma ni por el pensamiento merece semejante nombre y mucho ménos por el título, que correspondia mas propiamente á una fábula:

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz, leve el ala
Como linda mariposa,
Vaga amor de rosa en rosa
Mostrando viveza y gala.

Mas si una luz mira ciego,
Vuela, llega, en torno gira,
Se acerca, tócala, espira,
Y consúmese en su fuego.

Cualquiera que haya conocido el amor encontrará fria y falsa la comparacion del señor Martinez de la Rosa, y no se necesita ser un naturalista consumado para saber que la vida de la mariposa no se extingue tan fácilmente como este autor supone. ¿Quién le ha dicho á este señor, que el amor vaga de rosa en rosa, queriendo dar á entender que cambia fácilmente de inclinacion? Esto, en mi concepto, es equivocar el amor con la lubricidad, es confundir ese puro y acrisolado ideal definido por Platon con la volubilidad de la materia. Los hombres que se sienten arrastrados por la exageracion de un impulso, que podemos llamar fisiológico, pero aspirando solo á la satisfaccion grosera de la necesidad física, esos sí, caminan de flor en flor como las mariposas; pero su aficion á la variedad consiste precisamente en

que no conocen el amor. Al contrario, el que experimenta los efectos de esta pasion indefinible, se fija en un punto sin abandonarlo desde que el amor nace hasta que se consume en su fuego, como dice muy bien el señor Martinez de la Rosa; de modo que el amor no es el deseo instintivo, es decir, no es el hombre: este puede variar de objeto muchas veces en la vida; el otro consagra toda la vida á un solo objeto; y si alguna vez esta llama extinguida en un individuo vuelve á inflamar su corazon, debemos decir que nace, pero no que renace, porque bien puede ser idéntica sin ser la misma.

Podemos por consiguiente afirmar que el señor Martinez de la Rosa no conoce el amor, y si lo conoce, digo que es un amor el suyo muy particular. ¡Qué madrigal tan frio para consagrarse al amor! ¡Qué distinto amor debia inspirar á Cetina cuando quejándose de unos ojos airados, decia en un verdadero madrigal:

. . . .

¡Ojos claros, serenos!
¡Ya que así me mireis..... miradme al ménos!

Pero no es extraño que el señor Martinez de la Rosa no conozca el amor; lo extraño es que no conociéndolo trate de pintarlo. Si hay algo que mate las ilusiones mas que el escepticismo es la afectacion de las creencias. Es necesario que hable la fé ó que calle la lengua, esto es, sentir como los poetas ó dejar en paz á las Musas.

No quiero detenerme á probar que el señor Martinez de la Rosa no es un poeta satírico á pesar de los esfuerzos que ha hecho por brillar en el género epigramático, porque lo juzgo inútil en atencion á que bajo este con-

cepto hasta sus mismos amigos han reconocido su incapacidad. En efecto, si fuesemos á examinar su obra titulada *el cementerio de Momo,* podriamos citar muchos epitafios que tienen grandes pretensiones epigramáticas, pero tambien veriamos que si alguna vez el autor ha conseguido su objeto ha sido recurriendo al plagio; y no lo repruebo enteramente á pesar del horror con que he mirado siempre este delito de lesa-moralidad en el imperio de las bellas letras; porque, francamente, cuando un hombre se toma la libertad de dirigir al público la palabra, sea en prosa ó en verso, verbalmente ó por escrito, debemos temer que gaste el tiempo en no decir nada ó en decir algo malo. Vale mas que diga alguna cosa, y sobre todo, que diga algo bueno, aunque nada de lo que diga sea suyo. No se crea por esto que los epitafios del *cementerio de Momo* merezcan llamar la atencion entre las composiciones de su género, y no es extraño, porque como la forma en la poesía es una circunstancia tan esencial que realza ó destruye el relieve de las ideas y solamente los verdaderos hombres de genio llegan á dominarla, se explica bien como un concepto altamente epigramático en Marcial nos parece insípido en el señor Martinez de la Rosa. Pero es el caso, que no satisfecho este señor con escarbar en el depósito de las ideas que desde la civilizacion de los indios y los egipcios ha venido amontonando en forma de libros la inteligencia humana, no contento, digo, con apropiarse un concepto, necesita además tomar el plagio como tema para producir malísimas variaciones. Me acuerdo, á propósito de esto, de uno de los mencionados epitafios, que dice así:

« Aquí Fray Diego reposa;...
Y jamás hizo otra cosa. »

El pensamiento que este pareado envuelve se pierde, como suele decirse, en la noche de los tiempos. No sé si Noé lo trasmitió á sus descendientes como un residuo de los tiempos antidiluvianos, pero puedo asegurar que despues de haber recorrido casi todas las lenguas muertas ha viajado por casi todas las lenguas vivas, siendo tan conocido y popular en nuestra patria hace muchos años que nuestros abuelos lo legaron como cosa muy antigua á nuestros padres. El señor Martinez de la Rosa, sin embargo, nos lo da por original, y no satisfecho del plagio, nos ofrece esta incalificable variacion :

Aquí yacen dos maestrantes
Ocupados como ántes.

Y nadie dudará que este epitafio es mas malo que el anterior, puesto que siendo plagio de otro plagio, tiene además la desventaja de estar detestablemente versificado. Pero veo que voy quebrantando mi propósito de no juzgar al señor Martinez de la Rosa en el concepto de poeta satírico, y por otra parte ya es hora de considerarle en el de poeta dramático, aunque no es mucho lo que pienso decir sobre este asunto el mas estéril de cuantos hasta aquí han podido caer bajo el dominio de la crítica.

El autor del *Edipo*, la *Conjuracion de Venecia*, la *Viuda de Padilla*; *Lo que puede un empleo!* y otras varias producciones inferiores á estas, no es un poeta trágico, ni un poeta dramático, ni un poeta cómico; del mismo modo que, como llevo dicho y demostrado ya, no es un poeta lírico, ni épico, ni satírico, ni nada que se lo parezca. *El Edipo* es una coleccion de reminiscencias de todas las tragedias que con este título han visto la luz pública desde Sófocles hasta Voltaire, pero sin ofrecer en su

conjunto la sencillez de los antiguos ni las bellezas literarias de los modernos. Es una tragedia con resabios de drama romántico, y no es un drama romántico porque siempre deja ver el patron de la tragedia griega que le ha servido de modelo. *La viuda de Padilla* tiene tambien el defecto de no pertenecer á ningun género, por lo mismo que pertenece á todos desde la tragedia al sainete : la heroina de los Comuneros tiene en esta obra el corte de una rabanera ; el padre de Padilla es en ella un tonto, Mendoza un mentecato, y en medio de que su fin moral parece encaminado á contentar á todos los partidos, el autor ha tenido el talento diplomático de no agradar á ninguno. Si no fuera por el temor de dar á este artículo mayores dimensiones de las que el asunto merece, citaria aquí muchos versos como estos :

¿ De una mujer ilusa y delirante
La momentánea cólera te arredra?
. . . .
— ¿ He de sufrir su enojo?
— Pues perezca.

Versos que no carecen de entonacion, pero sí de dignidad ; pues mas que á una tragedia séria parecen pertenecer á la del Manolo, y seguramente que hasta por el asonante podian ir seguidos de estos otros que con razon han alcanzado en el tono sainetesco una gran celebridad :

— Que mi honor vale mas de cien ducados.
— Ya te contentarás con dos pesetas.

Hay un drama del señor Martinez de la Rosa que produjo en su tiempo mucho efecto, y es *la Conjuracion de Venecia;* pero á pesar del efecto que produjo es quizá

la composicion ménos importante de su autor. Este drama es una aglomeracion de todos los malos resortes que tocó el romanticismo para horrorizar al mundo, pues baste decir que el señor Martinez de la Rosa echó mano hasta del tormento, haciendo salir á la escena un personaje con los brazos descoyuntados; y mis lectores comprenderán que empleando recursos tan terribles, nada hay mas fácil que producir efectos en el teatro. Pero á esta circunstancia agrega el drama la parte patriotera, lo que era muy importante en la época en que se dió á luz. En efecto, debemos tener en cuenta que en aquel tiempo el pueblo español acababa de sacudir una cruel y larga pesadilla. Al desplomarse el edificio levantado por Calomarde, se despertó el generoso entusiasmo de las ideas nuevas, proscribiendo todos los elementos de la antigua tiranía. Don Francisco Martinez de la Rosa encontró las pasiones exaltadas en favor de la libertad; los ánimos irritados contra el yugo que acababa de romperse; en una palabra, los corazones ebrios de patriotismo; entónces fué cuando dió su *Conjuracion de Venecia,* llena de anatemas contra los tiranos y contra la inquisicion; plagada de alusiones favorables al nuevo cambio político; vaciada, por decirlo así, en la turquesa de las exigencias revolucionarias, ¿cómo podia entónces dejar de aplaudirse? Pero sométase de nuevo á la prueba ese drama tan bien recibido en los primeros años de la llamada regeneracion política; póngase en escena hoy que el entusiasmo patriótico se ha entibiado y desaparecido el gusto á las exageraciones románticas, y apuesto cualquier cosa á que todo lo que en algun tiempo excitaba el sistema nervioso de los espectadores, hace en el dia reir ó bostezar. En suma, la *Conjuracion de Venecia* es un mal drama de circunstancias, con todos los defectos y sin ninguna de las bellezas

de la escuela de Víctor Hugo; es un folleto contra el tormento, pero folleto de brocha gorda, sin novedad ni estilo, que solo se recomienda por una circunstancia y es que no tiene tan mala versificacion como las demás producciones dramáticas del autor, lo cual se concibe bien sabiendo que dicho drama está escrito en prosa.

No es mas afortunado el señor Martinez de la Rosa en el género cómico que tambien ha ensayado, firme en su propósito de recorrer como su amor ideal todas las flores del pensil literario. Su comedia titulada *La Niña en casa y la madre en las máscaras,* no merece siquiera los honores de la crítica, y *Lo que puede un empleo,* es hija del mismo padre. Esta última, sin embargo, tiene algun colorido aunque falso; pero ¿es verosímil aquel don Meliton que de todo prescinde ménos de llenar la panza? Y no porque no sea posible el carácter de este personaje, pues en nuestros dias han figurado mas de cuatro Melitones como el del señor Martinez de la Rosa, sino porque no todo lo que es posible en el mundo es verosímil en el teatro, y cuando el arte no sabe dar el preciso atractivo á las creaciones de la imaginacion, hasta los fenómenos mas naturales y comunes toman el aspecto de la excepcion ó del absurdo. Lo que nos repugna en el mencionado don Meliton, no es el tipo, sino lo recargado de este, porque es ridículo el modo violento con que el tal hombre abjura sus ideas por un destino, como son de mal tono las groserías que se permite contra sus mas queridos amigos, y como, en fin, es inconcebible la excesiva credulidad con que da fe á una noticia que ni siquiera se presenta autorizada con el sello del correo. Todo, esto como llevo dicho, tiene falta de preparacion, y está desenvuelto tan pobremente, que se resiente de una palidez mortal á pesar de los sentimientos democráticos que parecen haber inspirado

dicha produccion, y de muchas palabras atrevidas que serian hoy denunciadas en concepto de sediciosas.

En resumidas cuentas, todas las obras dramáticas del señor Martinez de la Rosa son inferiores al *Edipo*; y esta tragedia, como ántes indiqué, es obra de tantos ingenios, que bien pudiera aplicársele aquel verso de Quevedo á doña Dinguidaina :

Mas padres tiene que miembros;

de modo que si fuesemos á repartir á Sofócles, Séneca, César, Corneille, Voltaire y otros muchos lo que de dicha obra les pertenece, nunca quizá vendria mas á pelo decir como el señor Breton :

¿Que le queda al buen Pantoja?
Fuera de los nueves cero.

A pesar de todo, lo repito, la tragedia de *Edipo* merece la pena de verse, y yo quisiera que el autor hubiera zurcido del mismo modo cosas agenas en sus otras producciones con tal que, apelando á este recurso, nos hubiera dado cosas mas agradables; porque en este caso la crítica estaria reducida á decir : « las obras dramáticas del señor Martinez de la Rosa son buenas, pero no son suyas, » y á él le quedaria el consuelo de contestar: « mis obras no son mias, pero son buenas. »

No faltará quien tache de severo el juicio que acabo de emitir acerca del señor Martinez de la Rosa, y por mi parte confieso que no he pecado quizá de indulgente; pero á las razones que he dado ya para no gastar contemporizaciones que sobre ser inútiles repugnan á mi carácter, tengo que añadir algunas otras. Ya he dicho que este literato goza de una reputacion colosal, y á los autores debe juzgárseles con arreglo á la importancia que

han alcanzado con sus obras. He dicho tambien que el señor Martinez de la Rosa, jactándose en sus notas y advertencias de haber escrito por pasatiempo, limado bien sus escritos y escogido lo mejor para darlo al público, ha renunciado al derecho de quejarse cuando la crítica examine sus obras con el rigor que ordena el amor á la verdad. Ahora debo añadir que dicho señor, no contento con buscar en la práctica la realizacion de sus ilusiones, ha pretendido ser autoridad en la teoría; es decir que ha publicado una obra didáctica con el título de *Arte poética*, y no hay hombre de conciencia que pueda disimular los defectos en los que han dado reglas para evitarlos. ¿No es, pues, sensible, que gozando el señor Martinez de la Rosa una fama inmensa como poeta, y siendo además preceptista, encontremos sus obras tan distantes de la perfeccion? Porque es menester decirlo; el autor de quien voy hablando, no solo ha pecado por su falta de inspiracion, en lo que nos ha hecho ver que no ha nacido poeta, sino hasta por la infraccion de las reglas mas conocidas y respetadas de todos los principiantes. Por ejemplo, se dice que deben evitarse con cuidado las cacofonías, y entre otras muchas que hallamos en este autor, podemos citar la siguiente que se halla en la composicion titulada *La mansion del amor* :

El aura semillas lleva,

defecto que hubiera podido evitarse diciendo :

Semillas el aura lleva.

Es tambien regla muy sabida la de que en los romances debe procurarse que los asonantes inmediatos no sean consonantes, y el señor Martinez de la Rosa, sin embargo de ser preceptista, incurre con mucha frecuen-

cia en esta falta imperdonable. Así hallamos en uno de sus romances la siguiente cuarteta :

Los grandezuelos descubren
Mas dañadas intenciones,
Y en vez de inocentes juegos
Aguzan flechas y arpones.

Pero este defecto es de marca mayor en la comedia titulada *La niña en casa,* donde hallamos nada ménos que tres consonantes seguidos por asonantes, verbigracia :

Dió una noticia importante
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Veracruz.
— Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.
— Pues mi dichoso cuñado, etc

Fáltame decir que este autor tan purista y preceptista tiene alguna vez, y sobre todo en los versos, faltas de lenguaje, y para demostrarlo me bastará citar los versos siguientes del *Edipo,* en que comete uno de los galicismos mas garrafales :

¿De cuando á acá los dioses inmortales
Amparar la inocencia han *defendido?*

¿Quiere esto decir que don Francisco Martinez de la Rosa carece de talento? No por cierto. Me complazco en repetir que reconozco en dicho señor una inteligencia estimable y una instruccion poco comun. Su obra histórica publicada bajo el título de *Espíritu del siglo,* á pesar de sus paradojas y de la sistemática parcialidad con que en ella se desfiguran los hechos, es un trabajo respetable por muchos conceptos. No se distingue por un

estilo brillante aunque á veces peca de florido, pero su prosa es fácil y correcta; y si al considerar solamente los versos del señor Martinez de la Rosa la conciencia se reacciona contra el renombre de poeta que ha alcanzado sin merecerlo, al leer sus obras en prosa es preciso pagar el tributo que se debe á un apreciable literato y confesar, como anteriormente he manifestado, que dicho señor ocupa dignamente un lugar en la Academia. Creo haber hecho justicia á don Francisco Martinez de la Rosa.

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Es muy comun la creencia de atribuir á los críticos el designio sistemático de censurarlo todo, destruyendo las reputaciones bien fundadas y complaciéndose en rechazar como malo todo lo que la generalidad acepta como bueno; de donde nace cierto desden hácia la crítica, dando orígen al dicho vulgar de que es mas fácil criticar que producir. Esta creencia es tan errónea como otras muchas que el hombre alimenta ofuscado por los consejos interesados de la gente que necesitando medrar á costa de la ciega credulidad, ó de la ignorancia pública, reprueba la discusion porque teme el esclarecimiento de la verdad. Por mi parte, á pesar de mi repugnancia á las restricciones, comprendo los escrúpulos de los espíritus apocados respecto á las personalidades, y aunque desde ahora doy permiso á todo el género humano para decir de mí lo que se le antoje, no exijo de los demás otro tanto; pero lo que no comprendo es que haya persona ó asociacion alguna que, obrando de buena fe, puedan rehusar el exámen de sus opiniones ó de sus actos públicos, siempre que dicho exámen se mantenga en los límites del decoro; porque entónces léjos de llevar consigo la crítica esos inconvenientes que asustan á los hombres pusilánimes y atormentan á los fa-

tuos, ofrece, por el contrario, en su libre ejercicio una satisfaccion para los que obran con acierto, y una leccion para los que necesitan el amparo de una de las mas importantes obras de misericordia.

Tampoco transijo con la idea de que sea mas fácil criticar que producir. La crítica en sí misma es una produccion, y cuando está desempeñada con arreglo á las exigencias de su elevado ministerio, no solo es recomendable por sus efectos, sino por sus dificultades. Así, yo creo que seria mucho mas difícil imitar una de las buenas críticas de Larra, que muchas de las malas obras que criticó, y se me figura que hasta los autores de dichas obras opinan del mismo modo.

En cuanto á la suposicion de complacerse el crítico en censurar lo mismo las buenas que las malas obras, no solo la combato, sino que la considero altamente injuriosa para todos los que, animados por el santo amor de la equidad, arrostramos los contratiempos inherentes al propósito de reparar las injusticias del mundo, con tal de coadyuvar al esplendor del arte. Bajo este concepto, el verdadero crítico está muy distante de incurrir en la falta que le atribuye el vulgo; y por lo que á mí se refiere, debo declarar aquí que cuando me propongo analizar una obra literaria, prefiero ensalzar con entusiasmo á censurar con acritud. Así han debido observarlo mis estimados lectores en la serie de artículos que voy publicando acerca de nuestros autores contemporáneos. En dichos artículos he tenido el gusto de reconocer el mérito que otros niegan á la especialidad del señor Breton de los Herreros, y el disgusto de no lisonjear, como hubiera deseado, el amor propio de D. Francisco Martinez de la Rosa; pero el pesar que me ha ocasionado la crítica de las obras poéticas de este hombre, justamente célebre en otros conceptos, quedará compen-

sado hoy que voy á juzgar á uno de nuestros mas distinguidos vates, al primero, sin duda, de nuestros poetas dramáticos, en una palabra, al autor del *Trovador*.

Si yo fuera uno de esos críticos que solo aplican la balanza de la ciencia á las obras de la inspiracion, quizá escribiria mas de un artículo para señalar los defectos de esa produccion que sacó á D. Antonio García Gutierrez del cuartel de Leganes para elevarlo á la cumbre del Parnaso español y que ha sido sin duda la mas aplaudida y popular de nuestro teatro moderno; porque en honor de la verdad, el *Trovador* como obra de arte se presta admirablemente á la censura. Pero, aunque esto parezca un arranque de orgullo, yo no pertenezco al número de esos críticos de estuco, incapaces de comprender otra belleza que la que resulta de observar fielmente las reglas del arte, prefieren la moraleja que termina en forma de sermon á la que se desprende del fondo de cada cuadro, y renuncian al mas delicioso efecto dramático si para producirlo necesita el autor sacudir alguna vez el pesado yugo de la escuela clásica. Yo quiero sobre todo inspiracion en los poetas, y no dudo en indultar tal cual sacrificio de forma siempre que el que pulsa la lira para extasiarse en la contemplacion de las acciones heróicas, suspirar como los enamorados ó pagar el tributo del llanto debido al infortunio, acierte á comunicar á los demás sus éxtasis, sus suspiros y sus lágrimas. Bajo este punto de vista el *Trovador* es en mi concepto la obra mas interesante del siglo: el delicado sentimiento de que está impregnada no ha podido ménos de herir las fibras del entusiasmo popular, y por eso nos complacemos en recitar siempre con interés y con un encanto indefinible aquellos versos que una vez oidos se grabaron en nuestra memoria como las mas dulces impresiones de la infancia.

Pero voy á empezar señalando los defectos mas capitales de esta produccion para que, cuando concluya con la descripcion de sus bellezas, quede mas vivo el recuerdo de las sensaciones agradables.

Una de las escenas mas censurables del drama es la del desafio del *Trovador* con el *conde de Luna,* no solo porque no está bien justificada la entrada del primero en el palacio, sino porque en su diálogo el autor ha confundido lastimosamente el espíritu caballeresco con el tono fanfarron tan comun en los andaluces. Vamos á la demostracion.

CONDE.

Cuando á la ley sois infiel
Y cuando proscripto estais
¿Así en palacio os entrais,
Partidario del de Urgel?

MANRIQUE.

¿Debo temer, por ventura,
Conde, de vos?

CONDE.

Un traidor.....

Esta palabra, traidor, es tan mal sonante, que no puede pasar entre caballeros sin ir inmediatamente seguida de una estocada, ó de un bofeton entre la gente de condicion humilde. *El Trovador,* sin embargo, se traga la píldora sin romper la crisma al conde, que es lo que debia hacer, y lo que hubiera hecho cualquiera. Al contrario, léjos de encolerizarse contra el hombre que le acaba de llamar traidor, le contesta con urbanidad y galantería :

Nunca, vuestro mismo honor
De vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero......

Y cuando indica despues la idea del desafío diciendo

Pensaislo con madurez;

todavía sufre que el conde le replique impunemente

Pienso que atrevido y *necio*
Anduvisteis en retar
A quien débeos contestar
Tan solo con el desprecio.
¿Que hay de comun en los dos?
Hablais al conde de Luna
Hidalgo de pobre cuna.

Un cúmulo tal de insultos dirigidos á un caballero daba derecho á esperar una medida mas enérgica que la pobre vindicacion de

Y bueno tal como vos;

porque nunca habla el orgullo lastimado cuando debe obrar el corazon ofendido; pero prosigamos :

MANRIQUE.

En fin, ¿no admitis el duelo?

CONDE.

¿Y lo pudisteis pensar?
¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE.

No me insulteis, vive el cielo,
Que si la espada desnudo
La *vil lengua os cortaré.*

CONDE.

¿A mí, *villano*? No sé
Como en castigarte dudo.

Yo apelo al testimonio de todos los que lean estas líneas y al del mismo García Gutierrez á quien conozco bien, para que me digan si cuando un hombre oye decir que le cortarán la lengua (y lengua vil por añadidura), debe contentarse con llamar *villano* al que le amenaza; y del mismo modo si el que ha ofrecido cortar la lengua al que le insulta, debe continuar echando bravatas despues que le tratan de villano. Estoy seguro de que todos, y Gutierrez el primero, cortarian el diálogo para atajar con las manos los extravíos de la lengua. Es, por consiguiente, inverosímil todo lo que sigue á tan descomedidas palabras, y se necesita que nuestro pueblo haya sido educado en la escuela del mal gusto (hablo solo en lo relativo al teatro) para que pueda tolerar tanto tiempo una situacion tan distante de la verdad. Pero no concluye aquí lo violento de esta situacion.

. . . .

CONDE.

Sacad el *infame* acero

MANRIQUE.

Don Nuño, fuera os espero,
Cuidad que en palacio estamos.

CONDE.

Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE.

Ved, conde, que os engañais;
Vos, ¿vos cobarde llamais
Al que es dueño de esta espada?

CONDE.

¡La mia! ¿Y lo sufro? No,

MANRIQUE.

A recobrarla venid.

CONDE.

No, que no sois, advertid,
Caballero como yo, etc.

Lo repito, esto es insostenible, y no es defecto exclusivo del autor cuyo buen sentido se ha manifestado generalmente en otras escenas, elevándose á una altura gigantesca, sino del carácter enfático fanfarron y grotesco que caracteriza á nuestra poesía caballeresca. *M. Alejandro Dumas* uno de los primeros poetas dramáticos del mundo y quizá el mas iniciado en los usos caballerescos, nos ha presentado en sus dramas muchas escenas de desafío en las cuales no sabemos nunca que admirar mas si la novedad ó el buen tono. En *D. Juan de Marana* por ejemplo, despues que D. Sandoval de Ojeda ha perdido al juego su dinero, sus posesiones y su querida, dirige á D. Juan estas palabras : « Empiezo á creer, caballero, que seréis tan afortunado en la espada como lo habeis sido en las cartas y en los dados. » — « Es verdad, dice D. Juan, habia olvidado que teniamos que hacer aun esta partida. » En *un Casamiento sin amor* el desafio se reduce á preguntar un caballero á otro si acostumbra á pasearse por el bosque de Bolonia, á lo que el interpelado contesta diciendo que sí, y determinando la hora y sitio en que suele dar sus paseos. En *las colegialas de Saint-Cyr*, viéndose un caballero humillado por el rey que le dice secamente « *salid*, » da esta respuesta tan verosímil como digna y verdaderamente caballeresca : « Señor; vuestro abuelo Enrique

Cuarto hubiera dicho, *salgamos.* » Ultimamente, en *la Dama de las Camelias*, drama de Alejandro Dumas (hijo), que sin duda debe algunas mejoras á la correccion de Alejandro Dumas (padre), llega un momento en que se pronuncia la palabra *cobarde*; pero inmediatamente viene el telon á correr un velo impenetrable entre el público que adivina las consecuencias del insulto y el duelo que es inevitable en semejantes casos. El autor ha tenido buen cuidado de no prolongar el diálogo como se acostumbra entre nuestros poetas que en iguales circunstancias sacrifican la verdad al prurito de combinar en versos sonoros el vocabulario de las bravatas.

Este es un defecto debido en gran parte á la riqueza y armonía de nuestra lengua que como todas las lenguas musicales hablan con frecuencia al oido mas que á la imaginacion. ¿Qué le importa á uno de nuestros escritores violar las leyes de la lógica con tal de producir un período bien redondeado y ampuloso? ¿Qué cuidado le da tampoco á nuestro público el presenciar una escena que pugna contra todas las ideas adquiridas por la experiencia y la razon, si donde creia ver un drama se encuentra con una ópera, y los que debian recitar versos ó prosa cantan duos ó tercetos? Pregunten ustedes cual es el argumento y fin moral de una composicion dramática á muchos que la han aplaudido con entusiasmo, y estos contestarán que no la han entendido. Pero, entónces, ¿como les ha gustado tanto? Como les gusta la *Norma* ó la *Muda de Portici*, de las cuales nunca han comprendido la letra ni tratado de saber el argumento. Esta es la verdad, y causa compasion el ver á nuestros poetas solicitar los aplausos del vulgo, transigiendo con sus preocupaciones, sin hacer jamás un noble esfuerzo por entrar en esa senda de revolucion intelectual que en otros países ha elevado la literatura al rango de la filo-

sofía. Sí, lo repito, causa compasion el escuchar una tirada de doscientos versos durante los cuales dos actores, representando tal vez dos personajes que han llenado la historia con sus hazañas, se entretienen como dos verduleras en llamarse infames, villanos, cobardes, traidores, y otras palabras que debian espirar en la garganta de los que se atreven á proferirlas. Ya es tiempo de abandonar ese tono tan opuesto á la verdad y á las costumbres caballerescas; si para ello es preciso renunciar á las trabas del verso, se escribe prosa, camino el mas corto y recto en mi opinion para convertir algun dia en oro lo que hasta aquí no ha sido mas que oropel.

Otro de los defectos del *Trovador* es la facilidad con que este hombre entra y sale por donde al autor le acomoda. Así se le ve en el primer acto invadir el palacio como despues invade el convento de las monjas, sin mas razon justificable que la de su pasion por Leonor, lo cual, aun admitiendo que el amor alcanza á vencer todas las dificultades, no dispensa al poeta de dar á sus peripecias esa preparacion artística que imprime en los acontecimientos mas extraordinarios el sello de la verosimilitud. Mucho habria que decir de la ida de Leonor á la prision de Manrique, de la facilidad con que el conde de Luna cree que el *Trovador* es su hermano por el solo dicho de la gitana, y de otras cosas; pero si á alguno de nuestros modernos dramaturgos se le pueden perdonar ciertas faltas decoradas con el nombre de licencias, es á García Gutierrez, verdadero vate que ha sabido derramar en todas sus producciones, y principalmente en el *Trovador*, ese delicioso ideal del sentimiento poético tan poco comun en los escritores meridionales.

Aunque en un momento de mal humor haya yo dicho

que se sustituya la prosa al verso, cansado como lo estoy de ver los abusos que nuestros poetas disculpan ó autorizan con el auxilio mágico de la rima, quiero hacer una excepcion honrosa en favor de D. Antonio García Gutierrez, como ya lo hice en favor de D. Manuel Breton de los Herreros; porque seguramente son los dos primeros versificadores que conozco : ambos hablan en verso con mayor facilidad y encanto que en prosa, y si alguna vez cometen las faltas que he censurado es porque no han hecho en el libro del corazon humano ese estudio de que carecen todos nuestros literatos y de ningun modo porque se vean arrastrados nunca por la violencia del consonante.

Precisamente voy hablando del drama, que si no fuera el primero de nuestra época por otros conceptos lo seria por la fluidez de su versificacion. Todo el mundo sabe de que modo tan extraño apareció el memorable *Trovador* abriendo las puertas de la aurora al dia brillante, aunque corto, de nuestra regeneracion literaria. El autor era pobre y desconocido, era mas que desconocido y pobre, pues era un triste aunque pundonoroso soldado. Su drama leido en el comité del Príncipe por hombres incapaces de comprender sus bellezas, obtuvo el injusto fallo de la reprobacion, y fué preciso que un actor inteligente lo presentase en su beneficio para que alcanzara la dicha de verse representado. Anuncióse, en efecto, el *Trovador* á beneficio del actor gracioso D. Antonio de Guzman, y la pandilla ignorante que habia ridiculizado la obra sin comprenderla, se dispuso, como era consiguiente, á silbarla, salvando de este modo la responsabilidad del comité. Tan predispuesto estaba el público á desairar á D. Antonio García Gutierrez á quien no conocia, ó por mejor decir, á rechazar el drama acerca del cual habian circulado los rumores mas desatinados,

que la primera escena fué mal recibida, y todo anunciaba que el telon caeria ántes de concluirse el primer acto, cuando por fortuna vinieron los versos á contener la tempestad amenazante. La transformacion del público fué lenta, pero gradual y completa. Los hombres imparciales que oian aquellos versos tan llenos, tan fáciles y tan armoniosos, comprendieron que una obra que tenia este mérito literario no podia ser absolutamente mala, y los corazones sensibles que escuchaban acaso por la primera vez de su vida aquellos acentos tan tiernos, aquellas deliciosas emanaciones de un alma realmente inspirada, aceptaron desde luego un drama en que brillaban tan raras cualidades. Llegó la famosa escena del desafío, que tan severamente he criticado bajo el punto de vista de la verosimilitud, tanto por la entrada injustificable del *Trovador* en el palacio, cuanto por los insultos descarnados y trabajosamente sostenidos del diálogo; y el público no pudiendo contener las emociones que experimentaba, rompió el silencio con entusiastas vítores y aplausos, cuando el hombre á quien se niega la hidalguía de un modo general por no haber sido arrullado en elevada cuna, dá esta magnífica contestacion, que tan dignamente retrata la hidalguía de los nobles sentimientos :

« Al campo, don Nuño, voy,
Donde probaros espero,
Que si vos sois caballero,
Caballero tambien soy. »

El público, lo repito, desechó desde aquel momento todas sus prevenciones desfavorables, y yo por mi parte concedo de buen grado un indulto á los defectos que he notado anteriormente, en obsequio de unos versos

tan admirables por su naturalidad como nutridos del verdadero tono caballeresco.

El *Trovador* ha adquirido justamente una popularidad tal, que me dispensa de seguir paso á paso el hilo de su argumento harto conocido, sin duda, de mis lectores. Sin embargo, no puedo renunciar al placer de trasladar aquí algunos trozos de esta composicion por tantos títulos admirable. Cuando Leonor, encerrada ya en un convento, se arrodilla ante el altar para pedir á Dios que perdone el perjurio de un voto violentamente pronunciado, ¡qué elocuencia tan patética y sencilla ha sabido el autor desplegar en boca de la interlocutora!

Ya el sacrificio que odié
Mi labio trémulo y frio
Consumó. ¡Perdon, Dios mio!
¡Perdona si te ultrajé!

Llorar, triste, y suspirar
Solo puedo ¡ay! Señor, no;
Tuya no debo ser yo,
Recházame de tu altar.

Los votos que allí te hiciera
Fueron votos de dolor
Arrancados al temor
De una alma tierna y sincera.

Cuando en el ara fatal
Eterna fé te juraba,
Mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
En la imágen de un mortal.

Imágen que vive en mí
Hermosa, pura y constante. ...
No, tu poder no es bastante
A separarla de aquí.

Este es sin artificio ni palabrería el lenguaje de la pasion. Así debia expresarse un corazon enamorado en la situacion tan bien imaginada por el autor, y solo este poeta, rico á la vez de imaginacion y sentimiento, pudiera coronar la relacion citada con estas encantadoras redondillas, que son á mi ver las primeras en su género :

De amor el suspiro tierno,
Y aquel placer sin igual
Tan breve, para mi mal,
Aunque en mi memoria eterno.

Ya pasó, mi juventud
Los tiranos marchitaron,
Y á mi vida prepararon
Junta al ara el ataud.

¡Ilusiones engañosas,
Livianas como el placer!
No aumenteis mi padecer.
¡Sois, por mi mal, tan hermosa!

Muchos han negado al autor del *Trovador* la cualidad de poeta lírico, y esta opinion, aunque injusta, merece en parte ser tomada en consideracion. Efectivamente, el señor García Gutierrez es ménos poeta en sus poesías líricas que en sus dramas, y no es él el único escritor en quien se observa este fenómeno. Pero aunque sus composiciones sueltas apénas excedan en general los límites de la medianía, ¿podrá esto amenguar la reputacion de gran poeta lírico que merece el sentido y delicado autor del drama que nos ocupa? Hay en esta obra una poesía lirica de primer órden. Zorrilla, Espronceda y otros cuyo lirismo ha sido tan celebrado, no pueden presentarnos una muestra tan bella, tan soste-

nida, tan animada y mucho ménos tan correcta; porque debo decir de paso que el señor García Gutierrez es uno de los pocos escritores modernos que conocen á fondo la lengua castellana. La composicion á que me refiero es la célebre relacion del sueño del *Trovador*, composicion, lo repito, tan admirablemente desempeñada que puede, en mi concepto, considerarse entre nosotros como el mas acabado modelo de la poesía fantástica y descriptiva. Dice así Manrique dirigiéndose á su amada Leonor :

Soñaba yo que en silenciosa noche,
Cerca de la laguna que el pié besa
Del alto Castelar, contigo estaba.
Todo en calma yacia, algun gemido
Meláncolico y triste
Solo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento, en la laguna
Triste brillaba el resplandor siniestro
De amarillenta luna.
Sentado allí en su orilla y á tu lado,
Pulsaba yo el laud y en dulce trova
Tu belleza y mi amor tierno cantaba,
Y en triste melodía
El viento que en las aguas murmuraba
Mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito, azaroso, de las aguas
Entre el turbio vapor, cruzó luciente
Relámpago de luz que hirió un instante
Con brillo melancólico tu frente.
Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
Como ilusion fantástica vagaba
Con paso misterioso;
Y un quejido lanzando lastimoso
Que el nocturno silencio interrumpia;
Ya triste nos miraba,
Ya con rostro infernal se sonreia.

De pronto el huracan cien y cien truenos
Retemblando sacude,
Y mil rayos cruzaron,
Y el cielo y las montañas
A su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
Huyó, los brazos hácia mí tendiendo :
¡Véngame! dijo, y se lanzó á las nubes,
¡Véngame!! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí los brazos
A donde estabas tú, ¡tú ya no estabas!
Y solo hallé á mi lado
Un esqueleto, y al tocarle osado
En polvo se deshizo, que violento
Llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado, mi cabeza
Hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
Mas logro verte al fin, tierna, apacible,
Y tu sonrisa calma mis enojos.

Algunos han criticado esta composicion, no por su desempeño, sino considerándola como un ripio en el drama, y efectivamente el drama subsistiria siempre aunque se suprimiera el sueño, como podrian tambien suprimirse otras escenas sin que la fábula se resintiese de ello; porque otro de los defectos incorregibles de nuestros autores está no solo en recargar el argumento de accesorios inútiles, sino en no haber tratado de dar nunca á los diversos cuadros que forman el conjunto esa dependencia, ese preciso eslabonamiento que forma una de las mayores dificultades del arte. Si examinamos los buenos dramas modernos de Scribe, Dumas y otros eminentes autores, observarémos que no se prestan á la refundicion, porque no hay en ellos nada superfluo, y porque todo lo que contienen está distribuido de tal modo, que no podria alterarse, trasladarse ni suprimirse

una idea sin que la totalidad de la obra se resintiese de semejante modificacion. Este encadenamiento de ideas, esta dependencia de sucesos ayudan poderosamente á sostener el interés, que es la primera exigencia de una produccion dramática, y esto es lo que no se observa entre nuestros autores cuyos dramas á veces podrian representarse en razon inversa de su gradacion convencional, es decir, empezando por el último cuadro y acabando por el primero, porque todo esto lo disculpan nuestros versos y nuestro público. Pero es bien singular que en un país donde tales cosas se ven todos los dias, donde tan escaso estudio se ha hecho del arte, haya dado lugar el sueño del *Trovador* á la crítica, siendo un episodio no solo admisible sino conveniente, atendida la relacion que dicha fantasía tiene con la historia de la gitana. Digo mas, el expresado sueño, despues de la mencionada historia, es altamente fisiológico, porque nada hay mas natural y comun en el hombre que la reproduccion en sus sueños de los sucesos extraordinarios que le han afectado profundamente hallándose despierto; de modo que léjos de considerar yo como un ripio la intercalacion de dicha poesía en el drama, la considero como una belleza recomendable bajo el doble punto de vista científico y literario, aun á pesar de su excesivo lirismo. ¿Qué me importa á mí que el señor García Gutierrez abuse alguna vez de su lira en las composiciones dramáticas si en efecto sabe hablar la lengua de los poetas con esa gala, con esa rica entonacion, con ese estilo verdaderamente pintoresco que, semejante á una ilusion óptica, nos hace ver en el sueño del *Trovador* todo lo que el autor ha querido describir? Lo que yo rechazo desde luego, es ese lirismo forzado en que se ve al autor jadeando para sobreponerse á su impotencia; esas tiradas inmensas de versos

tan inflamados de palabras como escasos de pensamientos; esas eternas elucubraciones que muchos admiran como inspiraciones poéticas, no siendo otra cosa que digresiones prosáicas. Cesen las coplas y descúbranse los copleros cuando se trata de un poeta tan eminente como D. Antonio García Gutierrez.

Todo el mundo sabe el efecto que tuvo el *Trovador* en la primera representacion. El público aplaudió con entusiasmo, y el autor tuvo la honra de ser en España el primero que fué llamado á las tablas, y esto era natural, porque el primer drama del señor García Gutierrez es una bella concepcion, y está desde la primera línea hasta la última impregnado en esa poesía tierna y sublime que forma el primero de sus encantos. Las demás representaciones tuvieron el mismo éxito. Los teatros de provincia se apresuraron á ponerlo en escena, obteniendo en todas partes el mismo resultado. El editor tiró diversas y grandes ediciones que el público arrebataba; y el pueblo todo conservaba ó aprendia los versos que habia aplaudido con delirio durante la representacion. Tan buena fortuna alcanzó D. Antonio García Gutierrez con su célebre ensayo, y no es esto sin duda lo que mas debe halagar á su alma de artista, sino la persuasion que debe tener, como la tengo yo, de que cuando la posteridad desentierre las obras dramáticas del siglo XIX para condenar la mayor parte de ellas á la exclusiva estimacion de los anticuarios y bibliófilos, gente de poco mas ó ménos en la escala del talento humano, el *Trovador* merecerá la predileccion de todas las personas de buen criterio susceptibles de entusiasmo.

Cansado estoy de oir repetir la idea de que el señor García Gutierrez no ha hecho nada despues del *Trovador*, y esta asercion tiene dos interpretaciones. Sea por la declinacion de la escuela romántica, sea por la me-

diana ejecucion de las obras en un país tan escaso de buenos actores como el nuestro, sea por otra causa cualquiera, lo cierto es que ninguna de las otras producciones del autor del *Trovador* ha obtenido la ardiente acogida, la envidiable popularidad que mereció su primer ensayo, y por esta razon dicen muchos que el señor García Gutierrez no ha hecho nada despues del *Trovador*. Yo creo, sin embargo, que ha hecho mucho, considerando no solo la cantidad sino la calidad de sus obras; solo que la mayor parte de estas pertenecen á un autor que si no hubiera inaugurado su entrada en el arte dramático bajo tan asombrosos auspicios, ó lo que es lo mismo, si el poeta hubiera dejado para mas tarde la representacion de su primer drama, el público juzgaria de muy diverso modo, estimando en su justo valor aquellas producciones que bajo el punto de vista del arte y de la inspiracion, son superiores á todos los dramas de nuestros autores contemporáneos, aunque realmente sean inferiores al *Trovador*. Al señor García Gutierrez le ha sucedido con la serie de sus obras lo que al gran Quevedo con el famoso soneto *á la nariz*. Este poeta hizo catorce versos magníficos, sublimes; pero tuvo la desgracia de hacer tan extraordinariamente bueno el primero, que á su lado palidecen los demas. Vemos, en efecto, como Quevedo compara la celebrada nariz á un reloj de sol mal encarado, á una alquitara pensativa, á una pirámide de Egipto, á una docena de tribus de narices; pero ¿qué significa todo esto en boca del que empezó su epigrama diciendo:

Eráse un hombre á una nariz pegado?

Del mismo modo hemos visto al señor García Gutierrez dar entre otras preciosas muestras de su talento

dramático, *el Rey Monge*, *el Paje*, *el Encubierto de Valencia*, *Zaida*, *Simon Bocanegra*, y otras no ménos apreciables joyas con que ha enriquecido nuestra moderna literatura; pero por mucho valor que tengan todas ellas, ¿qué significan, en efecto, al lado del *Trovador*?

El señor García Gutierrez, el primero para mí de los poetas contemporáneos, holló el campo literario haciendo, á pesar de su raro mérito, concebir quiméricas esperanzas; porque tal es la suerte de los hombres que por un esfuerzo milagroso del genio traspasan en su primer arranque la barrera en que la naturaleza ha encerrado la humana concepcion, y de los cuales suele con razon decirse que empiezan por donde debian concluir. Dando desde luego á luz el *Trovador*, pudo recoger en un dia mas laureles que otros en muchos años; pero al abandonar la tierra en el vuelo de su atrevida inspiracion, cometió como Icaro la imprudencia de acercarse demasiado al sol que debia derretirle las alas, y ya que el señor García Gutierrez no quedase imposibilitado absolutamente para volar, quedó en la imposibilidad de sostenerse á la altura en que se habia elevado; quiero decir, que la importancia de su primera obra debiá perjudicar á las demás, porque el *Trovador* es una de esas flores ricas de perfumes y de colores que solo brotan una vez del árbol del corazon en la vida de un hombre, así como solo aparecen de tarde en tarde hombres como el señor García Gutierrez, capaces de producir una de esas flores tan apreciables por la riqueza de sus colores como por la excelencia de su perfume.

Pero á pesar de esto, el público se equivoca mucho cuando dice que García Gutierrez no ha hecho nada despues del *Trovador*; porque, lo repito, cualquiera de los otros dramas de este eminente poeta vale mas que todos los que en nuestros dias han producido las musas

españolas, y hubieran bastado á crearle una reputacion sólida entre los autores dramáticos de la patria de Calderon.

La popularidad que logró alcanzar *el Rey Monge* me dispensa de hacer aquí una descripcion de su argumento, pero no de copiar aquellas inimitables quintillas con que el confesor consuela á la penitente, y que tan justamente se han grabado en la memoria del pueblo :

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion :
Y cual tú no hubiera cosa
Si eres, mujer, tan hermosa
Como lo es tu corazon.

¿De qué he de absolverte yo
Blanca azucena, inocente,
Porque infame pie te holló?
Alza del suelo la frente,
Que á Dios no ofendiste, no.

Tú viniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado :
Yo tambien, mujer, he amado,
¡Es tan hermoso el amar!!

¡Pecado! dale otro nombre.
¡Esa es la vida! ¡Es la luz!!
El mismo Dios, no te asombre,
Murió por su amor al hombre
¡Enclavado en una cruz!

Estos versos, como Vds. ven, revelan al autor del *Trovador* : la flor de las ilusiones habia apurado mucha parte de su esencia, pero no la habia destilado toda en el primer impulso de su amorosa expansion; y

aunque el señor García Gutierrez no tuviese en sus dramas otro resorte para cautivar la atencion que sus versos tan sentidos y delicados como fáciles y armoniosos, sabria cautivar á los espectadores del mismo modo que prescindiendo de otras circunstancias sabe el señor Breton embelesar al auditorio con la fluidez de sus versos y la espontaneidad de sus chistes. ¡Qué inimitables quintillas! ¡qué vibraciones tan dulces produce una lira en manos de un poeta como García Gutierrez! ¡Qué melodías tan sencillas y naturales emplea para herir hasta en las almas ménos apasionadas las fibras del amor! Nunca recurre, ni le hace falta, á esos efectos de puro ruido rebuscados por los hombres desprovistos de sentimiento en la algarabía de la instrumentacion, y que si no satisfacen á los temperamentos privilegiados, logran por lo ménos fascinar á la multitud tan fácil de sorprender. ¡Qué diferencia tan inmensa hay de la poesía de García Gutierrez á la de Zorrilla! El primero puede decirse que canta; el segundo tiene buena voz. El uno es sencillo en la expresion de lo que siente; el otro es excesivamente declamatorio, y acaba por aplaudirse lo que ha dicho, cuando realmente no ha dicho nada. García Gutierrez, en fin, se dirige á los corazones capaces de latir al escuchar el acento de un alma conmovida; Zorrilla habla para ese vulgo amigo de los vocingleros que nunca da la razon al que mas le persuade, sino al que mas le deslumbra. El hombre que como García Gutierrez ve clara una idea en el espejo de su imaginacion, la presenta tal como es, galana sin artificio y fiada solo al irresistible atractivo de sus gracias naturales; el que, como Zorrilla, prefiere á una idea despejada y distinta muchas ideas atropelladas y confusas, posponiendo la cantidad á la calidad, las adorna espléndidamente con trajes abigarrados y es-

trambóticos que no pertenecen á pueblo alguno conocido ni á época alguna determinada. Cuando llegue el caso de juzgar á este último poeta, á quien vuelvo á decir que concederé todo lo que de derecho merezca por sus grandes facultades, aunque no todo lo que le ha dado la multitud, falanje poderosa en cuanto á veces sofoca la fuerza de la razon con la fuerza del número, haré palpable la verdad de mis observaciones, y desde ahora prometo no desplegar otra vez mis labios para emitir una opinion en materias literarias, si el mismo señor Zorrilla sabe explicarme lo que ha querido decir en muchos de sus mas excelentes versos.

Pero no se trata aquí de Zorrilla sino de García Gutierrez, y no debo emplear mi tiempo en paralelos, por mas que algunas veces sean naturales y hasta precisos, atendiendo á que la comparacion es uno de los medios que tenemos para dar á conocer la mayor ó menor importancia de las cosas que juzgamos.

He dicho que el señor García Gutierrez no habia apurado en el *Trovador* todas sus delicadas melodías, y efectivamente en el *Rey Monge*, en el *Page*, y en todos sus dramas mas ó ménos censurables bajo otros conceptos ha dado sin ostentacion ni ruidoso aparato incomparables muestras de su talento como poeta y como versificador. Pero una de las producciones en que mas feliz ha estado tal vez, es el *Encubierto de Valencia*, drama que, no obstante mereció el triste honor de ser silbado por el público madrileño, tan aficionado á las composiciones de Zorrilla, y, lo que es mas, á las comedias de D. Tomás Rodriguez Rubí.

El Encubierto de Valencia es en mi concepto el primero de los dramas modernos despues del *Trovador*. No tiene como este aquel colorido sentimental tan generalmente sostenido, porque esto raya en lo imposible, y además

porque pertenece á otro género. El protagonista, heredero de la sangre real sin saberlo, ofrece su corazon á la hija de uno de los mas decididos campeones de la libertad y su espada á la causa del pueblo; pero cuando llega á conocer su orígen, reniega de su partido y de sus amores, cosa muy natural y comun en la historia de la humanidad, porque desgraciadamente si hay en el hombre pasion alguna que se sobreponga á todas las demás es la de la ambicion. La mujer ofendida por el desvío del hombre cuyo cariño habia creido sincero, quema en un momento de despecho la credencial de este, y cuando los partidarios de la libertad quedan vencidos, la desgraciada tiene que optar entre la salvacion de su amante ó la de su padre, dando á este último, como era natural, la preferencia. Tal es, en resúmen, el fondo del argumento : lo que me seria difícil explicar en pocas líneas, es la admirable preparacion de cada uno de sus cuadros, las bellísimas situaciones dramáticas en que abunda, la novedad de los caractéres, y sobre todo los encantos de aquel diálogo tan animado, tan natural y tan altamente poético, sin faltar á las exigencias del tono dramático. Baste decir que el público que acabó por silbar el drama, aplaudió frenéticamente todas sus escenas excepto la última, y poco ántes de caer el telon creian muchos que el autor del *Trovador* habia dado un paso mas aventajado en la literatura dramática. Yo, testigo de aquel extraño acontecimiento, creo no haber visto nunca una obra tan repetidamente aplaudida, y sin embargo, por una de esas inconsecuencias que no tienen explicacion, el público, olvidando últimamente el entusiasmo que el drama le habia producido, acabó por silbarlo, sancionando aquel adagio vulgar de « hazme ciento y yérrame una, » que tan fielmente retrata la inconstancia de la multitud. Efectivamente, el señor

García Gutierrez habia rebajado demasiado el carácter del protagonista en la última escena; pero ¿era esta razon para que el público olvidase las bellezas que tanto le habian cautivado en una obra con tanta novedad imaginada en el fondo, con tanta maestría desenvuelta en su mayor parte y con tanta poesía escrita en su totalidad?

He aquí uno de los muchos trozos en que el señor Gutierrez puede decirse que obtuvo tantos aplausos como versos: habla un guerrero que va á tomar las armas para defender las libertades, y confia su hija María á la proteccion de la Vírgen:

Madre de Dios amorosa;
Proteje desde este dia
Su juventud peligrosa:
Tambien como tú es hermosa;
Tambien como tú es María.

Si llega á tí mi querella,
Oye, que te ruega un padre,
No por mí, sino por ella;
Por la mísera doncella
Sin el amor de su madre.

¡Venero de castidad!
Tú que en amor y piedad
Al Dios ingénito igualas,
Tiende sobre ella tus alas
Y proteje su horfandad.

No tiene padre, lanzado
En la espantosa corriente
De ese piélago irritado,
El sueño apénas consiente
A su deber de soldado, etc.

Lo repito, bajo este punto de vista siempre se descubre al autor del *Trovador*, siempre al gran poeta que tan delicado tinte ha sabido dar á sus delicadas emociones, así en el *Page* como en el *Encubierto*, lo mismo en la *Zaida* que en el *Rey Monge*, y sobre todo en el *Trovador*. Pero el drama mejor del señor García Gutierrez, considerado como obra clásica, es acaso, *Simon Bocanegra*, aunque diré francamente que es el que ménos me satisface como obra de inspiracion, por cuya razon no quiero detenerme en su exámen, y diré solo para formular mi juicio de un modo breve recurriendo á la fácil via de las comparaciones, que no tiene nada que envidiar al *Marino Faliero* del célebre Casimir Delavigne. El público de Madrid, justo algunas veces, aplaudió este drama, y yo que creo ser justo siempre, coloco al autor de tan apreciables obras á la cabeza de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, como he puesto al señor Breton de los Herreros á la cabeza de nuestros poetas cómicos. Estos son en mi concepto los dos representantes de nuestra moderna literatura mas dignos de respeto, y estoy seguro de que la posteridad confirmará esta opinion sostenida hoy por todos los hombres de criterio que no han caido en la emboscada de alguna pandilla literaria.

D. ANTONIO GIL Y ZARATE.

Si no estuviesemos en época tan avanzada y yo tuviera la presuncion de ser un ente sobrenatural, diria que iba á hacer un milagro; porque, realmente, lo que voy á hacer hoy es una cosa sin ejemplo, que se resiste á mi voluntad, pugna con mi razon y rompe en mi existencia literaria el hilo de un hábito que habia ya casi llegado á ser una necesidad. En una palabra, voy á hablar de D. Antonio Gil y Zárate, lo que no tiene nada de sorprendente; pero voy á hablar con formalidad, lo que es verdaderamente maravilloso.

Digo esto porque, como sabrán tal vez algunos de los que lean estas líneas, hace ya muchos años que D. Antonio Gil y Zárate ha sido para mí un objeto permanente de zumba, sin que yo mismo pueda darme la explicacion de esta especie de monomanía. No es porque yo haya tenido nunca odio ó mala voluntad á dicho señor, ni porque él me haya dado motivo personal para hacer de su sombra una interminable pesadilla, y diré mas; no sé á punto fijo en qué época ni por qué razon concebí la caprichosa idea de referirme á este hombre

con preferencia á otro en la mayor parte de mis sátiras y en todas mis conversaciones; pero lo que puedo asegurar es que mucho ántes de publicarse en Francia los *Misterios de Paris*, habia yo representado en Madrid con D. Antonio Gil y Zárate aquellos raros episodios de *Cabrion y Pipelet* que tanto han llamado la atencion en la célebre novela de *Eugenio Sue*. Me parece conveniente decir esto para que no se crea que yo, amante de la originalidad, he parodiado al pintor de los *Misterios*, y en prueba de que mis pasatiempos, por decirlo así gilizaratescos, son muy antiguos, citaré aquí lo que, hablando de mi humilde persona, decia hace mas de diez años mi amigo, el excelente escritor D. Antonio Ribot y Fontseré.

« Villergas, que tan despreocupado parece, tiene algo de fatalista y hasta de monomaníaco, lo que unido á un deseo constante de lucha y á un genio de demonios, forma de él un tipo particular que ni ha tenido original ni probablemente tendrá copia como no sea en el cielo ó en el infierno. Su monomanía es singular : la sombra de Gil y Zárate le persigue como un remordimiento, y sabe por experiencia que el dia que tiene la desgracia de encontrarse en la calle ó en otra parte con el autor de *Carlos II*, todo le sale mal, todo al revés de lo que desea, sin que baste ninguna probabilidad para hacerle concebir esperanzas de buen éxito en una cosa que emprenda. No teme una maldicion de jitano y teme una mirada de Gil y Zárate. Ha visto á D. Antonio; entra en un billar, toma bola para jugar una guerra, y muere en tres tacadas aunque lleve detrás un chambon que dé en cada tacada una pifia..... Hasta que han pasado 24 horas, cada declaracion amorosa le vale una calabaza, y en todo este tiempo, funesto para él, ha de abstenerse de escribir si no quiere comprometer su bien merecida

reputacion. Tan convencido está de esto, que no hay editor que pueda hacerle tomar la pluma ni siquiera para firmar un recibo ántes de haber trascurrido las 24 horas. Así es que mi amigo para evitar un encuentro con Gil y Zárate, que tiene para él tan fatales consecuencias, no acostumbra á salir de casa sino las horas en que sabe que el buen D. Antonio tiene obligacion de estar en la oficina.»

No digo yo que sea verdad todo lo que en este párrafo afirma mi amigo Ribot, pero poco ménos. Lo que no admite duda es que entre D. Antonio Gil y Zárate y el que estos renglones escribe, ha habido durante muchos años una especie de atraccion que de seguro no merece el nombre de simpatía, y que solo puede explicarse por el efecto de las electricidades contrarias, acerca de lo cual habria mucho que decir, pero lo dejo para otra ocasion, porque no quiero quebrantar hoy el extraño propósito que he hecho de hablar seriamente, tratándose de D. Antonio Gil y Zárate. Basta de preámbulo y vaya de cuento.

Era, señores, el año de 1834 cuando yo, pobre castellano viejo, nacido y criado en una aldea, y concibiendo sin saber por qué esperanzas de un porvenir ménos oscuro que el que me amenazaba en el campo, tomé el tole hácia la capital de España, donde al cabo de treinta meses de increibles fatigas obtuve el empleo de último meritorio en la contaduría de Rentas de la provincia de Madrid; magnífico destino que me proporcionaba el gusto de pasar seis horas de dia y tres de noche en una oficina, trabajando como un negro en copiar informes y oficios, extender cargarémes, hacer asientos en los libros de contabilidad, y todo esto con la doble satisfaccion de no cobrar un maravedí por mi trabajo; circunstancia que hasta cierto punto lisonjeaba

mi vanidad, porque si mi empleo no era de los mas importantes, tenia la ventaja de ser de los ménos gravosos á la nacion. A esta ganga, que así llamamos en Castilla á todo golpe de buena fortuna, uní pronto la de ser miliciano nacional, lo que me proporcionó la dicha de tener que comprar el uniforme y el sable, ir todos los domingos á hacer el ejercicio á la pradera del canal y pasarme cada vez que entraba de guardia algunas horas de centinela en aquel clima tan benigno que hace sudar el quilo en verano y es capaz de exterminar á todos los ejércitos del Norte en algunas noches de invierno. Eso sí, como nos hallabamos en tiempo de guerra y cuando no habia jarana en la córte se acercaban los facciosos lo bastante para autorizar el estado de sitio, tenia yo como miliciano la ventaja de que en las faltas de disciplina me tratasen con todo el rigor de la ordenanza; de modo que si fumaba ó me dormia hallándome de centinela, si se me olvidaba la consigna, si cumplia, en fin, tarde ó mal con cualquier acto del servicio, sabia que no podia faltarme alguna condena de recargo en las guardias, dos ó tres meses de arresto ú otras cosas que una vez ocurridas nos quitan hasta el humor de contarlas. En cambio de todo esto, cuando llegaban las elecciones de oficiales nadie pensaba en mi humilde persona á pesar de haber yo sido siempre uno de los patriotas mas ardientes, y todo por la maldita circunstancia de ser empleado y engordar á costa de la nacion, como me decian mis camaradas. Pero voy á dejar este asunto, no digan mis lectores que falto á mi promesa de hablar con formalidad, y tendrán razon en decirlo, puesto que en lugar de juzgar á D. Antonio Gil y Zárate como poeta, estoy haciendo mi biografía. ¿Que quieren ustedes? En los momentos en que un hombre como yo ha de hablar de las obras de un hombre como

Gil y Zárate, desaparece de la cabeza esa facultad que los frenólogos llaman *concentratividad* y abundan las digresiones, porque es casi imposible coger el cabo en la enmarañada madeja de las ideas.

Sin embargo, debo manifestar que nada de lo que llevo dicho carece de objeto, ántes al contrario, sirve de utilísima introduccion al asunto que motiva este artículo.

Mis lectores comprenderán muy bien que no teniendo yo bienes de fortuna ni contando con mas esperanzas que las que legítimamente debia fundar en mi empleo, no tendria mucho dinero de sobra para ir al teatro. Harto haria con mantenerme y vestirme, cosa que sin duda logré, puesto que lo cuento, aunque yo mismo no podria hoy explicar de qué manera pasé mis primeros años en la córte. Solo recuerdo, y esto bastará para tranquilizar á ustedes, que nunca falté á los sagrados deberes de un hombre honrado. Pero ¿se creerá, al ver la serenidad con qué relato mis tristes aventuras, que yo tenia entónces bastante filosofía para llevar mi suerte con paciencia? Pues nada de eso. En aquel tiempo yo no tenia nombre literario, pero ya hacia versos; no habia ensayado la tarea de crítico, pero leia con avidez todo lo que llegaba á mis manos, fuese antiguo ó moderno, extranjero ó nacional, y formulaba mi opinion acerca de las obras y de los autores de un modo que no pareció siempre desacertado á las personas de criterio. Hallábame yo, por consiguiente, en la época de las ilusiones literarias: preferia un romance de Quevedo á un pavo relleno; recitaba de memoria las letrillas de Breton; devoraba las obras de Víctor Hugo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por ir una noche al teatro. Todo pasa en este mundo. Seis ú ocho años despues de la temporada á que me refiero, habia yo hecho

algun ruido con razon ó sin ella; gracias á la celebridad que alcancé con justicia ó sin ella, tenia entrada libre en todos los teatros de la capital, y á pesar de esto me pasaba cuatro ó seis meses sin ver una funcion, prefiriendo estarme en el café del Iris hablando con mis amigos de cualquier cosa que no fuera literatura.

Pero volvamos á los dias de la ilusion y del infortunio, y en ellos pido á mis lectores que consideren los amargos momentos que yo pasaria queriendo aprender algo y careciendo de recursos, deseando ir al teatro y siéndome totalmente imposible por la pereza de no tener dinero. Un dia, principalmente, subió de punto en mí este deseo: mis compañeros de oficina hablaban de un drama nuevo que habia logrado un éxito asombroso, y contaban acerca de este drama cosas que partian el corazon. Verdad es que el relato de todas aquellas cosas llegaba á mis oidos algo desfigurado, y aunque hubiera sido fiel y pintoresco, yo no debia deducir la bondad literaria de la obra por el efecto que habia producido á mis compañeros, pues es bien sabido que los empleados, y sobre todo los empleados de rentas, no suelen ser los hombres mas á propósito para apreciar los quilates de la belleza en la esfera del arte, pero, sin embargo, yo prescindia de la competencia de los votos que tanto encarecian la bondad de la obra, y solo pensaba en el vehemente anhelo de verla y de juzgarla por mí mismo.

Ya es hora de decir que el drama en cuestion se titulaba: *Cárlos II el Hechizado*, y que su autor era *D. Antonio Gil y Zárate*.

Esta fué la vez primera que resonó en mis oidos este nombre que debia despues durante muchos años atronarme como el zumbido eterno de una campana; y debo confesar que el dia en que por primera vez oí pro-

nunciar el susodicho nombre, no fué desgraciado para mí, pues á poco rato fuí llamado por el jefe de la oficina, el cual despues de alabar mi capacidad, mi aplicacion y otras relevantes prendas que segun él hacian esperar en mí un empleado inteligente y laborioso, me elevó á la categoría de escribiente con el sueldo de mil quinientos reales anuales, lo que dá próximamente seis duros al mes ó, lo que es lo mismo, una peseta diaria. A la verdad este sueldo despues de tantos piropos hubiera parecido un insulto á otro cualquiera; pero á mí, en la situacion que atravesaba, me pareció una canongía. ¡Bravo! dije para mi capote: ya no tendré que esperar mas que treinta dias para llegar á la satisfaccion de aquellas esperanzas que ántes me parecian quiméricas. Dentro de un mes cogeré la mesada, compraré algunas cosas que me hacen falta, daré algo á mi patrona á cuenta de lo que la debo y ¡sobre todo! iré á ver el *Cárlos II* de *D. Antonio Gil y Zárate.*

Por muy acostumbrado que esté uno á manejar el pincel, hay cosas que nunca alcanza á pintar sino de un modo imperfecto, y entre ellas coloco yo la ansiedad que pasé desde que me señalaron el mencionado sueldo hasta que recibí la primera paga; todo porque no pudiendo refrenar mi natural impaciencia, y contando con la partida mensual de ingresos, habia apurado los recursos del álgebra para hacer mi presupuesto de gastos. Durante los dias que mediaron del primero al veinte del mes pensé en dicha paga; desde el veinte al veinticinco soñé con ella de noche, y desde el veinticinco al treinta dejé de soñar porque no pude dormir. Ya se acercaba el término de mis males; ya iba á tocar al logro de mis deseos; pero.... ¡infausta noticia! la víspera del dia en que yo debia poner por primera vez mi firma en la nómina, encontré las esquinas de la ca-

pital adornadas con este cruel anuncio : « TEATRO DEL PRÍNCIPE : Hoy dia tantos etc., á las 7 1/2 de la noche, *última representacion* (por ahora) del aplaudido drama en cinco actos y en verso, original de *D. Antonio Gil y Zárate*, titulado : *Cárlos II el Hechizado.* »

Esta funesta noticia fué para mí desgarradora. Desde aquel momento dejé de pensar en mi paga, y hasta creo que en mi desesperacion hubiera agradecido que me volviesen á la clase de meritorio. Porfin recibí la mensualidad, y ya que no me fuese posible ir al teatro por entónces á ver el mencionado drama, fuí volando á comprar un ejemplar en la librería de Cuesta para leerlo en mi casa, lo que conseguí á costa de un par de pesetas, esto es, á costa de lo que la nacion me abonaba por el trabajo de dos dias como funcionario público.

Excuso decir que leí el drama, que algun tiempo despues llené mi deseo de verlo representado, y que me pareció..... Pero lo que me pareció no puede decirse en pocas palabras, porque aunque seria muy breve el decir que me pareció bien ó que me pareció mal, las razones en que debo apoyar el concepto que formé de la obra exigen alguna extension á mi discurso y un poquito de calma á mis lectores. Baste por ahora lo dicho, aunque solo sea para saber de qué modo tan particular hice yo conocimiento, no con la persona, sino con la entidad literaria de D. Antonio Gil y Zárate, lo cual me da alguna luz para explicarme á mí mismo el porqué este señor sin causarme daño y sin inspirarme odio, ha hecho un papel tan importante y sostenido en mis meditaciones ó, si ustedes quieren, en las puerilidades de que no está exento ningun mortal.

Debo decir ante todo, que en el tiempo trascurrido desde que yo oí hablar del drama *Carlos II el Hechizado*, hasta que lo conocí, leido y repre-

sentado, hizo la casualidad que cayese en mis manos la célebre novela de *Victor Hugo*, titulada *Nuestra Señora de Paris*, circunstancia que no podia ménos de perjudicar por muchas razones al concepto que yo debia formar de la obra de *D. Antonio Gil y Zárate*.

Tal es en efecto la condicion humana, inclinada naturalmente á examinar las cosas bajo la impresion de los contrastes. Verdad es que en esta parte la sociedad y el hombre parecen caminar en razon inversa. El hombre cuanto mas avanza manifiesta generalmente mas gusto y mas sensatez, miéntras que la sociedad puede decirse que va siempre marchando hácia la extravagancia á medida que se civiliza. ¡Qué aberraciones! ¡qué ridiculeces se observan en las poblaciones grandes si se comparan sus costumbres á las de las aldeas! ¡Qué depravacion sufren los instintos en las naciones cultas cuyos desórdenes repugnarian con razon alguna vez á los salvajes! Yo he visto desde que estoy en Francia cosas que no hubiera creido cuando vivia en aquel pueblo, que segun dicen, lleva todavía los andadores de la civilizacion. Aquí el estragamiento se ostenta hasta en la satisfaccion de las primeras necesidades de la vida animal : se prefiere al agua y al vino esa infame composicion química llamada cerveza, que desagrada al paladar tanto como ataca á la salud ; gusta mas la carne cruda y casi corrompida que la fresca y bien sazonada, y nunca el queso logra mas consumo que cuando ofende á las narices con su hedor y á la vista con sus gusanos. Si nos remontasemos á otras consideraciones, la perversion de los instintos seria mas visible. El amor, por ejemplo, esa poderosa palanca del genio en la edad media; esa llama vivificadora que forma el mas precioso encanto de la existencia humana en los pueblos que se dicen atrasados, es una cosa

desconocida en las naciones que pretenden empuñar el cetro de la inteligencia. Hablen ustedes de amor á una hija de Paris, y prepárense á recibir por toda respuesta una carcajada, manera singular con que se quiere decir que solo Pluto ha sobrevivido á todas las demás divinidades mitológicas. Y no entro en la contemplacion del progreso que bajo otros conceptos ha hecho el vicio, esto es, la perversion del instinto, porque no necesito añadir mas á lo dicho para probar que la sociedad marcha á la extravagancia, cuando dice que se civiliza, y sobre todo porque no debo decir cosas afortunadamente ignoradas de la raza española.

Pero el progreso individual es bien diverso del colectivo: el ser inteligente es tanto mas digno, sensato y morigerado, cuanto mas cultiva su razon. Así el hombre puede estimar lo feo, defectuoso y desaliñado de las cosas, miéntras no tiene una idea clara de la belleza; pero seria muy difícil hacer comer pan de centeno al que está acostumbrado á comer pan de trigo; seria ridículo suponer que puede agradar una pintura grotesca al que conozca las sublimes obras de Rafael y, en fin, para volver al tema de este artículo, seria una tiranía espantosa el querer que á un hombre que conoce la *Nuestra Señora* de Víctor Hugo, le guste el *Cárlos II* de Gil y Zárate.

Efectivamente, á mí me pareció muy malo el susodicho drama cuando lo leí, y mucho peor cuando lo ví representado; y esto considerando el drama aisladamente, sin término alguno de comparacion, sin someterlo al cruel efecto del contraste; pero cuando referia mis comparaciones á *Nuestra Señora de Paris*, su valor literario se reducia á la última expresion, no solo porque la novela es muy buena y el drama muy malo, sino porque el susodicho drama está tomado de la mencionada novela.

No diré que esté tomado al pié de la letra, porque ni *Cárlos II* es *Luis XI*, ni Florencio es Febo, ni están traducidas en él las escenas de la córte de los milagros, ni hay una hermana Gudula, ni otras cosas que hubiera sido difícil encerrar en las estrechas dimensiones del teatro; pero la pobrecita Inés tiene resabios de gitana y, sobre todo, *Fray Froilan Diaz* es la parodia, no pudiendo ser la reproduccion de *Claudio Frollo.* Supongo que todos mis lectores conocerán la novela de Víctor Hugo, y recordarán aquellas terribles escenas de pasion en que el arcediano, enamorado de la gitana, la sigue, la declara su pensamiento, la somete al tribunal que la condena á muerte como hechicera, la propone la paz en el calabozo, y por último la entrega al verdugo, viéndose rechazado y maldecido por ella. Pues bien, todo esto lo repite Fray Froilan contra una pobre muchacha llamada Inés en el *Cárlos II*; pero ¿cómo lo repite?...

Cuando Víctor Hugo trató de presentar en el arcediano uno de esos tipos odiosos que con tanta fuerza de imaginacion sabe exagerar el gran poeta francés, tuvo buen cuidado de no ofrecer un ente naturalmente dado á la lujuria, malvado por jactancia ó hipócrita por oficio, sino un hombre de buenos sentimientos, un sabio que, animado pòr el solo móvil de la ambicion, apuraba los recursos de la alquimia para obtener el oro, su único amor, hasta que la fatalidad le hizo tropezar con aquella encantadora jitana que obró en su alma una completa transformacion, convirtiendo al hombre naturalmente frio, en un volcan, al que siempre habia sido recto en un malvado, y en fin, al que habia sondeado los arcanos de la ciencia en un imbécil. Todo esto realza el mérito de la jitana, porque expresa bien cuan grandes debian ser sus encantos para obrar tan extraordinarios prodigios, y hace del arcediano un tipo nada vulgar, un

carácter odioso, pero tan lógicamente desarrollado y an brillantemente sostenido, que excita la compasion hasta en los accesos de su cruel venganza.

El fraile, no creado, sino copiado por Gil y Zárate, no presenta ninguna cualidad recomendable; hombre de astucia por la voluntad del autor, pero no porque durante el drama ofrezca un rasgo ingenioso de talento, se manifiesta desde luego devorado por una pasion, no dirémos violenta, sino crapulosa, encubriendo sus vicios bajo la máscara de una hipocresía que pareceria jesuítica si no fuera tan grotesca. Tales son los puntos de diferencia y de semejanza que tiene *Fray Froilan* con *Claudio Frollo*; de modo que, bien mirado, el arcediano de Víctor Hugo, no fué solo desgraciado como enamorado, sino como padre, pues tuvo por hijo adoptivo á Cuasimodo, prototipo de la deformidad física, y por hijo literario á Fray Froilan Diaz, prototipo de la deformidad moral.

Fray Froilan es, sin embargo, el único carácter del *Cárlos II*, porque, aunque mal, está sostenido, pues el rey mas que un carácter es una caricatura, el pobre Florencio es un botarate que dice cosas increibles en su época, la Inés se parece á Florencio, y los demás personajes tienen algo aunque poco que envidiar á Inés. Veamos ahora algunas de las muchas cosas raras que todos ellos dicen, queriendo hablar la lengua de los dioses y apurando no obstante todo lo que la lengua humana ofrece de mas prosáico. Supónese que el rey está hechizado, y hablando Fray Froilan del hechizo al rey, le dice:

Os lo dieron en bebida.

REY.

¿Qué bebida?

FRAY FROILAN.

Chocolate.

REY.

Con estas cosas me ofusco.
¿Chocolate?

FRAY FROILAN.

Sí, en verdad.

REY.

¡Qué encierra tanta maldad
Un poco de soconusco!

Reflexion original, por cierto, la del rey; tan original como es extraña la palabra soconusco en un diálogo serio, aunque en una situacion ridícula. Pero no para aquí la trivialidad del tal diálogo : el rey desea profundizar el misterio del hechizo, y dice con una candidez que raya en tontería :

¿Qué habia en él?

FRAY FROILAN.

Cuerpo muerto.

REY.

De algun ahorcado seria
Que esos malos hechiceros
Buscan siempre ajusticiados.

FRAY FROILAN.

Ya sus miembros entregados
Estaban á buitres fieros.

Esto, como ven Vds., no solo es trivial y prosáico, sino repugnante; ataca á la poesía, á la razon y al estómago. En una palabra, no se puede calificar sino diciendo que es atroz, ¡muy atroz!

Oigamos ahora á Florencio desatarse contra Fray Froilan y contra la inquisicion :

FLORENCIO.

Esos nobles infanzones
Que conquistaron un mundo
A los piés de un fraile inmundo
Hora humillan sus blasones.

¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldon!
¿Cómo España ha de ser grande
Si consiente que la mande
Quien la imprime tal borron?

¡Maldito mil veces sea
Ese tribunal odioso
Que siempre de sangre ansioso
Solo suplicios desea.

Que pretendiendo vengar
Del cielo la causa santa,
La ofende y al orbe espanta
En fuerza de asesinar.

Francamente, cuando yo llegué á leer y oir este lenguaje tan impropio de la época de la supersticion á que se refiere el drama, y tan indigno del teatro en todos los tiempos, apénas podia dar crédito á lo que leia ó escuchaba. ¿Por ventura la poesía tiene algo de comun con ese lenguaje tan seco y descarnado, con esa prosa tan fria á pesar de la insolencia de sus palabras, con esos versos sujetos á las condiciones artísticas de la medida y del consonante, pero enteramente desprovistos de la energía que solo la inspiracion sabe dar á los conceptos con la gala de las formas? Lo repito, señores; esto es atroz, ¡muy atroz! y no puede dudarse que tan desatinados versos hubieran sido doblemente deplorables en boca de un buen actor; pero por fortuna el encargado de desempeñar el papel de Florencio era otro Florencio que, como tiene de costumbre, lo hizo bas-

tante mal, y solo la fatalidad de semejante actor pudo eclipsar la fatalidad de semejantes versos.

Verdad es que en el tiempo en que D. Antonio Gil y Zárate dió á luz su *Cárlos II*, las ideas de libertad, ó lo que es lo mismo, los anatemas contra la opresion estaban en auge. Todo el mundo fanatizado por el influjo contagioso de las aspiraciones del siglo, recibia como buenas y aplaudia con entusiasmo las obras empapadas en el espiritu democrático y liberal de la época, y he aquí la razon del éxito inmerecido que obtuvieron algunas producciones de circunstancias, tales como el *Cárlos II* de Gil y Zárate, y la *Conjuracion* de D. Francisco Martinez de la Rosa, á pesar de su mala concepcion, su prosaismo, su falta, en fin, de arte, de gusto y de mérito literario. Pero debo manifestar aquí con la ingenuidad que me es característica, que entre todas las malas muestras de tan deplorable escuela hay una infinitamente peor que las otras, y es *Cárlos II el Hechizado*, especie de berruga en una cara pecosa y tostada por el sol.

Tambien es verdad que D. Antonio Gil y Zárate al mismo tiempo que hacia un drama combatiendo las preocupaciones, daba pasto, tal vez sin saberlo, al espíritu religioso del pueblo español; pues no hay en dicha obra dificultad alguna de que no salga vencedor remitiéndose al auxilio de la divina Providencia, ó lo que es igual, prometiendo indemnizar en el cielo á sus personajes de los sinsabores que no podia remediar por medio de una hábil peripecia dramática. Así, cuando Inés se compadece de las desgracias que con su amor ha causado á Florencio, dice entre otras cosas:

> Perdona, mi bien, perdona,
> Y no culpes á mi amor:

Son mi desdicha mayor
Los males que te ocasiona.
Otro premio, otra corona
Te quise yo reservar;
Mas si no logró alcanzar
Tamaño bien nuestro anhelo,
No importa que allá en el cielo
Aun nos podrémos amar.

A lo que Florencio contesta, no en la misma escena, sino en otra :

En vez de que al espirar
Nuestros amores se acaben,
Se verán acrecentar
De cuanto los cielos saben,
Mas que los hombres, amar.

Este concepto, que no arguye grande imaginacion, repetido en todo el drama la friolera de quince ó veinte mil veces, valió al autor muchos aplausos, que unidos á los que produjo la parte patriotera, dieron por resultado una cosa muy semejante al entusiasmo. Por esto sin duda gustó tanto á mis compañeros de oficina, patriotas la mayor parte tan ardientes que daban en el teatro voces subversivas contra Fray Froilan, y hasta se sentian dispuestos á llevar el fusil y hacer una descarga á quema-ropa contra mi buen amigo D. José García Luna que desempeñaba aquel papel. En cuanto á mí, que tambien era patriota ardiente como lo seré toda mi vida, ví el drama de Gil y Zárate sin experimentar la menor emocion : me pareció violento lo que tenia pretensiones de original; descolorido lo que revelaba el plagio; inverosimil y hasta insolente lo que lisonjeaba á los sentimientos de libertad; prosáico y frio lo que queria ser poético y sentimental; ridículo sainete la trágica peripecia del desenlace; y, para decirlo de una vez,

Cárlos II el Hechizado me pareció entónces lo que me parece ahora mismo, es decir, un drama atroz, ¡muy atroz!

Me he detenido poco en la crítica del CÁRLOS II porque la obra no merece mucho, aunque pudiera haber hablado mucho por lo mismo que la obra vale tan poco. Esto consiste en que no quiero abusar de mis ventajas; no quiero saciarme en la censura de un drama combatido ya hasta por su mismo autor, que de seguro daria cualquier cosa por no haberlo escrito; no quiero, en fin, ensangrentarme contra la moribunda reputacion literaria de D. Antonio Gil y Zárate. He dicho que el drama es malo como copia, y que lo seria tambien como creacion; que no tiene caractéres, y que sus personajes hablan por lo comun un idioma inusitado, horrendo, indigno de la compostura que debe presidir á una composicion de su género; pero no he querido decir que si el diálogo es inadmisible en cuanto atropella los fueros del buen tono, es intolerable por la insistencia con que en él se infringen las leyes de la gramática. Citaré solo para corroborar este aserto aquella décima que la pobrecita Ines, jóven digna de mejor suerte, dirige al infeliz de su amante amado, ántes de consolarle con la hermosa perspectiva del cielo:

Florencio, dueño adorado:
Yo soy, yo, quien te asesino.

Mis lectores, á quienes supongo en general mas conocedores de nuestra lengua que D. Antonio Gil y Zárate, convendrán conmigo en que aquí el pronombre relativo *quien* exige que el verbo se conjugue en tercera persona; de modo que Ines podia haber dicho « Yo te asesino » aunque fuese poniendo algun ripio para com-

pletar las sílabas que faltasen al verso; pero una vez adoptado el giro que lleva consigo dicho pronombre relativo ya no podia en buen castellano decir: «Yo soy, yo, quien te asesino» sino «Yo soy, yo, quien te asesina.»

Prosigue Ines:

«Fatal te fué mi destino.
¿Porqué, porqué me has amado?
Te prometí, desdichado,
Suerte de amor placentera;
Te engañé, solo te *diera*,
En premio de tu pasion,
Por palacio una prision
Y por tálamo una hoguera.

Ese *diera*, imperfecto del subjuntivo, debia ser *dí*, pretérito perfecto del indicativo, para hablar con propiedad. Verdad es que otros muchos poetas se permiten licencias parecidas no pudiendo vencer las dificultades de la rima; pero el que otros pequen tambien, no quiere decir que D. Antonio Gil y Zárate se exima de la responsabilidad que la crítica tiene derecho á exigirle cuando no se expresa con la debida correccion.

Repito que no quiero citar mas ejemplos para demostrar que el drama *Cárlos II el Hechizado* es un ejemplo vivo de la insubordinacion permanente en que muchos de nuestros modernos literatos viven contra los fueros de la gramática; porque aun suponiendo que D. Antonio Gil y Zárate hablase nuestra lengua con propiedad, no dejaria por eso de ser uno de los peores versificadores de España, y eso que los hay muy malos. No he querido decir que seria uno de los peores poetas, porque en mi opinion no es poeta malo ni bueno; carece de imaginacion y de sentimiento, de origi-

nalidad y de forma, de dibujo y de colorido; es, en una palabra, con relacion á los poetas, lo que los pintores de puertas y ventanas respecto de los artistas. Todos los versos que he copiado del *Cárlos II* demuestran esta verdad, y si fuese necesario dar una prueba mas, citaria aquella quintilla de Florencio, que dice:

Ven querida Ines y pon
Tu mano en mi corazon.
¿Ves cual late, enamorado?
Pues de hacerlo no ha dejado
Por tí en tan larga prision.

¿No convienen ustedes conmigo en que esto es muy atroz? Por mi parte creo que la citada quintilla es... ¿que diré yo para calificarla como merece? Diré que es la mas ramplona de D. Antonio Gil y Zárate, y añadiré aunque parezca una exageracion, que el mismo D. Tomas Rodriguez Rubí no ha hecho ni hará tal vez en su vida una quintilla mas prosáica.

Pero el autor de *Cárlos II* no se contentó con este ensayo de su rara ¡y bien rara! capacidad dramática; pues ha hecho otros varios, por desgracia, aunque bien mirado no puede decirse que D. Antonio Gil y Zárate ha escrito mucho por desgracia ni por fortuna, porque no cabe fortuna ni desgracia en las cosas que son de todo punto indiferentes. Baste solo decir que no ha sido de los ingenios ménos pródigos, si bien hay quien le disputa la propiedad de algunas producciones que pasan por suyas; pero este es un terreno vedado en que yo no quiero entrar, aunque tengo para ello sobrados antecedentes, y no solo me abstengo por no traspasar los límites que me he trazado al emprender esta serie de artículos, sino tambien porque dramas como los que llevan el nombre de D. Antonio tienen harto poco valor

literario para que pasemos el tiempo en las inútiles investigaciones de su orígen. Digamos algo de estas producciones.

D. Alvaro de Luna es uno de los dramas que siguieron á *Carlos II*, y no me atreveré á decir si vale mas ó ménos que este : creo, valiéndome de la feliz expresion de Larra, que los dos son peores. Todavía creo otra cosa, y es que si D. Alvaro de Luna volviese al mundo tendria mas odio á D. Antonio Gil y Zárate que al rey D. Juan II, fundándose para ello en que el monarca se contentó con mandarle cortar la cabeza, miéntras que D. Antonio Gil y Zárate le ha puesto en ridículo para siempre.

A *D. Alvaro* siguió la *Rosmunda*, drama inferior á los dos anteriores, porque está peor escrito y apénas tiene una escena que no sea un plagio del moderno teatro francés. Bastará decir una cosa para manifestar el mérito de esta obra, y es que habiendo dicho un folletinista que la *Rosmunda* podia considerarse como la introduccion de un género enteramente nuevo en la literatura dramática, salió D. Clemente Miró con un comunicado en los periódicos, diciendo que no era D. Antonio Gil y Zárate el introductor del nuevo género sino él, añadiendo que la *Rosmunda* podia considerarse como una imitacion de su drama titulado *la Adúltera*. ¿Y saben mis lectores lo que es *la Adúltera* de D. Clemente Miró? Es un drama que ocupa, impreso en letra menuda, un tomo de mas de quinientas páginas en octavo prolongado, con la particularidad de que no contiene una sola línea que no sea un desatino. Recuerdo entre otras cosas, que uno de los personajes que mas hablan en dicho drama es una culebra, que el gracioso es un teniente general, y que la primera escena, que pasa de noche, tiene lugar en un jardin, en el cual dice el autor

que habrá una lámpara en medio. Tambien me acuerdo de que estando durante el drama desencadenadas las tempestades, todas las acotaciones se reducen á decir: — *Oyese un trueno* — *déjase ver un relámpago*, — *zumba el viento*, etc. Y hago, en fin, memoria de esta inspirada reflexion que en dicha obra le ocurre á un amante viendo á su querida en una cárcel:

Yo siempre corre que corre.
¿Y esto se llama vivir?
¡Y ella presa en una torre
Sin tener con que nutrir!

Hablando seriamente, la *Rosmunda* no es una produccion tan desprovista de sentido como la *Adúltera*, no tiene disparates de tan grueso calibre, porque D. Antonio Gil y Zárate no está loco; pero es cosa bien particular el que una vez que la crítica ignorante ó apasionada le quiso conceder el privilegio de invencion, fuese á disputarle este mérito un poeta como D. Clemente Miró. Para otro hombre de ménos calma que D. Antonio, este hubiera sido sin duda un golpe mortal. En cuanto á la *Rosmunda*, que como llevo dicho, no tiene ningun punto de contacto con la *Adúltera*, no deja de ser una de las muestras mas evidentes de la impotencia literaria de su autor. Su argumento es un plagio completo del teatro francés, no teniendo original mas que la inverosimilitud nacida de la falta de órden en el arreglo de la obra, el prosaísmo de los versos, los defectos de lenguaje y este pensamiento en el desenlace, que es la consabida muletilla de D. Antonio Gil y Zárate.

EL AMANTE.

¿Nos amarémos?

ROSMUNDA.

Sí.

EL AMANTE.

¿Dónde?

ROSMUNDA.

En el cielo.

Como ven ustedes, todo es ripio en este último verso, la palabra y el pensamiento, ó por mejor decir el pensamiento y cada una de las palabras. La pregunta « ¿nos amarémos? » es un ripio, porque carece de objeto en la situacion. La respuesta « sí » es otro ripio, porque es el complemento de la pregunta intempestiva. La segunda pregunta « ¿dónde? » es un ripio atroz, porque para los que prometen amarse, el lugar es indiferente, y estoy seguro de que los amantes de la Rosmunda son los primeros y serán los últimos que hayan tenido ó pueden tener en adelante la peregrina ocurrencia de preguntarse el paraje donde deben amarse. « En el cielo » es el ripio por excelencia, el padre de los ripios, porque solo tiene por objeto disculpar el violento desenlace de la obra, y la falta de recursos en el autor que pudo fácilmente dar un giro mas dramático á la peripecia final sin recurrir á un estribillo que va rayando en monomanía.

Despues de la *Rosmunda* vino *Masaniello* que siguió l órden de la progresion decreciente en cuanto al méto literario. Luego vino *Gonzalo de Córdova* que no merece los honores del análisis, y detrás ó delante, que esto importa poco, *Guzman el Bueno*, acerca del cual no cabe otra crítica que la que yo improvisé en los primeros dias de su aparicion, y es como sigue :

Nada á su impotencia igualo :
Y solo un autor de trueno

Pudo, de Guzman el Bueno,
Hacer un Guzman tan malo.

En fin, despues ó ántes, que es indiferente, dió D. Antonio Gil y Zárate una pésima comedia titulada *D. Trifon*, y el drama *Cecilia la cieguecita.* ¿Qué diré de estas producciones? Que se parecen á todas las otras del mismo autor, y voy á decir en que se parecen unas á otras todas las obras de D. Antonio Gil y Zárate.

1º En que todas valen poco, si es que valen algo.

2º En que obedecen, como ántes he dicho, á una ley de serie ó progresion decreciente, de modo que *D. Alvaro de Luna* es peor que *Cárlos II; Rosmunda* peor que *D. Alvaro; Masaniello* peor que *Rosmunda; Guzman el Bueno* peor que *Masaniello ; Gonzalo de Córdova* peor que *Guzman el Bueno; D. Trifon* peor que *Gonzalo de Córdova;* y *Cecilia la cieguecita* peor que *D. Trifon.*

3º En que todos estos dramas empiezan en la tierra y acaban en el cielo.

4º En que todos tienen por título algun nombre propio ó patronímico, lo que se demuestra recordando que uno se llama *Cárlos*, otro *Alvaro*, otro *Trifon*, otro *Cecilia*, etc.; lo cual prueba que D. Antonio Gil y Zárate carece de invencion hasta para hallar una cosa tan sencilla como es el título de una obra cualquiera; pues como ha observado oportunamente un escritor amigo mio, casi todos los títulos de las obras de Gil y Zárate estan en el Flos-Sanctorum. Pero entre todos estos títulos, el que mas me llama la atencion es el de *Cecilia la cieguecita.* ¿Qué habrá querido el autor decir con este diminutivito? ¿Habrá querido decir que es una ciega chiquitita, ó bien que no es mas que un poquitito ciega?

5º Y último. Parécense todos los dramas de D. Anto-

nio Gil y Zárate en que presentan los mismos defectos de lenguaje, la misma dureza de versificacion, el mismo caudal de ripios, idéntica impropiedad en el conjunto y en los detalles, la total carencia en fin de genio y de talento que el hombre necesita para brillar en la poesía, sin embargo de lo cual D. Antonio Gil y Zárate goza una de las primeras reputaciones de la época siendo el hombre de nuestros dias que mas fruto ha sacado de su reputacion literaria. ¿Y probará esto algo en favor de mi patria?... Bien hago yo, señores, muy bien, en tener tema á D. Antonio Gil y Zárate; y agradezca este señor la indulgencia con que le he tratado.

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Tengo el honor de ser amigo del señor Hartzenbusch, y quiero darle una prueba de mi amistad colocando su nombre en estos artículos á continuacion del de Gil y Zárate. ¿Porqué?... Porque necesariamente ha de haber contraste, y este contraste ha de ser tambien necesariamente favorable á mi amigo D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

No diré que para elogiar á este señor sea preciso apelar á tan absurdas comparaciones; pero no me negarán Vds. que en literatura, como en todo, el concepto que formamos de las cosas depende no solo del punto de vista, sino de las relaciones que establecemos entre ellas y otras de la misma especie. Pondré algun ejemplo para hacerme comprender. Supónganse Vds. que un hombre no hubiese visto en su vida mas ave que un mochuelo con sus grandes y circulares ojos, su color pardo con manchas cenicientas, su cara redonda y su corvo pico; este hombre quedaria agradablemente sorprendido al ver un cisne con su pluma blanca como la nieve, su espaciosa pechuga y su cuello elegante. Pero es seguro que la impresion del cisne no seria tan magnífica en el mismo hombre despues que hubiera con-

templado al faisan de la China, en cuya formacion parece haber apurado la naturaleza todas las combinaciones de sus mas seductoras galas. Pues lo mismo puede decirse tratándose de los hombres comprendidos con mas ó ménos fundamento bajo la comun denominacion de poetas. Supongamos que Shakespeare es el faisan chino de las aves literarias; graduemos de cisne á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y colguemos el mochuelo á D. Antonio Gil y Zárate. ¿Qué resultaria del exámen de uno de estos sujetos colocado inmediatamente al lado de cualquiera de los otros? Un grado máximo ó mínimo en la escala de la belleza. Comparado, pues, Hartzenbusch con Shakespeare es un cuerpo microscópico, una dósis homeopática: considerado aisladamente, sin contraste que realce ó deprima su individualidad, es un hombre de mediana estatura, mas bien bajo que alto, corto de talle y poco garboso, aunque estimable por su gusto en el vestir y por el esmero en general de su tocador. ¿Qué he debido yo hacer para dar al señor Hartzenbusch una prueba de amistad? Pensar durante unos cuantos dias en D. Antonio Gil y Zárate, y observarle detenídamente, despues de lo cual, no diré que Hartzenbusch sea á mis ojos un jigante, ni un Narciso; pero naturalmente debe parecerme un buen mozo... lo que se llama ¡un buen mozo!

No necesitamos establecer parangones, y lo decimos sériamente, para considerar al señor Hartzenbusch como uno de los mas estimables ingenios del presente siglo. Poeta, ó por lo ménos, dotado de suficiente talento para fingir la inspiracion, ha escrito algunos dramas que probablemente llegarán á la posteridad, puerto vedado á la mayoría de nuestras obras contemporáneas, y entre aquellos coloco desde luego *los Amantes de Teruel*. ¿Seré yo en esto el eco de la opinion general ó, cuando ménos,

de la opinion de nuestro gremio literario? Ciertamente que no, y no me extraña; pero soy de la opinion de Larra, que vale mas que la mia, y, sobre todo, soy de mi misma opinion, que vale mas que la de toda esa falanje de literatos improvisados que de una plumada pretenden levantar ó destruir una reputacion, con una osadía tan grande como su ignorancia.

Si preguntamos á muchos de esos sabios sin ciencia, que se ponen á escribir no sabiendo leer, lo que piensan de Hartzenbusch, oirémos cosas estupendas contra el autor de *los Amantes de Teruel*. Uno dirá que es frio, otro que es lánguido, otro... ¿quién sabe? No es la primera vez que oigo juicios tan severos hechos por escritores que nada bueno han producido, y que probablemente nada bueno producirán; pero que se revelan contra todo el que ha puesto su capacidad á prueba, ya porque el demonio de la envidia les tienta, ya porque necesitan rebajar la gloria agena para aparecer ménos pequeños de lo que realmente son. Pero aquí no se trata de saber como piensan los demás, ni debe tenerse para nada en cuenta lo que puede decir una pandilla interesada ó ignorante, sino lo que la crítica imparcial y concienzuda ordena cuando se habla de hombres como Hartzenbusch que, si no han marcado un surco luminoso con su aparicion en la escena, merecen, sin embargo, estar á una elevada altura sobre el vulgo, y quien dice vulgo, dice generalidad de los literatos. El drama *los Amantes de Teruel* no es la obra de un gran poeta; pero es el primero de nuestros dramas modernos, despues del *Trovador*, y este es todo el elogio que yo puedo hacer de esa produccion dignamente aplaudida por el público, y celebrada por D. Mariano José de Larra, que sin duda ha sido el primero de los críticos españoles. ¿Quién puede dudar que en *los Amantes de Teruel* hay escenas de pri-

mer órden? Nadie negará con justicia el estro poético al que de una manera tan bella supo describir la patria de Marsilla en aquellos versos que tan populares se han hecho:

Mi nombre es Diego Marsilla
Y cuna Teruel me dió,
Ciudad que ayer se fundó
Del Turia en la fresca orilla, etc.

Nadie puede negar cierta travesura que solo pertenece al genio, y, sobre todo, la originalidad que es su primera condicion, al que supo divinizar la pasion de los célebres amantes, diciendo que Dios habia hecho aquellos dos corazones para fundirse en uno á la llama sagrada del amor:

Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma y una vida,
Y dijo: *Vivid y amad.*

Esto es bueno, lo repito, bueno por su originalidad, bueno por su belleza poética, y bueno tambien por su versificacion, que no puede ser mas fácil y sencilla, siendo al mismo tiempo robusta y armoniosa. Y no se puede decir que estas bellezas literarias, y otras muchas que podria citar, son raras en el drama, porque no es verdad, pues el drama es realmente en su conjunto y en sus detalles una obra de mérito; tiene elevacion, novedad, sentimiento y, lo que es poco comun en nuestros dias, lenguaje; es decir, presenta en mas ó ménos elevada esfera las condiciones literarias que la crítica concienzuda puede desear en la obra de un poeta, y tiene además un interés dramático hábilmente sosteni-

do. ¿Qué le falta, pues, á este drama para ser tal vez el primero de su época? Un poco mas de movimiento, ó en otros términos, le sobra un poco de esa prolijidad alemana que revelaria el orígen del señor Hartzenbusch, si ya no le delatase su apellido. Porque, efectivamente, el señor Hartzenbusch tiene de comun con el carácter aleman, de que procede, esa conciencia minuciosa que todo quiere precaverlo, que todo quiere completarlo, y que arroja la oscuridad á fuerza de difundir la luz. En nada de lo que este escritor ha hecho resalta tanto el defecto indicado como en *Doña Mencia ó la boda en la Inquisicion*, drama admirablemente versificado y lleno de inspiracion, pero con un argumento tan intrincado, que nunca he podido entenderlo, y estoy seguro de que el autor tampoco lo entiende. A pesar de esto, *Doña Mencia* es acaso el drama del señor Hartzenbusch que ofrece mas bellos trozos de esa poesía tan escasa en nuestro país. Dése un poco de claridad á su argumento, y resultará un drama tan notable como *los Amantes de Teruel*.

¿Qué diré de las demás producciones del mismo autor? Mis lectores observarán que, por lo general, los hijos de un mismo padre suelen tener entre sí mucha semejanza. Así, vistos los *Amantes de Teruel* y *Doña Mencia*, puede decirse que, para el objeto que nos proponemos, hemos visto *D. Alfonso el Casto*, la *Jura en Santa Gadea*, y demás dramas del mismo autor; porque todos pertenecen á la misma familia. Alguna novedad en el argumento y en los caractéres, algunos efectos verdaderamente dramáticos, aunque destruidos en parte por un exceso de preparacion; buenos pensamientos de vez en cuando; excelente versificacion y correcto lenguaje; es decir, muchas de las buenas dotes que debe tener el poeta dramático, pero no todas;

en la escena y sin efecto alguno, puesto que el público al oirlos se queda, como suele decirse, en ayunas.

La Redoma encantada es, sin embargo, la mejor comedia de magia que conocemos, por no decir que es la única comedia de magia estimable por su mérito literario. Tiene lógica en cuanto una obra de su género puede tenerla, y tiene trozos de versificacion dignos del señor Breton de los Herreros. Tales son aquellos en que el conde obsequiando á la dama que solicita, dice :

Segun mi segura táctica
Es esta la gran retórica.
Mas que una pasion teórica
Vale un donativo en práctica.
. . . .

Despues de lo cual dice ella :

Auspicios sin duda buenos,
Mas para servir á ustedes
¿Quién era mi Ganimedes?
Todo un conde por lo ménos.

De amor célebre adalid
Que por sus triunfos gallardos
El conde de Picos-Pardos
Le llama todo Madrid.

Firme, si al principio atónita,
De tanto engaño en el piélago,
Digo á mi galan murciélago
Que ya conozco su mónita.

Y pues en tan mal camino
Los pasos ha de perder,

Lo mejor que puede hacer
Es irse por donde vino.

Queden para otra deidad
Esas joyas que me ofrece.
Semilla son que perece
Sembrada en mi voluntad.

Porque mas que dones ricos
Vale el honor que atesora
Esta humilde servidora
Del conde de Pardos-Picos.

Muchas veces me he preguntado yo á mí mismo, si el señor Hartzenbusch es verdaderamente un poeta, ó si logra parecerlo en sus obras nada mas que por su talento y por el profundo estudio que ha hecho de nuestros autores antiguos. Y francamente, durante algun tiempo me he sentido dispuesto á abrazar esta última opinion; pero cuando examinado despues las obras de este literato encuentro versos tan fáciles y á veces pensamientos tan espontáneos como originales, no puedo ménos de convenir en que el señor Hartzenbusch no solo es un hombre de estudio y de talento, sino un poeta. Lástima es que haya enervado su imaginacion dando á la forma accesoria lo que debia haber dado al fondo de sus trabajos, y esto, lo repito, proviene de su orígen aleman, del carácter y la paciencia minuciosa de esa raza que hasta de los poetas hace relojeros. De todos modos, el autor de quien voy hablando merece ser tratado con veneracion hasta en sus defectos que revelan siempre el esfuerzo de la conciencia. El señor Hartzenbusch ha escrito dramas, comedias y algunas fábulas y poesías líricas, y debemos confesar que si no siempre ha dado obras de un mérito extraordinario, ha sabido mantenerse en todos los géneros á una respetable altura. En

en la escena y sin efecto alguno, puesto que el público al oirlos se queda, como suele decirse, en ayunas.

La Redoma encantada es, sin embargo, la mejor comedia de magia que conocemos, por no decir que es la única comedia de magia estimable por su mérito literario. Tiene lógica en cuanto una obra de su género puede tenerla, y tiene trozos de versificacion dignos del señor Breton de los Herreros. Tales son aquellos en que el conde obsequiando á la dama que solicita, dice :

Segun mi segura táctica
Es esta la gran retórica.
Mas que una pasion teórica
Vale un donativo en práctica.
. . . .

Despues de lo cual dice ella :

Auspicios sin duda buenos,
Mas para servir á ustedes
¿Quién era mi Ganimedes?
Todo un conde por lo ménos.

De amor célebre adalid
Que por sus triunfos gallardos
El conde de Picos-Pardos
Le llama todo Madrid.

Firme, si al principio atónita,
De tanto engaño en el piélago,
Digo á mi galan murciélago
Que ya conozco su mónita.

Y pues en tan mal camino
Los pasos ha de perder,

Lo mejor que puede hacer
Es irse por donde vino.

Queden para otra deidad
Esas joyas que me ofrece.
Semilla son que perece
Sembrada en mi voluntad.

Porque mas que dones ricos
Vale el honor que atesora
Esta humilde servidora
Del conde de Pardos-Picos.

Muchas veces me he preguntado yo á mí mismo, si el señor Hartzenbusch es verdaderamente un poeta, ó si logra parecerlo en sus obras nada mas que por su talento y por el profundo estudio que ha hecho de nuestros autores antiguos. Y francamente, durante algun tiempo me he sentido dispuesto á abrazar esta última opinion; pero cuando examinado despues las obras de este literato encuentro versos tan fáciles y á veces pensamientos tan espontáneos como originales, no puedo ménos de convenir en que el señor Hartzenbusch no solo es un hombre de estudio y de talento, sino un poeta. Lástima es que haya enervado su imaginacion dando á la forma accesoria lo que debia haber dado al fondo de sus trabajos, y esto, lo repito, proviene de su orígen aleman, del carácter y la paciencia minuciosa de esa raza que hasta de los poetas hace relojeros. De todos modos, el autor de quien voy hablando merece ser tratado con veneracion hasta en sus defectos que revelan siempre el esfuerzo de la conciencia. El señor Hartzenbusch ha escrito dramas, comedias y algunas fábulas y poesías líricas, y debemos confesar que si no siempre ha dado obras de un mérito extraordinario, ha sabido mantenerse en todos los géneros á una respetable altura. En

una palabra, D. Juan Eugenio Hartzenbusch no es un genio de primer órden; pero es uno de los primeros dramaturgos españoles del siglo, y de hecho seria el primero, si no tuviesemos á D. Manuel Breton de los Herreros y á D. Antonio García Gutierrez.

D. JOSÉ ZORILLA.

Todo el mundo sabe que las poesías de Zorrilla se han publicado siempre precedidas de un prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz, estimable poeta y literato que no carece de criterio, y que seguramente no conserva en el dia la misma opinion que tuvo en otro tiempo acerca del autor que voy á juzgar. Decia el señor Pastor Diaz, hablando de la composicion poética leida por Zorrilla sobre la tumba de Larra : « Era una composicion de allí, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo, el autor la habia escrito algunos momentos ántes de aquella reunion, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su genio. Si á solas tambien la hubiera leido á cada uno de sus oyentes ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No, seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase; otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento : un oido fino hubiera sentido flojo, duro ó arrastrado algun

verso : un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y de enlace entre sus ideas: cual la tendria por vaga y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija, » etc.

Las líneas que llevo copiadas bastan á demostrar el buen talento de D. Nicomedes Pastor Diaz, y no dudo que este señor habria dado un golpe mortal al poeta de quien habla con entusiasmo, si en vez de ser un amigo apasionado de Zorrilla hubiera sido un crítico imparcial. Efectivamente; la composicion á que el señor Pastor Diaz se refiere, tiene frases incomprensibles, exageracion, y falta de verdad en los pensamientos, versos duros, flojos y arrastrados; falta de órden, de conexion y de enlace entre sus ideas, y no deja en el alma del lector una impresion dominante: ¿qué mas puede decirse? Una composicion que tiene todos estos defectos, es lo que llamamos una obra sin piés ni cabeza, y solo podria disculparse presentándose al fallo del público como ensayo del autor al lado de otras producciones ménos incorrectas. Pero no sabe el señor Pastor Diaz que al juzgar la primera composicion de Zorrilla juzgó todas las producciones del mismo autor, porque todas ellas tienen frases incomprensibles, exageracion y falta de verdad en los pensamientos, versos duros, flojos y arrastrados, falta de órden, de conexion y de enlace entre las ideas, y ninguna deja impresion dominante en el alma por la sencilla razon de que nunca Zorrilla ha pensado en caminar á otro fin, que al de aturdir al vulgo con su incoherente y eterna palabrería; y es lástima que un hombre como D. Nicomedes Pastor Diaz, sacrificando la razon á la amistad, haya contribuido tan poderosamente á fijar en la mente del vulgo la calamitosa idea de que Zorrilla es, no solo un poeta lírico, sino el primer poeta lírico

de nuestros dias. Sí, es una lástima, porque si se tratára solamente de labrar la fortuna de un hombre por medio de un rasgo de condescendencia, sin ofender á los demás y sin otros inconvenientes que acarrea el mal ejemplo, yo seria el primero en ejercer con Zorrilla ó con otro cualquiera ese rasgo de caridad, que casi no merece otro nombre, y diria que ese sugeto es el primer poeta habido y por haber, y no solo poeta sino filósofo, jurisconsulto, químico y numismático; pero es el caso, que esos desmesurados elogios perjudican á los hombres de verdadero mérito, oscurecidos algunas veces ante un ídolo falso que la amistad levanta y la preocupacion acepta; escandalizan á la sana razon, que no pudiendo luchar contra la moda, se ve obligada á guardar silencio por algun tiempo, lo que ya es una transaccion con la ignorancia; perjudican al progreso de la inteligencia, porque extravian el gusto no maduro todavía de la juventud haciéndola ver el bello ideal del arte en detestables modelos, y por último redundan tambien en daño de los mismos á quienes se quiere favorecer, estimulando en ellos la vanidad y la soberbia, faltas tanto mas ofensivas cuanto son mas inmotivadas. No, es imposible que una conciencia recta é ilustrada trate de hacer un bien á costa de tantos males: solo á la inexperiencia del señor Pastor Diaz, que al fin era un jóven cuando escribió el mencionado prólogo, puede disculparse la participacion que tuvo en el aura popular de Zorrilla, y creo de buena fé que si el autor de dicho prólogo emitiese su opinion ahora que el estudio, la experiencia y la madurez de los años han debido quitarle la venda de los ojos, destruiria con la energía del raciocinio la reputacion que levantó con el noble entusiasmo de la amistad.

Vamos á examinar la composicion que tanto ruido

hizo, que tanto efecto produjo, y que tanto electrizó al mismo señor Pastor Diaz, puesto que á pesar de considerarla defectuosa, hizo de ella desmedidos elogios hastá el extremo de comparar al naciente poeta con Píndaro, Calderon, Shakespeare, Homero y otros por el estilo. Dice así:

A la memoria desgraciada
Del jóven literato
D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

He aquí cinco versos de los cuales los dos primeros son excelentes, y parecen revelar un poeta, pero en cambio los otros tres revelan á Zorrilla, es decir al poeta palabrero que nunca piensa en lo que va á escribir, ni sabe lo que dice, ni busca otro efecto que el que en una lengua armoniosa producen las frases huecas. ¿Porqué la voz de la campana es remedo del postrer lamento? En caso de que lo fuera ¿porqué es remedo vano? Y suponiendo que fuese remedo vano del postrer lamento de un hombre, ¿cómo puede serlo del lamento de un cadáver? ¿Ha visto el señor Zorrilla algun cadáver que se lamente? Yo no sé si Larra tuvo tiempo para lamentarse desde que fatalmente se atravesó el cránco con una bala hasta que espiró; pero si así fué, apuesto á que solo se lamentó miéntras vivia, y no despues de morir, ó lo que es lo mismo, despues de ser un cadáver. No digo nada de la ocurrencia de llamar sombrío y macilento al cadáver en el acto de dar el postrer lamento; es un ripio

de los de Zorrilla, esto es, un ripio de adjetivos impropios de que este autor abusa como ninguno otro para dar á sus versos la medida ya que no á sus ideas la verdad y la ilacion. En esta parte es tan pródigo el autor de quien voy hablando que no sabe hacer un verso sin siquiera un adjetivo, y á veces dos ó tres. Así verán ustedes siete adjetivos en los cinco versos citados. En el primero llama *vago* al clamor, en el segundo *funeral* á la campana, en el tercero *vano* al remedo y *postrero* al lamento, en el cuarto *macilento* y *sombrío* al cadáver, y en el quinto *sucio* al polvo. Prosigamos.

¿Porqué estaba carcomida la existencia de Larra? No lo sé. ¿Cuándo, cómo y porqué una vírgen al placer perdida cuelga el profano velo en el altar? ¿Y sobre todo qué tiene que ver una cosa con otra? No lo entiendo. Adelante.

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo *vano*
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Aquí, como en todo, se descubre la falta de verdadera inspiracion; el trabajo mecánico del hombre que rebusca y amontona las comparaciones para producir efectos, consiguiendo solo agradar á los que aceptan como bueno lo que no pueden comprender. Efectivamente, si Larra era una flor ¿cómo podia ser al mismo tiempo una fuente? Y si era una fuente, ¿cómo podia ser una flor? La alegoría es uno de los resortes mas fáciles que puede tocar el poeta para fascinar á la multitud, y

no condeno yo este resorte cuando se maneja con propiedad, es decir, cuando hay cierta apariencia de verdad en las analogías, para lo cual los buenos poetas procuran ante todo no agolpar ideas heterogéneas que distraigan la atencion. Pero ¿qué digo? Los poetas observan los preceptos del órden, los términos de la serie, las proporciones y conveniencias de la unidad racional, hasta en los vuelos mas atrevidos de la fantasía, no porque lo procuran, sino porque discurren lógicamente; porque cuando escriben no hacen mas que trasmitir lo que de un modo ordenado y por decirlo así, daguerreotípico, se presenta en el espejo de su imaginacion; porque, en una palabra, conciben cosas naturales y nó monstruosas, desarrollan sin superfetacion y llegan á su alumbramiento sin ofrecer ninguno de esos fenómenos que revelarian el abuso ó la perturbacion de sus facultades. Así, un buen poeta hubiera en los precedentes versos hecho la alegoría de la flor y luego la de la fuente, ó vice-versa, presentándolas separadamente, sin pasar á la segunda hasta haber concluido la primera, y no de esa manera confusa que revela como he dicho ántes el mecanismo del arte, y exige del lector ó del oyente la doble atencion que la naturaleza nos ha negado á todos. Despues de esto el poeta puede hacer sus deducciones, subordinándolas tambien á las exigencias de la lógica y no sacando consecuencias que no tengan relacion con las premisas, como sucede en la composicion que voy criticando, donde el autor nos dice que Larra era una flor y una fuente, que ya no se oye su murmullo vano y está quemado el tallo de la flor, que su aroma se percibe aun, y, en fin, que la yerba es hija del arroyo, despues de lo cual nos encaja á manera de corolario esta redondilla muy buena, pero muy estemporánea.

Que el poeta, en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de maldicion.

Consecuencia tan estrambótica como si dijeramos : Larra era hijo de su padre y de su madre; ergo Zorrilla es un excelente poeta lírico. Cualquier cosa.

Luego el autor que estaba hablando con el público empieza á apostrofar al cadáver sin emplear ninguno de esos giros que son necesarios en este género de transiciones :

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.

¿Quién será ese poeta? ¿Qué quiere decir eso de « que otro poeta cantará por tí? » ¿Quiere decir *cantará á tu memoria*, ó bien, cantará en tu lugar?

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia *carcomida*,
Como una vírgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria
Y se entregó á ese sueño sin memoria
¡Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdí.

La oracion de un hombre es lo que llamamos un ripio, pero no un ripio de palabra sino de pensamiento. *La lágrima de un niño* es una afectacion de ternura, una frase rebuscada. Pero todo esto es ménos censurable que el defecto de acabar la octava hablando en primera persona, siendo así que durante todo el apóstrofe ha hablado en tercera, lo que prueba que este autor es poco afortunado en las transiciones. Y continúa :

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupcion;

Fetidez y corrupcion vienen á ser la misma cosa en el caso á que el autor alude, pero al fin se comprende lo que quiere decir; lo que no se comprende tan bien es lo del retrato de yelo, como no sea apelando á uno de esos eternos silogismos por medio de los cuales no hay pensamiento absurdo que no tenga explicacion satisfactoria. Así para explicar la idea de Zorrilla será preciso recordar que los que se mueren se quedan frios, y que estando frios tienen alguna semejanza con el yelo, de donde se infiere que los muertos son retratos helados de los vivos. Todo esto se explica, lo repito, pero ¿cómo se podrá explicar el mal gusto que la quintilla respira en su último verso? Tratándose de un hombre como Larra, era muy natural que el poeta se entregase á graves meditaciones; que recordase lo que habia sido aquel cuerpo animado, aquella cabeza por la cual habian cruzado tan luminosos pensamientos, y que se lamentase á la vista del triste residuo que quedaba de aquel ser privilegiado; pero fijar la atencion en la fetidez, en la corrupcion, en ese repugnante signo que

acompaña á la destruccion de la vida, es indigno, porque no se eleva á la altura de la situacion, y es sobre todo de tan mal gusto, que no se puede leer ú oir sin que el estómago se resienta. Veamos el complemento de la idea.

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Y sin embargo mas vale morirse que ver dar á estas y otras vulgaridades los aplausos escatimados al talento. Concluyamos.

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

¿Cómo, siendo Zorrilla un hombre tan buen creyente, tan buen cristiano, puede dudar que hay esa otra vida? Aquí el autor se parece mucho á cierto mal predicador que empezó su sermon de este modo : « Amados oyentes ; si es verdad lo que nos dice el Espíritu Santo, etc. » La fé del predicador que empezaba poniendo en duda las palabras del Espíritu Santo, corria en efecto parejas con la de Zorrilla que duda de la inmortalidad del alma ; aunque yo no creo que tenga semejante duda, porque acreditado está como uno de los mas celosos defensores de la Iglesia. Lo que yo creo es que cuando hace versos se ve arrastrado por la medida ó por el consonante á decir muchas veces lo contrario de lo que piensa, y en esto me fundo para negarle la inspiracion, porque si pu-

diera inspirarse, no se veria nunca en tales apuros; no daria á luz esas deplorables muestras de la impotencia de su esfuerzo mental; la concepcion y la forma, la idea y la palabra brotarian en él tan naturalmente como brota el agua de los manantiales; y yo tendria el gusto de apoyar, con todas las personas de criterio, esta proposicion que hoy solo pertenece al estúpido vulgo: ¡Zorrilla es uno de nuestros primeros poetas!

Cuando se trata de emitir una opinion en cuestiones literarias hay una cosa peor que la falta de inteligencia, y es la ciega sumision al principio de autoridad; pero hay tambien algo peor que humillarse ante la voz mas ó ménos autorizada de un maestro, y es identificarse con el vulgo. Desgraciadamente el hombre, yo no sé si porque todavía no está bastante civilizado ó porque es de condicion inclinada á la rutina, parece en algunas ocasiones carecer de libre albedrío segun la facilidad con que renuncia á la independencia de su razon, cediendo generalmente á la autoridad de un nombre célebre ó á la presion de la muchedumbre. Lo que sé positivamente es que hay pocos mortales que no estén dispuestos á aceptar sin discusion el yugo de la opinion agena solo porque es la mas admitida, y á esto principalmente ha debido Zorrilla durante muchos años su popularidad. Apoyado al principio en la recomendacion de hombres ilustrados, como el señor Pastor Diaz, fué acogido por el vulgo crédulo y entusiasta como un poeta superior: arraigado despues en la opinion del vulgo, preténdese alcanzar de los hombres entendidos la sancion de su ridícula apoteósis, y de hecho se alcanza, porque el silencio que la inteligencia se ve obligada á guardar, amedrentada por la imponente gritería de las masas, es casi una sancion. ¿Quién quieren ustedes que se atreva á luchar contra enemigos tan supe-

riores en número, auxiliados por el valor que dá el fanatismo, y osados como todos los ignorantes? ¿Quién? Alguno como yo á quien importen poco las consecuencias de una lucha desigual, con tal de que la sana razon no sucumba sin haberse defendido. Yo bien sé todo lo que en esto se arriesga; pero no por eso cometeré la bajeza de aceptar la complicidad de los que callan cuando el error aspira á usurpar los fueros de la verdad. Por eso escribo estos artículos sin cuidarme mas de las prevenciones contrarias que puedo crearme entre el vulgo que de las antipatías personales que indudablemente debo despertar mortificando la vanidad de algunos autores, y por eso combato la inmerecida fama literaria de Zorrilla en lo cual estoy seguro de abrir la marcha á una reaccion tan general como legítima.

Ya he dicho y demostrado lo poco que vale la composicion leida sobre la tumba de Larra: voy á demostrar ahora que las demás composiciones del señor Zorrilla no valen mucho mas que la primera. En efecto, si examinamos todas las poesías de este autor, hallarémos el prosaísmo ó la impropiedad, porque el señor Zorrilla solo deja de ser prosáico cuando dice cosas incomprensibles ó desatinadas. Ved una digna muestra del númen poético de este autor en los ocho primeros versos de la composicion dedicada á D. Pedro Calderon de la Barca:

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por la villa:
Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
— *Aquí los restos humanos*
DE DON PEDRO CALDERON.

¿De dónde saca el señor Zorrilla la peregrina idea de que una capilla es pobre por su antigüedad? ¿Ignora por ventura que los monumentos mas antiguos suelen ser los mas ricos, como que el esplendor y el tiempo suelen caminar en razon inversa? Indudablemente la capilla donde estaban (que no sé si están todavía) los restos de Calderon, era pobre, porque tambien era pobre la iglesia, pero no porque fuese antigua; pues no faltan en España templos mucho mas ricos siendo mucho mas antiguos que el de San Salvador. Si la capilla hubiera sido rica, el señor Zorrilla hubiera explicado tambien la riqueza por la antigüedad, porque este señor no se para en pelillos: concibe ó rebusca una idea, y buena ó mala, racional ó desatinada, la da á la prensa, como si la sagrada mision de escribir para el público debiera desempeñarse sin ciencia ni conciencia. No me parece ménos chocante la idea de que la mencionada capilla es negra por la oscuridad. ¡Vaya una extravagancia! Ya sabemos que los físicos explican el color negro por la carencia de la luz; pero seguramente no es esta la consideracion á que se ha remontado Zorrilla, y aunque lo fuera, no estaria bien desenvuelta. Pero todo esto es disimulable comparado con los dos primeros versos de la segunda redondilla.

Donde se lee en un rincon
Mas que con ojos con manos.

El autor quiere decir aquí que á causa de la oscuridad es preciso recurrir al sentido del tacto para leer el epitafio de Calderon. Pero ¿á quién mas que á Zorrilla se le podia ocurrir decir una cosa tan sencilla de un modo tan impropio y prosáico? ¡Mas que con ojos con manos! Es posible que no haya en el mundo copla ramplona donde pueda hallarse un verso tan ridículo, y

necesita el autor que lo ha producido ser un hijo mimado de la suerte para no haber acabado en él su existencia literaria. ¿Pero acaso es en este verso solamente dónde el señor Zorrilla se muestra violentado por la medida ó por el consonante? La abundancia y extrañeza de sus ripios prueban por el contrario, que ningun autor ha luchado tan inútilmente como él para vencer las dificultades de la versificacion, y así se le ve salir del apuro inundando sus composiciones de adjetivos raros que, ó carecen de verdad ó no tienen sentido. Citaré algunos ejemplos.

En una descripcion que el señor Zorrilla hace de Toledo, dice entre otras cosas:

Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo *imbécil* que vejeta al pié.

¿Porqué es imbécil el pueblo de Toledo? ¿Qué ha hecho este pobre pueblo al señor Zorrilla para merecerle tan injusta calificacion? Inútil pregunta. Yo apuesto lo que se quiera á que el señor Zorrilla no ha recibido agravio ni favor del pueblo de Toledo, y creo que si le ha llamado imbécil, no ha sido con el ánimo de insultarle, sino porque el adjetivo hacia falta á la medida, y el autor no es hombre que pueda sacrificar un concepto injusto á un verso sonoro. Si el señor Zorrilla hubiera tenido á mano un adjetivo que dijese todo lo contrario, ¿qué inconveniente hubiera tenido en decir lo contrario tambien? El caso era hacer un verso lleno, robusto, armonioso, aunque para ello fuese necesario ultrajar, no digo yo á un pueblo, sino al pueblo, no solo á Toledo sino al mundo.

En otra composicion del mismo autor consagrada á Toledo tambien, dice, hablando de la catedral :

Ese monton de piedras hacinadas
Morenas con el sol que se desploma
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;
A quien un pueblo *inválido* rodea, etc.

Vemos que el pueblo que ántes era *imbécil* ahora es *inválido*. ¿En qué quedamos? ¿Por qué razon es inválido el pueblo de Toledo? ¿En qué batalla le dejaron cojo ó manco? Todas estas preguntas tienen una contestacion muy sencilla. El pueblo de Toledo no es imbécil ni inválido, en la opinion del señor Zorrilla; pero la medida exigia que se llamase una vez inválido y otra vez imbécil; y el autor, como ántes he dicho, no es de los hombres que puedan sacrificar un concepto injusto á un verso sonoro. Así, el mismo señor Zorrilla, hablando del mismo pueblo, dirá mil cosas contradictorias siempre que la rima ó la armonía le obliguen á ello. Lo primero de todo es producir versos que hablen al tímpano, no pudiendo hablar á la cabeza ó al corazon; y con tal de que los versos salgan musicales, el señor Zorrilla no tendrá reparo en decir que el pueblo de Toledo es un pueblo ilustre y esforzado, y mas que ilustre y esforzado, pues en la misma composicion en que le trata de *inválido*, dice que ese pueblo asiste reverente á bendecir la vida en la catedral, y en ella

. . . . . . Alza la frente
De la luz de los ángeles ceñida.

Yo no sé como el pueblo de Toledo teniendo la frente ceñida por la luz de los ángeles, puede ser tan imbécil y

tan inválido. Estas contradicciones, lo repito, prueban que el señor Zorrilla no se inspira cuando escribe, que no hace versos « con el corazon ni con el alma, sino con los dedos y con las palabras, » contra lo que en el prólogo de las poesías que voy criticando asienta D. Nicomedes Pastor Diaz. De otro modo no destruiria con tanta frecuencia la lógica, no diria que el pueblo de Toledo alza la frente,

De la luz de los ángeles ceñida,

despues de haber dicho :

A quien un pueblo inválido rodea
Con piés de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,

versos tan cuajados de desatinos como de injusticias. ¿Qué significacion tiene el epíteto de inválido aplicado á un pueblo? ¿Cómo ese pueblo tiene los *piés de religion?* ¿Porqué el mismo pueblo tiene la *frente de miedo?* Esto no es ya un disparate sino un racimo de disparates, y sin embargo, á esto se le ha dado en España el nombre de poesía lírica, confundiendo lastimosamente la inspiracion con el delirio, la fantasía con la extravagancia.

¿Se creerá que de intento voy buscando las composiciones mas flojas del señor Zorrilla, para justificar la dureza de mi lenguaje, que no es otra cosa mas que la voz de la conciencia indignada contra las reputaciones usurpadas de la época? Una de las poesías mas celebradas del señor Zorrilla es aquella que titula IRA DE DIOS ó *el Angel exterminador,* y en efecto, esta composicion tiene versos admirables, en cuanto al sonsonete, pero no es mejor ni peor que las demás en cuanto á las ideas.

Preciso me seria escribir un gran volúmen si se fuera á hacer un análisis de esta poesía, por lo cual me limitaré á citar solo estos cuatro versos en que el autor explica lo que contiene la copa del *Angel exterminador*. Dice, pues, que

En su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo
Y de la peste el infernal veneno,
Y el gérmen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Hagamos la justicia de creer que nunca D. Antonio Gil y Zárate ha escrito tan estupendos disparates. ¿Cómo el señor Zorrilla ignora que el granizo no es otra cosa que el agua conjelada en la atmósfera? Y si no lo ignora, ¿porqué ha ido á poner una cosa tan simple fermentando en la copa del *Angel exterminador?* Pasemos por alto el infernal veneno de la peste; pero ¿podemos ser tan indulgentes con *el gérmen del relámpago pajizo?* ¿Qué quiere decir gérmen del relámpago? ¿Quién dice que es pajiza la luz del relámpago, ó lo que es lo mismo, la luz eléctrica que nada tiene de pajiza? ¿Y qué dirémos en fin del *espíritu cóncavo del trueno?* ¿Qué quiere decir espíritu del trueno? Si es espíritu, ¿cómo puede tener forma? Y ya que el autor tiene el capricho singular de dar forma al espíritu, ¿porqué le hace cóncavo y no plano ó convexo? Convengamos en que solo el señor Zorrilla posee el triste privilegio de hablar sin saber lo que dice, ó de no decir nada, produciendo, sin embargo, versos sonoros, muy buenos para cautivar á los necios, dispuestos siempre á admirar lo que no alcanzan á comprender. Y ¡qué diablo! si yo estuviera en el pellejo del señor Zorrilla, hoy que la extravagancia obtiene los aplausos de la inspiracion, haria cada dia

mil ó dos mil versos, que bien pueden hacerse dos mil versos diarios cuando es la pluma y no la inteligencia quien los escribe; pondria, como dice el señor Breton :

En cada verso ramplon
Una sandez como un templo.

Y satisfecho de que no la calidad sino el número de las obras es lo que seduce á la multitud, en lugar de dedicar diez años al poema de Granada, dedicaria solò diez meses á poner en octavas reales la historia universal de César Cantu, la Enciclopedia francesa, y la Novísima recopilacion. Esto seria magnífico, tan magnífico como

El gérmen del relámpago pajizo,
El espíritu cóncavo del trueno....
Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

Otra de las composiciones mas celebradas de Zorrilla es la fantasía *A una calavera*, que por ser tan celebrada voy á trasladar en su mayor parte, procurando interrumpirla lo ménos que pueda con mis observaciones importunas, aunque necesarias. Allá va la fantasía :

¡Ahí estás tú, *secreto de la vida*,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Lo que no se comprende es la pregunta del autor, y sea dicho entre paréntesis.

Honda verdad donde el vivir se encierra,
Geroglífico audaz, testigo mudo
Que incrustó en los *dinteles* de la tierra
Quien sostenerse á su dintel no pudo,
Ahí estás con tu irónica sonrisa.

Hago otro paréntesis, solo para observar que el señor Zorrilla en su trabajosa tarea de remedar la inspiracion, ve la sonrisa en todas partes. Las fuentes, las aves, los espíritus, todo lo que el autor pone en juego en sus meditaciones *filosóficas* viene con la sonrisa en los labios. La calavera se rie ó se sonrie ocho ó diez veces.

Tus huecos ojos y tu calva frente,
Aguardando tal vez la última brisa]
Que al puerto del morir lleva la gente.

¿Qué miran, dí, tus *cóncavos vacios?*
¿Qué escuchan tus oidos *sin orejas?*
¿*Rien* de los humanos desvaríos
Con gesto inmóvil tus encías *viejas?*

¿Quién eres, dí, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera,
No como suya te querrá ninguno?

. . . .

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por *los vivos que murieron?*
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso *algunos monjes* te llevaron
A un templo donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataud te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¡Sin duda que gozaras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra IMPURA
Ha de tornar en tantas calaveras!

. . . .

Cuando á la roja luz de los blandones,
En el metal del ara te veias,
Al contemplar tus *cóncavas facciones*,
Tu espantoso mohin, *¿no te reias?*

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te excitó á *reir* lo que pensaron?

Como verán mis lectores, al criticar esta composicion del señor Zorrilla, no hago generalmente mas que marcar con letra cursiva aquellas palabras y frases que nada dicen, ó que encierran algo de impropio y hasta de ridículo alguna vez; pero al trasladar este último cuarteto no he podido ménos de hacer una pausa, sorprendido de ver en tan corto número de palabras, un número tan grande de desatinos. ¿No es chocante atribuir á una calavera pensamientos, y lo que es mas, pensamientos *viejos?* ¿Porqué viejos? ¿Porqué revolverlos? Y cuidado que todo esto es sublime comparado con la reflexion de si los vientos, los gusanos y las lluvias habrán dejado pensamientos á la calavera, en lo que el autor aparenta creer que una cabeza tiene pensamientos despues de muerta, hasta que las lluvias, los vientos y los gusanos la quitan la facultad de pensar. Pero ¿qué tiene esto de extraño si, segun el último verso de dicho cuarteto, los gusanos, los vientos y las lluvias piensan tambien? Prosigamos.

. . . .

¡Oh! gran cosa tener en una farsa

El señor Zorrilla llama farsa al oficio de difuntos, no porque el señor Zorilla no sea buen cristiano, sino por la fuerza del consonante.

¡El principal papel, *la voz* primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa,
Siendo en un funeral la calavera.
Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo.

Siendo un pueblo y un rey de quienes se habla, debia decirse *cabizbajos*, *humildes* y *quedos.*

Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el *cobarde* corazon de miedo.
¡Oh! gran cosa tener *reyes y hermosas*
Descubierta y doblada la cabeza.

¡Mentira! Las mujeres no se descubren en la iglesia.

Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza.

¿Porqué?

Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pié como un juguete,
Y reir de la *esclava* muchedumbre
¡A la sombra de *sórdido bonete*!

¡*Gran corona imperial, grave tocado*!
En un harapo inútil é irrisorio,
Un esqueleto seco y descarnado
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

. . . .

¡Dónde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

No lo entiendo, ni el autor tampoco lo entiende.

¡Oh! tú puedes decir*le* al mundo entero:
« *Riete* y bebe, miserable, y danza,

Miéntra en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

¿Y no *ries*, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festin como cualquiera,
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿En qué festin? El autor nos lo dirá cuando nos pruebe que las calaveras tienen manos.

Porque si fuiste grande y poderoso,
Sin duda que en *ensayos seductores*
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Cada vez lo entiendo ménos, y al autor le sucede lo mismo...

Porque si fuiste austero solitario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de *otro* placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano,
Engalanada, *y facil*, y ligera,
Y *en la fiesta* mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

Seria un antojo bien necio.

Renuncio á citar mas versos de esta composicion que es sumamente larga, y podria serlo mucho mas, puesto que el autor repite en quintillas casi todo lo que habia dicho en los endecasílabos; y despues pone las mismas quintillas en romance, sin duda porque el señor Zorrilla ha creido, y muchos apoyan su opinion, que la importancia del poeta debe medirse por el número y no por la calidad de los versos. Firme en esta creencia

toma la pluma y escribe sin reparar en lo que ha de decir, sin pensar siquiera que debe decir algo, en una palabra, dispuesto á ensartar muchos versos aunque sea repitiendo las mismas ideas, porque solo apelando á este medio y saliéndose á cada paso del asunto y amontonando voces incoherentes puede un hombre hacer la friolera de cuatrocientos y tantos versos que tiene la tal fantasía á la calavera. ¿Para qué? Un poeta como Eurípides que, en su horror por la fecundidad de los copleros, aseguraba emplear tres dias para hacer tres versos, habria creido abusar de la paciencia del lector haciendo mas de veinte versos á una calavera. Verdad es que un verdadero poeta hubiera dicho cosas muy buenas, pero no habria sido tan fecundo como Zorrilla; no habria producido los versos á centenares que es lo que mas asombra al vulgo.

Tal es, señores, el poeta Zorrilla que durante muchos años ha estado usurpando una colosal reputacion, y que hoy mismo en el concepto de algunos es el poeta de su época. ¡El poeta de la época! Aun cuando yo reconociese en Zorrilla bastante talento para colocarlo á la altura de los hombres de genio, aunque yo viese en sus versos la elevacion de la idea á la altura de la entonacion musical, todavía tendria que exigirle, para considerarle como la expresion de la sociedad presente, aspiraciones mas en armonía con el espíritu del siglo que las que en sus escritos descubre.

El poeta para llegar á ser la expresion de una generacion dada, es necesario que vaya á la vanguardia del pensamiento filosófico, que no vuelva atrás la vista sino para echar un puñado de tierra en la fosa donde yacen las viejas supersticiones, que enseñe á sus hermanos el camino de las conquistas morales y materiales; y Zorrilla, doloroso es decirlo, es un anacronismo en el si-

glo actual, un hombre de buen fondo que á pesar de su noble alma hubiera quemado á los moriscos en tiempo de Felipe III como hubiera ántes servido ciegamente á las miras sanguinarias de D. Pedro el Cruel. No, yo no puedo reconocer en Zorrilla esa especialidad que él mismo tiene la ilusion de creerse, porque una de las cosas en que ménos talento manifiesta es en tener de sí mismo un alto concepto, y no solamente niego que haya traido alguna mision providencial que cumplir en su siglo, para lo cual seria necesario que manifestase tendencias ménos recalcitrantes, sino que ni siquiera le acepto como poeta lírico, pues para esto seria preciso que viese yo en él esa espontaneidad, esa naturalidad y ese buen juicio que acompañan siempre á la inspiracion. No se me diga que los grandes poetas suelen tambien cometer grandes faltas, citándome en corroboracion de este aserto los respetables nombres de Chateaubriand, Victor Hugo y Lamartine; porque contestaré que si estos grandes hombres pecan alguna vez de desordenados, si en sus obras se notan hasta defectos de lenguaje, este desórden y estos defectos que son la excepcion en los hombres de genio, constituyen en Zorrilla el estado normal. En cambio cuando Lamartine, Victor Hugo y otros hombres privilegiados cometen una falta, saben disculparla produciendo bellezas de primer órden, dando acceso á ese torrente de ideas que iluminan la mente ó inflaman el corazon de los mortales, miéntras que en Zorrilla un disparate es el precursor de otros muchos, sin que jamás acierte á conmover las fibras del sentimiento, ni á iluminar la razon de sus semejantes, ni á producir en fin otro efecto que el de atortolar á los necios, dispuestos, segun llevo dicho, á recibir como sublimes las frases hinchadas que no alcanzan á comprender.

Una cosa muy particular he observado en el señor Zorrilla, y es que miéntras otros versificadores luchan solo con la dificultad de la rima, él se ve siempre arrastrado por la fuerza de la medida. Así para criticar á los malos poetas cuando la precision de hablar en verso les obliga á decir lo que no han podido imaginar, se ha citado siempre este famoso pareado :

¡Fuerza del consonante á lo que obligas!
¡A decir que son blancas las hormigas!

Los ripios y abundantes absurdos de Zorrilla son mas censurables que los de otros por lo mismo que no son debidos á la fuerza del consonante; pues como hemos visto, este poeta llama imbécil al pueblo de Toledo, no porque la rima se lo exija, sino para completar las once sílabas del verso. Por la misma razon llama inválido al mismo pueblo precisamente en la composicion en que dice que dicho pueblo tiene los *piés de religion*, lo que prueba que si Toledo es un pueblo inválido, no es porque no tenga buenos piés. Obedeciendo á la susodicha ley de la medida, dice el autor en la poesía dedicada á Salas y Quiroga

Es el poeta en su mision de hierro;...

y en la que tiene por epígrafe « A una mujer : »

Ayer el alba amarilla, etc....

Como si fuera fácil comprender lo que él quiere decir con la tal *mision de hierro*, que tambien podia ser mision de cobre, de estaño, de antimonio ó de cualquier otro metal, y como si en el alba predominase el color amarillo sobre los otros del espectro solar.

En fin, el señor Zorrilla, amarrado siempre al yugo

feroz de la medida, infringe todas las leyes de la lógica, y hasta de la gramática, sobre lo cual citaré algunos, aunque pocos ejemplos. Ved aquí entre otros un terceto de este autor que los honrados vecinos de Madrid están cansados de ver en el telon del teatro de la Cruz:

La música las fieras domestica
Y en nuestro corazon de las pasiones
Los salvajes instintos dulcifica.

Terceto eminentemente prosáico, en el cual manifiesta el autor ignorar absolutamente lo que es pasion y lo que es instinto, puesto que dice que la música dulcifica los instintos salvajes de las pasiones. ¿Nos querrá explicar el señor Zorrilla lo que es en su concepto el instinto de una pasion? Nadie puede explicar lo que no sabe. Yo solo diré al señor Zorrilla, que la pasion y el instinto son dos cosas tan parecidas como una planta cualquiera á otra de la misma especie, diferenciándose solo en su distinto grado de desarrollo. El amor, por ejemplo, es un instinto, pero cuando el amor se exagera ó exalta, por una causa cualquiera, el instinto recibe el nombre de pasion. Lo mismo podria decirse del amor propio que conduce á la vanidad, del deseo de adquirir que lleva á la ambicion y, en una palabra, de todos los instintos humanos; de donde resulta no ser la pasion otra cosa que la exageracion de un instinto, ó lo que es lo mismo, el mismo instinto llevado á cierto grado de exaltacion. Ahora bien, decir que la música dulcifica los instintos de las pasiones, equivale á decir que dulcifica *los instintos de los instintos*, en lo cual como ántes llevo indicado, no hay lógica, no hay sentido comun, no hay mas que palabras colocadas con cierto compás para halagar al oido, único fin á que razonablemente puede aspirar el señor Zorrilla.

Los defectos gramaticales no son ménos monstruosos. Acordémonos de los versos á Calderon que dicen

Donde se lee en un rincon
Mas que con ojos con manos.

En vez de decir: « Mas que con los ojos, con las manos, » y convengamos en que un hombre que de tal modo se expresa es incapaz de conocer la gramática de nuestra lengua; pero por si hacen falta nuevas citas, traeré á la memoria aquella composicion en que el autor dice á D. Wenceslao Aiguals:

Con príncipe y yo compárate.

Es decir « con príncipe y yo » en lugar de « con príncipe y conmigo: » y aquellos versos de Teudia en el *Puñal del godo*:

Y con caballo y lanza, *y yo escudero,*
Si no podeis ser rey, sed caballero.

Pero no quiero presentar mas ejemplos para demostrar lo que nadie pone en duda, esto es, que el señor Zorrilla no conoce la lengua castellana.

Aunque he dicho que este autor se ve con frecuencia arrastrado por la fuerza de la medida, en lo cual es una especialidad, no he querido por esto decir que no paga tambien un regular tributo á la fuerza del consonante, y para probarlo sacaré de la poesía que lleva por título *Tenacidad*, este ejemplo que vale por muchos:

Haréme por el verano
Un trono con espadaña,
Y haré en el invierno *cano*
Por burlar el viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Ya ven ustedes que eso de llamar *caro* al invierno, sin duda por alusion á lo blanco de la nieve que suele caer en dicha estacion, es una obra maestra, un ripio descomunal, el ripio mas chocante que de comun acuerdo han podido producir la impotencia y la extravagancia.

Por último, ya que voy manifestando las grandes ridiculeces en que consisten las gracias de Zorrilla, apuntaré tambien un estribillo de dicho señor que probaria poca cultura como manía, y repugna á la conciencia como cálculo. Hablo de la patriotería con que este autor ha solicitado los aplausos de la multitud vocinglera, y digo patriotería porque los raptos de nacionalidad que no están motivados por las circunstancias y santificados por la dignidad de su ostentacion, no merecen usurpar el santo nombre del patriotismo, y así como hay gran diferencia de oficialidad á oficialería, y de poeta á poetastro, creo yo que media un abismo entre lo que realmente merece el título de patriótico, y lo que solo debe llamarse patriotero. Zorrilla ha esplotado la fácil mina de ese nacionalismo ruin, de ese miserable espíritu de localidad egoista que sostiene hace mas de mil ochocientos años el combate contra el magnánimo sentimiento de la fraternidad universal, porque es un recurso tan sencillo como infalible para llegar á la ovacion. Firme en este propósito, le vemos afectar continuamente un españolismo chillon, hueco, enfático, que aserta venablos contra la Francia, cuando la Francia no se mete con nosotros, y hasta cuando nos da pruebas inequívocas de cordial inteligencia; porque conviene observar de paso que Zorrilla para mas identificarse con el vulgo, circunscribe la tierra extranjera á las fronteras de la Francia.

Vean ustedes á qué inoportunas y pequeñas consi-

deraciones se entrega dicho autor hablando de la estatua de Cervantes, precisamente cuando la nacion acababa de dar una muestra de simpatía y veneracion al autor del Quijote, erigiéndole un monumento.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora
Segun se ve de hierros circundado.

El mismo cargo podia hacerse á los franceses por haber circundado de hierros las estatuas de Enrique IV y de Luis XIV; pero nadie ha pensado mas que Zorrilla que el enverjado en que suele encerrarse toda estatua sea para esta una prision, cuando solo es un medio de impedir que los ociosos y mal intencionados la ensucien ó la estropeen. Y continua:

. . . .
Hoy en la inmoble colosal figura,
Derramada la lluvia se destrenza
Y está sombrío en pié sobre una altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

No habia en mi concepto mas medio de evitar estos inconvenientes que no haber levantado la estatua. Y sigue:

. . . .
Tu nombre tiene el pedestal escrito
¡En extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*,
Que vierta infamia en tu española cuna.

El señor Zorrilla llama idioma extranjero á la lengua latina. Digo esto para que nadie crea que la inscripcion de la estatua de Cervantes está en francés ó en

aleman, y sabido es que el latin se emplea con mucha frecuencia en los monumentos, sin que por esto se rebaje su mérito, ni haya quien reclame contra lo que el autor que voy criticando llama *extranjero idioma.* Despues añade:

¡Hora te trajo á luz desventurada!
¿Español eres?... lo tendrán á mengua, etc.

Todo esto lo repito, es un arranque de patriotería que lleva el fin de halagar á la muchedumbre; por eso todo es inmotivado é intempestivo.

He aquí otra muestra de la vena patriotera de este autor.

A ESPAÑA ARTÍSTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que ha de cada ilustre hazaña.

Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra extraña.

¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda
Por no mover los brazos indolentes!

¡Sí, venid, voto á Dios por lo que queda
Extranjeros rapaces que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

Cuando acabó la guerra civil por el abrazo de Ver-

gara, se leyeron en el teatro del Príncipe varias composiciones del señor Zorrilla, las cuales llevaban estos epígrafes: *Hermanos como españoles, libres como españoles generosos como españoles,* y á pesar de todas estas buenas cualidades de que el autor cree dotados á los españoles, concluia sin venir á pelo para nada:

¡Atras las lises de la intrusa Francia!
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!
Miéntras valor nos quede y arrogancia
¡No ha de faltarnos libertad ni tierra!

Por último, para no molestar á mis lectores con los ejemplos sin cuento que podria citar, copiaré aquí algunas palabras de la dedicatoria que el autor hizo á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Diaz: « Al publicar el segundo tomo, dice, he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creido que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César y abandonar en el polvo del olvido al Cid, á D. Pedro Ansurez, á Hernan Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra semana santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos que la impúdica Vénus, las nauseabundas fiestas Lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando ménos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso. »

Permítame el señor Zorrilla decirle que en todas estas

palabras hace ver lo contrario de lo que él supone. Un español puede ser muy buen patriota sin tener á mengua el cantar las glorias de Hércules, Leonidas, Horacio Cocles y Julio César; un cristiano debe ser cristiano por la fé y no porque vea mas poesía en su religion que en el paganismo. El señor Zorrilla parece en estas líneas un español y cristiano de oficio, con la circunstancia de que no se ostenta muy entendido en la profesion, pues á poco que reflexionara en lo que dice, veria que pone en ridículo á la España con los hinchados sones de su patriotera trompa, así como falta á uno de los mas sabios preceptos del evangelio hablando ese egoista lenguage tan reñido con la fraternidad cristiana. Pero ¿á que me canso en buscar contradicciones? El señor Zorrilla que á fuer de buen español no quiere hacer himnos á Hércules ni á Julio César, los hace sin embargo á Napoleon, héroe extranjero tambien, y cuyas hazañas costaron tan caras á los españoles: el mismo autor cuya cristiana lira no tiene sonidos para las divinidades mitológicas, canta con entusiasmo las glorias de Boabdil, último rey moro de Granada.

No pongo yo en duda la lealtad española ni la fé cristiana del señor Zorrilla; pero le niego las dotes de verdadero poeta, puesto que donde quiera que examine sus obras, tengo la desgracia de hallar la ficcion del entusiasmo ó la apariencia de la fé y nunca el lenguaje de las creencias ó de la inspiracion.

No quiero hablar de las obras dramáticas del señor Zorrilla inferiores con mucho á sus poesías líricas; porque no quiero parecer enemigo del autor cuando realmente siempre le he profesado una sincera amistad, y si mi lenguaje ha sido tan severo como justo al tratarse de este autor, es solo en atencion á la inmerecida fama que le han dado sus contemporáneos. Si se hubiera di-

cho que Zorrilla era una apreciable medianía, que tenia algunas aunque no extraordinarias cualidades de poeta, yo hubiera sido el primero á robustecer esta opinion; pero como llevo manifestado, la amistad, la pasion y la ignorancia han colocado á dicho señor en la cumbre del moderno Parnaso; el mismo Zorrilla carece de talento para estimarse en lo que vale, puesto que en todas las obras que de algun tiempo á esta parte emprende, habla de sí mismo y de sus obras con la exaltacion que ántes reservaba á su religion y á su patria; y yo en el deber que como crítico tengo de examinar el valor de las capacidades para rectificar la opinion extraviada del vulgo, digo aquí lo que está ya en la conciencia de todos los hombres pensadores, á saber que la reputacion, literaria de Zorrilla es una de las mas usurpadas de la época.

¿Se conformará Zorrilla con esta opinion? De seguro que no. El hombre que ha dicho en su poesía titulada *Gloria y Orgullo*

De un Dios hechura como Dios concibo,

y en la introduccion al tomo octavo, refiriéndose á su aparicion sobre la tumba de Larra :

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado
. . . .
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entónces mirándonos estamos;

El hombre capaz de decir ó pensar tales cosas tiene de sí mismo una idea demasiado alta y bastante ofuscada la razon para entender la voz de la verdad. ¿Qué importa? Con tal de que la verdad se haga oir y gane el terreno que por cortos instantes haya podido perder en el mundo, el señor Zorrilla es dueño de creerse á la

altura de Homero ó del mismo Dios; puede hacerse la ilusion de que el mundo le mira como á un oráculo, en inteligencia de que estas ilusiones no harán que sea mas grande quien difícilmente podria ser mas pequeño.

D. ANGEL SAAVEDRA,

Duque de Rivas.

Apareció el romanticismo, esa tempestad literaria que desplegando su imponente magnificencia en el cielo de la Francia, envió á nuestra patria alguno que otro relámpago, como el autor del Trovador, algunas gotas de agua como el duque de Rivas, Vega, Escosura, Ochoa y Larrañaga, y algunos sapos cuyos nombres no hacen aquí falta. Quiero decir con esto, que la poesía española abriendo paso á la nueva escuela francesa, tuvo representantes de primera, segunda y última clase, hombres grandes, hombres medianos y cantidades negativas; en una palabra, poetas eminentes, poetas de segundo orden, que los franceses llaman *pequeños poetas*, y poetastros ó copleros, como aquellos á quienes Quevedo daba el nombre de poetas hueros y chirles. Uno de los hombres mas notables, entre los que formaron en la segunda fila en la aristocracia de la inteligencia, era el señor duque de Rivas, grande de España de primera clase, despues embajador y ministro; persona muy apreciable, segun dicen, porque yo no tengo el honor de conocer á dicho señor mas que de nombre y para servirle.

He puesto al señor duque de Rivas á la cabeza de los

poetas de segundo órden, porque Su Excelencia no merece estar mas alto ni mas bajo como hijo de las Musas, aunque su cuna y su posicion social den derecho por otro lado á su pensamiento para cernerse en mas elevada esfera, y creo no hacerle favor ni disfavor. Hombre de poca imaginacion, pero inspirado alguna vez al pulsar las cuerdas de la lira oriental, carece del suficiente vuelo para alcanzar un lugar entre los grandes poetas, aunque lo repito tiene con ellos algunos puntos de contacto. Por otra parte sus versos generalmente robustos dejan ver muy frecuentemente el esfuerzo con que se han producido, y creo que en muchas ocasiones Su Excelencia habria tenido que renunciar á concluir una escena de sus dramas y algunas estrofas de sus composiciones sueltas á no contar con el auxilio de sus dedos y el diccionario de la rima, por lo cual, á pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer otra cosa en favor de Su Excelencia, que colocarle entre los poetas de segundo órden, esto es, en un punto inferior á García Gutierrez y superior á otros que no quiero nombrar.

Debo sin embargo decir, que si el señor duque de Rivas hubiera tenido tanto númen como inclinacion á la moderna escuela literaria, habria llegado á ser el primer granadero del romanticismo. Una de sus primeras obras fué el famoso drama *D. Alvaro ó la fuerza de Sino*, composicion que nadie recuerda hoy y que en aquellos tiempos no hubiera el autor cambiado por muchas de las mejores obras del teatro antiguo. Verdaderamente, si por romanticismo debia entenderse el desórden, el atropello de todas las reglas del arte, *D. Alvaro* podia reclamar el primer rango entre las producciones de su clase, género ó especie, porque difícilmente producirá el entendimiento humano cosa mas excéntrica que dicho drama. En cambio, el asunto que se reduce casi, y sin

casí, al desarrollo de un carácter dramático, no tiene siquiera para su disculpa el prestigio de la novedad : es una pobre reproduccion de D. Juan Tenorio, de ese magnífico tipo creado por Tirso de Molina y que Byron y Mozart han inmortalizado. Eso sí, el D. Alvaro del señor duque de Rivas podrá ser una parodia, pero no un plagio, porque el señor duque de Rivas, sino el talento, tiene la conciencia de los poetas que saben estimarse como hombres. No puede decirse otro tanto de Zorrilla, el cual, no contento con escribir un *D. Juan Tenorio*, que es tambien una miserable parodia, ha tenido la debilidad de apropiarse todo lo mas notable que ha encontrado en los autores que le han precedido, y para que no se diga que hablo al aire, remito á mis lectores á la escena cuarta del acto tercero del *D. Juan de Marana* que dió á luz en sus primeros tiempos Alejandro Dumas, que por cierto es una escena muy buena, la cual está traducida al pié de la letra en el *D. Juan Tenorio* de Zorrilla.

Despues del *D. Alvaro* escribió el señor duque de Rivas otras producciones entre las cuales figuran en primer lugar *El Moro expósito*, los *Solaces de un prisionero*, y una comedia de magia que el editor no llegó á publicar temiendo no hallar bastante papel para su impresion en las fábricas del reino, y acerca de la cual no diria yo nada tampoco, aunque se hubiera publicado, por no esponerme á emprender un trabajo perpetuo. Generalmente las obras del señor duque revelan un poeta lírico en sus detalles, pero carecen de ese enlace y desenlace, de ese órden en el plan, en fin, de esa armazon tan necesaria para constituir ese conjunto en que el arte debe ayudar á la inspiracion. Así los dramas que he citado á pesar de algunas bellezas poéticas, y de la animacion de sus diálogos, son obras medianas bajo el punto de vista del arte; y en cuanto á la comedia de

magia, dicen los que han visto el manuscrito, que no saben como Su Excelencia ha tenido tiempo para escribirla, cuando tal vez no bastaria la vida de un hombre para leerla.

El señor duque de Rivas no solo es un apreciable poeta, sino un estimable literato, y un regular artista. Mas inclinado á la aristocracia del talento que á la de la sangre, á que tambien pertenece por su nacimiento, ha logrado tener una instruccion que no es comun ¿qué digo comun? que no tiene ejemplo entre los afortunados hijos de la grandeza española, y esta circunstancia honra mucho á Su Excelencia. Así, no satisfecho este señor con dar á luz obras literarias notables, en cierto modo, y alcanzar con ellas una fama que debe lisonjearle mas que sus pergaminos, puesto que los títulos heredados no revelan por si mismos el mérito personal, ha dedicado tambien algunos ratos de ocio á la pintura, logrando, segun los inteligentes, manejar el pincel tan bien como la pluma; y al mismo tiempo Su Excelencia no debe ser enteramente extraño al arte encantador de la música, puesto que un periódico le atribuyó hace algunos años una ópera que no tuvo el mejor éxito, aunque abundaba en excelentes melodías. Por mi parte debo decir que ignoro si dicha ópera pertenecia al señor duque de Rivas como supuso el periódico á que me refiero, pero lo que me consta es que dicho señor ha pintado y escrito con bastante talento, logrando tan buena reputacion de artista como de poeta, y me complazco en repetir que si como poeta no es de primer órden, merece no obstante figurar á la cabeza de los de segundo.

D. VENTURA DE LA VEGA.

He aquí una de las reputaciones literarias de la época en que ménos concuerdan los juicios de los críticos contemporáneos. Para los unos D. Ventura de la Vega es un eminente poeta, un talento superior, uno de los mas estimables ingenios de nuestro moderno parnaso; para otros no es mas que un hombre mediano, sin pizca de inventiva, con tan poca aprension como númen, que no sabe dar los buenos dias sin recurrir al plagio, y todos hablan con algun fundamento.

Lo que yo diré desde luego es que D. Ventura de la Vega debia haberse llamado D. Buena-Ventura, pues seguramente es uno de los hombres que ménos deben quejarse de la suerte, y digo esto, no solo porque este señor es tal vez el que mas provecho ha sacado de las letras en nuestros dias, sino porque ya habia recogido tambien mucha gloria ántes de dar á luz una sola obra original. ¿En qué consistirá esto? No es fácil averiguarlo, pero me atreveria á apostar á que el homónimo del apellido no ha sido enteramente ageno á la buena ventura de D. Ventura de la Vega. La gente del pueblo que no distingue de obras originales ni de traducciones, viendo anunciarse cada ocho dias una traduccion, la to-

maba por una obra original, y al ver que casi todas ellas llevaban el nombre y apellido de D. Ventura de la Vega, creyó sin duda ser este mismo el famoso Lope de Vega que tanto habia resonado en sus oidos. Así he oido yo decir á mas de cuatro que indudablemente aludian al fénix de los ingenios « ¡ Qué fecundidad tan portentosa la de D. Ventura de la Vega ! ¡ Tiene cerca de dos mil comedias, sin contar los autos sacramentales !» Y así se explica como este literato habia logrado labrarse una popular reputacion ántes de dar á luz una obra original.

Respecto á los juicios que los contemporáneos han formado acerca de D. Ventura de la Vega, he dicho que son exajeradamente opuestos, y que todos tienen razon. Es una verdad incontestable que este señor ha dado pocas obras originales, lo cual prueba en él esa falta del númen creador que constituye al poeta, y es cierto tambien que ha metido alguna vez la hoz en mies agena, como suele decirse, lo cual prueba cierta falta de aprension sensible en un hombre que no carece de talento. Yo he visto al señor Vega salir muchas veces á las tablas cuando el público, entusiasmado en la representacion de algunas comedias traducidas, ha querido saber el nombre del autor, y el nombre del autor no solo se ha confundido, ú ocultado al público, en el teatro, sino que se ha omitido en la portada de las comedias impresas, muchas de las cuales se han anunciado como traducciones, otras como arreglos, y otras sin hablar de la originalidad, de la traduccion ó del arreglo, como obras de D. Ventura de la Vega. Posteriormente, este señor ha llevado mas adelante su sistema de expropiacion ó despojo literario, pues ha dado á luz dos obras seguidas que no ha tenido reparo en anunciar como originales, siendo literalmente traducidas del francés, y

tal es de algun tiempo á esta parte la desventura de D. Ventura que no puede matar la sed sin que al momento le señalen con el dedo la fuente donde ha bebido.

¿Qué obras originales ha producido en efecto D. Ventura de la Vega? No pueden citarse mas que dos de distinto género, que son la comedia titulada *El hombre de mundo,* y el drama *D. Fernando de Antequera,* obras de bastante mérito que acreditarian al señor Vega como un hombre de talento superior si fuesen suyas; pero desgraciadamente hay muchos que lo ponen en duda por aquello de, el que hace un cesto hace ciento, y yo tambien al ver la conducta de este señor á quien quisiera vindicar de la triste y merecida nota con que habria empañado para siempre sus glorias, aunque fuese tan grande como el mismo Lope, su homónimo; yo tambien digo que dichas obras bautizadas como originales en Madrid han sido tal vez engendradas fuera de España. He aquí porqué no carecen de fundamento los enemigos de D. Ventura de la Vega.

Pero á pesar de todo, cuando se ve el buen tacto en la eleccion, el buen juicio en el arreglo, y en general las buenas dotes literarias con que dicho señor ha trasplantado el moderno teatro francés, se comprende la razon de los que le defienden como hombre, no diré de vasta instruccion, pero sí de talento, de criterio, y de exquisito gusto literario. Realmente, hay muchas traducciones del señor Vega tan feliz y concienzudamente hechas que casi tienen la importancia de las obras originales. ¿Porqué el señor Vega no se ha contentado con su papel de traductor, en que hubiera sido una especialidad? ¿Porqué un hombre justamente considerado como el primero de los traductores modernos ha de haberse conquistado para miéntras viva, y aun para despues que muera, la vergonzosa reputacion de autor plagiario?

Por fortuna ni esta nota ni los defectos en que se funda pueden ya ocasionar grandes perjuicios materiales á D. Ventura de la Vega quien, merced á su mas ó ménos justa reputacion de otros tiempos, ha llegado á ser oficial del ministerio, maestro de la reina, comisario regio del teatro español, miembro de la Academia, y últimamente disfruta un crecido sueldo como autor dramático, es decir que ha recogido toda la honra y provecho á que en vano aspiran muchos literatos, y que nunca alcanzan los verdaderos poetas en España.

D. PATRICIO ESCOSURA.

Hace ya seis ó siete años que emití mi opinion respecto al mérito literario del señor Escosura, en una sátira que por la severidad de conciencia con que está dictada, ya que no por otras dotes, puede pasar por una verdadera crítica. El motivo de esta sátira era el siguiente: D. Antonio Esquivel, que es uno de nuestros primeros pintores, concibió la idea de hacer un cuadro en el cual se hallasen los retratos de todos los principales poetas y literatos de nuestra época; pero el señor Esquivel que tuvo un buen momento de inspiracion como artista, rindió como hombre su tributo al espíritu de pandillaje, y el famoso cuadro que debia legar á la posteridad los retratos de los escritores de este siglo, se limitó á contener unos pocos poetas, algunos aprendices de literatos, y muchos aficionados á las musas, que nunca han sabido si la lira debe pulsarse con la mano derecha ó con la izquierda. En cambio se cometió la falta, imperdonable en un artista, de condenar al olvido á varios autores de mérito superior, solo porque estos pertenecian á cierto partido político, ó porque no solian concurrir al café del Príncipe. Enterado yo de lo

que pasaba, fuí á la exposicion de pinturas, provisto de lapicero y papel, tomé nota de los personajes que figuraban en el susodicho cuadro, y reconociendo el derecho que algunos tenian á la inmortalidad, ó poco ménos, hice la crítica de los otros en una sátira que publiqué bajo el epígrafe de « cuadro de Pandilla » de la cual tomaré aquí los siguientes versos :

« Busquemos en el cuadro otra figura,
Y apartemos la vista de la muerte.
¡Señores! ¡paso atrás, que va *Escosura!*

— ¿Quizá algun genio deparó la suerte?
— Es un poeta en invencion muy flojo,
Y un literato en presuncion muy fuerte.

No sé lo que dirá; mas tengo antojo
Que esta pulla á Escosura no le plugo,
Y mas que un bofeton le causa enojo;

Porque él halla en su mente tanto jugo,
Que ni una imágen le chocó, ni un giro,
De Dumas, de Balzac ó Victor Hugo.

Y esto me hace reir, si bien lo miro,
Que no tiene motivos para tanto
Quién *La Córte* escribió *del Buen Retiro.*

Esto decia yo hace siete años, cuando todavía obediente al impulso irreflexivo que en nuestro juicio imprimen los pocos años, el poco estudio, y debo confesarlo, algo de sistemático y rutinario relativamente á ciertas personas y á determinadas escuelas, abrigaba algunas opiniones que el tiempo ha modificado lógicamente. Tenia yo entónces por gigantes á muchos hombres que hoy me parecen lilipucienses; concedia el título de medianos poetas á otros que tengo ahora por

abominables copleros, y creo que solo el señor Escosura ha conservado para mí en el mercado de las letras el mismo valor ó precio que tenia en aquella época; solamente este señor, tan flexible, tan variable como el barómetro que sigue ciegamente las caprichosas evoluciones de la atmósfera, continua para mí, al ménos bajo el punto de vista literario, siendo el mismo hombre, idéntico, inalterable, casi incapaz de aumento ó disminucion, propiedad física de todos los cuerpos, circunstancia *sine qua non* de toda cantidad continua ó discreta; en una palabra, D. Patricio Escosura lo mismo hoy que cuando escribí la mencionada sátira

Es un poeta en invencion muy flojo
Y un literato en presuncion muy fuerte.

Y eso que este señor empezó su carrera por donde debia haberla concluido; es decir que se anunció bajo muy lisonjeros auspicios, pues haciéndole la debida justicia, diré que escribió una novela con el título de *Ni rey ni Roque*, llena de interés, de animacion, y aun de buen estilo. Era esto en los primeros años de nuestra regeneracion literaria producida en gran parte por la ajitacion política, y miéntras algunos poetas consagraban sus inspiraciones al teatro, que es sin duda en lo que con un sello mas original y brillante ha descollado siempre nuestra literatura, otros hombres de gran talento se propusieron el laudable fin de despertar tambien el gusto á la novela, género abandonado en España ó por mejor decir, género desconocido; pues, como ya he manifestado en otros artículos, nuestra lengua musical, armoniosa, rica y llena de majestad, ha sido causa, precisamente por sus excelentes cualidades, del carácter estacionario que parece haber tomado nuestra literatura.

Alucinados con la cadencia de los versos, hemos desdeñado la prosa, y por eso nuestra librería nacional tan sobrecargada de comedias, cuenta un número insignificante de novelas, y ninguna obra filosófica. Conociendo esto mismo los señores Larra, Villalta, Espronceda y Escosura, hicieron un noble esfuerzo por introducir en su época la novela, ese nuevo género llamado tal vez por sus favorables condiciones á sepultar en el olvido la poesía lírica y dramática, formas agradables siempre, pero anacronismos en una sociedad cuyos intereses dan naturalmente á la ciencia todo lo que la imaginacion daba en otro tiempo á las visiones fantásticas; y si por algo son dignos de censura los indicados escritores, es por haberse detenido en el camino que con tanta oportunidad é inteligencia emprendieron. Dieron á luz las cuatro mejores novelas españolas modernas, que eran las siguientes : *El golpe en vago* por D. J. M. Villalta ; *Ni Rey ni Roque* por D. Patricio de la Escosura; *El doncel de D. Enrique el Doliente* por D. Maríano José de Larra; y *El Castellano de Cuellar* por D. José Espronceda. Estas cuatro producciones acreditan bien que nuestra lengua rival de la italiana en el verso, puede rivalizar tambien con la francesa en la prosa, y auguran un magnífico porvenir á nuestra literatura nacional que, seguramente, plegándose á las necesidades del progreso humano, reconquistará su perdido cetro el dia que nuestros claros ingenios tengan bastante valor para renunciar á ciertas preocupaciones respirando el ambiente de la libertad, eterno alimento de la pasion y base natural de la inteligencia. Y he puesto á propósito en el segundo lugar al señor Escosura entre los cuatro citados novelistas, porque realmente su obra, ménos literaria que la de Villalta, es superior á la de Larra y á la de Espronceda por su arte y hasta por su

moralidad, aunque no lo sea en otros conceptos. El señor Escosura presentó en dicha novela el carácter de Felipe II por lo ménos tan acertadamente como Casimiro Delavigne el de Luis XI, y fué tan afortunado en la descripcion del arrogante, noble, gallardo y siempre misterioso *Pastelero de Madrigal*, que consiguió interesar al lector en favor de su héroe, logrando conmover el corazon en el trágico desenlace. Las costumbres de la época están tratadas con profunda verdad en la novela *Ni Rey ni Roque*, rica de episodios interesantes y oportunamente enlazados á la accion, y no vacilo en decir que si el señor Escosura se hubiera limitado á dar esta sola muestra de su talento, pocos literatos modernos le aventajarian á mis ojos en importancia literaria. Por eso dije al principio de este artículo, que el autor de *Ni Rey ni Roque* empezó por donde debia concluir.

Pero ¿qué ha hecho despues D. Patricio de la Escosura? No contento con la gloria sólida de prosista, pretendió la hueca satisfaccion de versificador; pareciéndole miserable título el de novelista, deseó ganar la fama de poeta, como si Walter Scott tuviera nada que envidiar á Byron, y George Sand no pudiera mirar á Lamartine frente á frente; dejó la lengua que habla al corazon y á la cabeza para emplear la que habla siempre al oido, pocas veces al corazon y casi nunca á la inteligencia; en una palabra, hizo versos, y no satisfecho con hacer versos, lo que ya es una debilidad, hizo versos malos, lo que es una falta con ribetes de crímen. ¡Es fuerte cosa que nadie se ha de contentar con el papel que providencialmente desempeña en el teatro de la vida! El barba quiere ser galan, este suele meterse á gracioso, y D. Patricio Escosura que hubiera llegado á ser un buen galancete,

ha preferido á esta gloria la de tocar los timbales medianamente en la orquesta.

Eso sí; cuando un hombre como el señor Escosura se mete en camisa de once varas, podrá pecar por impotencia, pero no por falta de atrevimiento, y puede decirse de estos hombres lo que cierto mendigo dijo de cierto rey de quien recibió la limosna de un ochavo: « El porte es de un Alejandro, pero la dádiva no es mas que de un Pedro Fernandez. » Ambicioso de gloria el señor Escosura en la poesía dramática, juego en que de seguro nunca le dará el naipe, hizo un drama titulado *la Corte del Buen Retiro*, queriendo pintar las costumbres del tiempo de Felipe IV, lo que á primera vista no es arco de iglesia; pero quiso hacer intervenir en el argumento á los grandes poetas de aquella época, y esto ya es mas que obra de moros y de romanos para un arquitecto que apénas merece el fuero de sobrestante. Allí aparecian Quevedo, Lope de Vega, Calderon y otros grandes poetas, ensartando bufonadas en lugar de agudezas ó dichos sentenciosos, en versos dignos de las coplas de Calainos. ¿Cómo el señor Escosura, hombre de tan claro juicio en su cuerda, no conoció la dificultad de salir airoso en tan alta empresa? Sin duda porque el teatro no es la cuerda del señor Escosura.

Es una gran fatalidad la que pesa sobre los hombres que, como Fray Gerundio de Campazas, abandonan los estudios para meterse á predicadores: no solo dejan de lucirse, sino que se deslucen; pudiendo representar algo mas que cero, representan algo ménos que cero; se parecen á esos genios libertinos que empiezan por no saber en que invertir sus rentas y acaban por no saber cómo pagar sus deudas. ¿En qué consistirá esta diferencia? No lo sé ni creo que pueda darse sobre este particular una razon satisfactoria; porque hay cosas que se ob-

servan y no se explican, como hay otras que se miran, y cuanto mas se miran ménos se ven. Yo que no soy filósofo, ni quiero serlo, dejo á otros espíritus mas profundos la tarea de sondar las causas, sobre todo cuando las causas no parecen estar al alcance de nuestra sonda intelectual, y me atengo á los efectos. Pero dejando aparte el porqué del fenómeno moral expuesto, como se abandona en las explicaciones de la ciencia el porqué de ciertos fenómenos físicos, para deducir la teoría de la observacion, diré, que hemos visto á grandes pensadores en prosa decir garrafales frivolidades en verso, y excelentes oradores en el foro hacer un papel miserable en las asambleas parlamentarias: ¿Quién no conoce que es mucho mas fácil hacer un par de zapatos que componer el *Barbero de Sevilla?* Sin embargo, el autor del *Barbero de Sevilla* puede que hubiera sido siempre un mal zapatero; y dicho sea entre paréntesis, seria cosa bien rara ver al maestro Rossini remontando unas botas.

Digo, ó mas bien; he dicho todo esto, para explicar cómo el señor Escosura que no es un talento universal ha podido hacer malísimos dramas despues de manifestar brillantes disposiciones para la novela, y hasta para que podamos comprender el porqué, no contento dicho señor con hacer malos dramas ha tenido la poca prevision de hacer jugar en ellos á hombres eminentes, como aquellos que componian la gloriosa pleyada literaria en tiempo de Felipe IV.

Sí; lo repito, el señor Escosura se ofuscó, perdió su buen criterio invadiendo un campo vedado á su inteligencia. De otro modo hubiera comprendido, que si es difícil presentar en el teatro un personaje histórico cualquiera, esta dificultad sube de punto cuando el personaje es un sabio, y sobre todo un escritor célebre.

Puede un hombre comun reproducir á César ó al Cid Campeador, héroes que ofuscan al público por sus bravatas, su mímica mas ó ménos exagerada y hasta por lo imponente de su traje ó de sus armas; pero se necesita un talento superior para presentar á Colon ó á Newton, y es preciso ser un Alejandro Dumas para hacer hablar dignamente á Voltaire y á Rousseau. ¿Cómo el señor Escosura no comprendió esta verdad? ó si la comprendió, ¿cómo no se asustó de la importancia de su objeto y de la impotencia de sus recursos?

Para presentar á Lope de Vega en una produccion dramática, es necesario procurar que de los labios de este personaje broten aquellos versos fáciles y cadenciosos que tan difícilmente pueden imitarse; es preciso que aparezca el pensador sin artificio con tanta elocuencia en el fondo como sencillez en la forma: en una palabra, es menester que el autor que á tanto se atreve sea casi un Lope de Vega. Para presentar debidamente á Calderon, es indispensable tener aquella fuerza, aquella energía y aquella gala de imaginacion que caracterizan al autor de *La vida es sueño*, y en fin para hacer hablar á Quevedo, no solo debe el autor ponerse á la altura de un genio original y sublime como poeta, observador y sentencioso como crítico, sino que además ha de remedar aquel estilo propio, peculiar del escritor en quien la forma sorprende y cautiva tanto como la idea; es decir que se necesita, lo que es dado á pocos hombres y de todo punto imposible para el señor Escosura, ponerse al nivel de Quevedo. El señor Escosura no hizo nada de esto en *la Corte del Buen Retiro*, no porque le faltase la voluntad, sino porque se habia echado encima una carga que solo podrian sostener muchos atletas reunidos. Hizo un drama sin piés ni cabeza en cuanto al argumento, y puso un diálogo insípido y

flojo en boca de hombres favorecidos por el genio y por el ingenio, que es como si hubiera puesto una rueca en las manos de Gonzalo de Córdova ó de Hernan Cortés.

Hizo mas que esto el señor Escosura: despues de esta deplorable muestra de su númen dramático, dió á luz otra produccion con el estupendo título de: *Iambien los muertos se vengan*, que era la segunda parte de *la Corte del Buen Retiro*; y seguramente, esta parte debia ser segunda, no solo por venir despues y por el órden cronológico de los hechos que ofrecia, sino porque era mucho peor que la primera, y eso que la primera era bien mala. En esta ocasion el señor Escosura siguió las huellas de todos los poetas modernos que han dado las segundas partes de sus obras mas notables. Breton fué muy inferior á sí mismo en la segunda parte del *Pelo de la Dehesa*; Zorrilla dió una segunda parte de *El Zapatero y el Rey* que tambien es peor que la primera, sin embargo de que la primera era detestable; y Rubí escribió tambien una segunda parte de *la Rueda de la fortuna* que hubiera sido peor que la primera, si la primera pudiera ser peor que la segunda.

En fin, una de las producciones dramáticas ménos desgraciadas del señor Escosura es la que lleva por título: *Las mocedades de Hernan Cortés*. Esta es una comedia que no carece de movimiento en la accion ni de gracia en el diálogo; pero tiene como todas las obras del autor una versificacion mediana y además el protagonista carece en ella de dignidad, pareciendo mas bien un baratero que un héroe. En suma, el talento dramático del señor Escosura es nulo, cuando no negativo, y no quiero decir nada de su aptitud para la poesía lírica de que tambien ha dado algunas muestras, porque no se crea que abrigo mala voluntad contra un hombre en quien reconozco buenas dotes literarias y

estimables facultades oratorias, lo que siempre supone talento y alguna instruccion. Si el Señor Escosura se hubiese limitado á escribir novelas como *Ni Rey ni Roque*, artículos políticos como los que publicó en *El Universal* y discursos como los que ha pronunciado desde que cayó del ministerio, puede que á estas horas le tuviera yo por un gran poeta; pero cometió la falta de hacer versos y, lo que es mas imperdonable, versos malos, por cuya causa no deja de haber jueces severos que le consideran incapaz para las letras, insignificante en la tribuna y flojo en el periodismo, que es todo lo que contra un espíritu envanecido de su propia omniciencia pueden hacer las pasiones enconadas de los hombres.

D. EUGENIO DE OCHOA Y D. GREGORIO LARRANAGA.

Estos dos individuos y otros que por pertenecer á un órden muy inferior no creo preciso mencionar, pertenecen á la primera época de la llamada regeneracion literaria, esto es, á la época en que brillaron Larra y Garcia Gutierrez, se levantaron Villalta, Hartzembusch, el Duque de Rivas y Espronceda, y aparecia Zorrilla como una especie de crepúsculo precursor de las tinieblas que debian seguir al dia magnífico aunque breve de nuestro renacimiento. Estos señores, digo, respiraron el ambiente de la vida, literariamente hablando, en aquella época memorable y formaron con el Duque de Rivas en el peloton mas exagerado de la romántica milicia que turbó nuestro reposo prestándonos con siniestra perseverancia espectáculos de sangre y de muerte. Entónces el romanticismo estaba en voga, pero no el romanticismo bien entendido, tal como lo concibieron Víctor Hugo y Alejandro Dumas, principales gefes de esta escuela, sino la mala imitacion, la parodia que marchita las mas floridas ilusiones.

A poco que se estudie la mencionada escuela romántica, se observará que no consistia esta en un simple

juego de formas ni en el abuso de los efectos dramáticos: esto es juzgar el árbol por la corteza. El romanticismo filosóficamente considerado, era la libertad levantándose contra el despotismo, y podia decirse de él lo que el gran poeta francés de nuestra época decia comparando la cólera del pueblo á la lava del volcan:

Le peuple a sa colère et le volcan sa lave,
Qui devaste d'abord et qui feconde après.

Era pues el romanticismo en el fondo algo mas que una revolucion literaria; era casi una revolucion social, y las formas de que se revistió tenian aquella propension á la anarquía consiguiente al tránsito violento de las ideas que sustituian el imperio de los principios al de los hechos. Nuestros medianos ingenios lo mismo que los escritores franceses de segundo órden lo entendieron de otra manera, creyendo de buena fe que bastaba forjar un cuento en que el puñal, el veneno ó el verdugo desempeñasen un importante papel para interpretar debidamente la nueva escuela literaria, y así vimos en efecto publicarse el *capuz*, el *sayon* y otras cosas por ese estilo, sin ninguna intencion filosófica, sin mas pretension que la de sorprender el ánimo del lector del modo mas desagradable posible, lo que nunca se verificaba, porque el lector iba ya prevenido á no dejarse sorprender y hasta solia adelantarse tanto para desvirtuar la peripecía que muchas veces se quedaba frio como la nieve viendo que el autor se contentaba con ahorcar ó dar garrote al que podia quemar vivo. Estos cuentos, por de contado, recorrian todos los tonos de nuestra metrificacion variada y variable hasta el infinito; empezaban en versos alejandrinos y acababan en versos de una sola sílaba, presentando en su

forma tipográfica una serie de figuras geométricas tales como el cilindro, el cuadrado y el cono, lo que tenia la ventaja única de agradar á los ojos ya que el contenido no dijese nada á la imaginacion; y á estos delirios, á estas extravagancias, á estas puerilidades, en fin, se dió entónces el impropio nombre de romanticismo. ¿Qué habia pues de suceder? El romanticismo tan mal comprendido, tan mal interpretado, cayó cuando apénas se habia levantado, aunque á decir verdad no cayó la idea sino la exageracion, la parodia, la caricatura de la idea.

Es una fatalidad inevitable la que persigue al arte en todas sus mas bellas evoluciones: despues de la creacion viene la imitacion, y como los imitadores carecen generalmente de facultades para acercarse á los tipos originales, de aquí nace esa escala descendente de formas cuyos últimos términos acaban por condenar al ridículo las mas bellas concepciones. Me acuerdo, á propósito de esto, del Liceo de Madrid y del Instituto Español, verdaderas academias de emulacion donde hace algunos años se presentaban unos á leer versos, otros á improvisar caprichosas figuras ó graciosos paisajes sobre el lienzo, otros á cantar ó á representar comedias, estableciendo sin quererlo una especie de competencia en que todos contribuian á difundir el gusto del arte al paso que lisonjeaban su amor propio. Entónces se hizo oir la voz de Espronceda recitando aquellos excelentes versos que le habrian inmortalizado si hubieran añadido siempre el mérito de la originalidad al de la armonía. Tenia Espronceda una voz de trueno que no era sin embargo rebelde á las modulaciones con que un buen actor debe acompañar las palabras en los diversos matices del sentimiento que expresan, y así puede decirse, que su recitado era una declamacion y que mas bien que leia, cantaba. Esta fué sin duda una de las

causas que empezaron á dar popularidad á Espronceda cuyos versos han perdido la mitad de su valor desde que el autor no puede leerlos; porque realmente, Espronceda daba con su garganta un encanto indefinible á sus versos, y esta declamacion del difunto poeta era tanto mas agradable cuanto mas se sabia que era natural y espontánea en él, siendo al mismo tiempo buena y adecuada al carácter y forma de sus composiciones.

Pero he dicho el triunfo y no el escollo de la declamacion aplicada á la lectura. Los demás poetas creyendo que el éxito de las poesías de Espronceda se debia principalmente á la especie de música con que el autor las daba á conocer, se dedicaron á imitar el canto que tanta voga alcanzaba. El primero de los imitadores fué Zorrilla que, en honor de la verdad, se acercó mucho á remedar el tono del maestro, si no llegó á igualarlo; porque Zorrilla lée admirablemente; pero detrás de Zorrilla vinieron otros pobres demonios empeñados en cantar con voz de bajos ó barítonos, cuando realmente la tenian de tenores y aun de tiples, y todo mi buen deseo se estrella aquí ante la absoluta imposibilidad de pintar los gestos, las muecas, las absurdas vocalizaciones con que aquellos hombres se proponian arrancar lágrimas, no consiguiendo arrancar sino la risa que excita todo lo que es ridículamente grave y sainetescamente trágico. ¡Qué arqueo de cejas! ¡qué contraccion de músculos! ¡qué lamentos y qué resoplidos! Figúrense ustedes el efecto que produciria la lectura en un hombre que tuviera dolor de muelas ó de estómago y estuviera al mismo tiempo tomando un baño de vapor y comiendo merengues, y podrán tener una idea aproximada de la declamacion degenerada de los discípulos de Espronceda. ¿Y qué resultó de todo esto? Que aquel

género de lectura, que aquella declamacion tan sonora, tan animada, tan expresiva y elegante al principio, vino á hacerse pesada, empalagosa, risible, intolerable, monstruosa. Pues he aquí lo que aconteció con el romanticismo. Tan pronto como se popularizaron en España las inimitables orientales de Víctor Hugo, todo el mundo hizo orientales, no teniendo estro poético ni mas conocimiento de las costumbres de Oriente que el que imperfectamente pueden dar algunos romances y antiguas tradiciones. Llegaron luego las novelas y dramas del mencionado autor al mismo tiempo que los dramas de Dumas, y las medianías no viendo en Lucrecia Borgia, ni en Antoni, ni en Catalina Howard, ni en Hernani mas que el veneno, el verdugo y el puñal, hicieron heregías á que daban el nombre de producciones líricas y dramáticas.

D. Eugenio de Ochoa, empapado en la literatura francesa siquiera por lo mucho que habia traducido, hizo lo que casi todos los taquígrafos que, por el roce que tienen con los periódicos, acaban haciéndose periodistas. El traductor de Víctor Hugo, creyendo que de traducir á producir habia poca diferencia, escribió algunos dramas horripilantes; pero con tan mala suerte, que la puñalada, el veneno, la catástrofe mortal, en fin, bajo cualquier forma que revistiese, hacia desternillar al público de risa y aun á los mas furibundos partidarios de la escuela romántica.

Inútil era pedir en estas composiciones un fin moral, una idea filosófica buena ó mala, ni mucho ménos aquellos pensamientos elevados, aquellas palabras inesperadas y felices con que los fundadores del romanticismo lograron asombrar cuando no acertaron á conmover y hasta disculparon las extravagancias que, hablando francamente, no escasearon en aquella reaccion

desbocada con que el genio se rebeló contra la monotonía de la escuela llamada clásica. Estas dotes son raras, no se heredan ni se aprenden sino que nacen y se extinguen en un mismo individuo, lo que no impide que en épocas dadas, en aquellos dias de borrasca en que las ideas, las pasiones ó los intereses interrumpen la calma de la sociedad, sean muchos los individuos que se sientan agitados por un impulso misterioso, por un agente invisible, por una inspiracion proporcionada á las conmociones del momento. Pero no porque la revolucion de 1789 diese un Mirabeau á la elocuencia y mas tarde un Napoleon á la guerra, hemos de suponer que todos los hombres de aquel tiempo eran oradores ó generales de primer órden. A la elocuencia de Mirabeau, sublime y arrolladora siguió la de Danton, que tal vez era mas enérgica sin ser tan grande, y detrás de Danton formaba Marat que llevando la pasion al delirio, no podia separar del terror la ridícula forma que daba á sus elocuciones oratorias. Del mismo modo al lado de Napoleon se vieron figurar con mas ó ménos brillo los Murat, Massena, Ney, Junot y otros generales en escala inferior que sostenian dignamente el honor de las armas francesas, miéntras otros gefes de ménos elevada inteligencia destruian en un dia con sus desaciertos el fruto de muchos años de esfuerzos gigantescos. Esto, concretándonos á la cuestion que contra nuestra voluntad nos engolfa en un laberinto de digresiones, quiere decir que detrás de Víctor Hugo y Alejandro Dumas en Francia, lo mismo que despues de Larra y Garcia Gutierrez en España, habia otros hombres de segundo, de tercer órden, y algunos pobres petates que, como los cantantes cuando desentonan, hacen de la mejor música el ruido mas desagradable. Pues bien, entre

estos hombres, coloco yo en primer término á D. Eugenio de Ochoa.

Pero debo hacer una salvedad que mi carácter de crítico imparcial exige : el señor Ochoa tan pobre poeta, tan infeliz imitador de los genios del romanticismo, tradujo todas las novelas y muchos dramas de Víctor Hugo, y acertó á traducirlas con tanta inteligencia que, en su calidad de traductor creo que nadie le ha podido aventajar, ni el mismo D. Ventura de la Vega. Para los que conocen la dificultad de traducir á un poeta como Víctor Hugo en obras como *Nuestra Señora de Paris,* esta es seguramente una circunstancia que recomienda mucho al señor Ochoa, hombre de conciencia ya que no de genio, y nutrido á veces en ese gusto que remeda al talento. Efectivamente, yo he leido en español y en francés las obras de Víctor Hugo traducidas por el señor Ochoa, y debo decir que en la traduccion tienen para mí todo el halago, toda la energía, todo ese colorido brillante que el autor ha sabido darlas en su lengua propia.

No ha estado tan feliz el señor Ochoa en otro trabajo que hizo mas tarde y que es tal vez el que le ha dado mayor importancia. Hablo de la coleccion de autores españoles que dió en Paris, cosa que le produjo bastante dinero segun dicen, y hasta condecoraciones de parte del gobierno francés. ¿Porqué? Por haber hecho una edicion de obras de distintos géneros, mostrando poquísimo tino en la eleccion y adicionándolas con notas ligeras é insignificantes. Entre las muchas observaciones que podriamos hacer acerca de esta coleccion, fijarémos brevemente la atencion en los autores místicos, donde es digno de notarse que las obras de Santa Teresa de Jesus vayan sin la vida de esta santa, escrita por ella misma, y que es por cierto uno de sus trabajos mas

interesantes en todos conceptos. ¿Qué ha hecho el señor Ochoa? Poner en lugar de la vida de Santa Teresa la de Fray Diego de Yepes que, sin tener la importancia de la otra, ocupa la mitad del tomo consagrado á las obras de Santa Teresa. Esto es lo que se llama en castellano tomar el rábano por las hojas. Pero no se dutuvo aquí el señor Ochoa; era necesario que su pobre concepcion diese una idea siempre pobre tambien de nuestros antiguos autores y así redujo á la tercera parte de un pequeño tomo las obras de Fray Luis de Granada que en la edicion de Rivadeneira ocupan dos inmensos volúmenes. ¿No es esto burlar las esperanzas y la buena fé del público á quien se trata de contentar con poco despues de haberle ofrecido mucho? Sabido es que si la España no puede envanecerse de haber tenido filósofos, es quizá la nacion que ha producido mayor número de obras místicas, y sin embargo todas estas obras apénas llenan tres volúmenes en octavo en la coleccion de D. Eugenio de Ochoa, lo cual quiere decir que su trabajo mas que coleccion debiera llamarse resúmen ó extracto de autores españoles; y á esta circunstancia debe agregarse la de que, como llevo manifestado, esta moderna edicion tan pomposamente recomendada y premiada con tanta esplendidez, no ha costado al compiladcr ningun estudio, ningun esfuerzo, no le ha merecido un juicio crítico ni aquellas notas que son indispensables para trasladar á veces al lector á ciertos lugares ó á ciertas épocas; no arguyen, en fin, otro mérito que el que puede darse á un paciente corrector de pruebas. Así este trabajo raquítico é incompleto da la medida del talento del señor Ochoa quien segun malas lenguas tuvo expertos ayudantes para la traduccion de las obras de Víctor Hugo, que es lo único en que ha logrado llamar la atencion de un modo satisfactorio.

En cuanto al señor Romero Larrañaga, no diré por ahora mas sino que despues de abandonar una mala senda emprendió otra que no era mucho mejor; pero dejo la demostracion de esta verdad para cuando hable de mi estimable amigo D. Eusebio Asquerino con quien Larrañaga se asoció para escribir dramas. Lo que es como poeta lírico dicho señor ha dado algunas muestras muy apreciables; tiene cierto sentimiento que vaga entre los géneros delicado y lloron, razon por la cual hay algunos que dicen que Larrañaga no es tierno sino blando, aunque á mí francamente la mayor parte de las veces me parece tierno y con frecuencia discreto.

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Llegó por fin el turno á los poetas de la segunda época, es decir á los que empezaron á levantar su reputacion cuando ya la tenian hecha aquellos de quienes he hablado hasta ahora, y debo empezar este turno por D. Tomás Rodriguez Rubí, que si no es el que mas ha levantado el vuelo de la inspiracion es el que mas ha levantado su fama y su fortuna en alas del favor, de la condescendencia y de la ignorancia. Voy á hablar del poeta, y es lástima que no haya otra palabra con que designar á los que escriben malos versos para diferenciárlos de los que los hacen buenos, viéndonos por consiguiente obligados á profanar ese título con que se honran los grandes hombres como Lamartine y Quintana, Breton y Beranger; voy pues á juzgar al célebre Rubí, al Comella de nuestros dias, al primero y casi último escalon de nuestra decadencia poética, siendo al mismo tiempo el niño mimado de la suerte, el escritor mas agasajado por la corte, mas aplaudido del público y mas solicitado por los editores, aunque tambien ha sido el ménos estimado de las personas inteligentes.

Ya he dicho como empezó Rubí su carrera literaria, escribiendo romances andaluces, que tenian su efecto y

merecian tenerle, porque no carecian de gracia, aunque siempre revelaron un desgraciado versificador. El señor Rubí, no se contentó con la gloria de pintar las costumbres de su provincia y quiso pintar las costumbres en general: dejó el romance jacaresco para entregarse de lleno al arte dramático; hizo lo que acaba de hacer en Paris el señor Ciebra, famoso guitarrista, que en mal hora concibió la idea de componer una ópera, demostrando á los que pudieran tener necesidad de esta prueba, que puede un hombre brillar por su ejecucion en un instrumento y escribir detestables composiciones. ¡Pícara ambicion que conduce á lo que ya he manifestado en otro lugar; esto es, á que en el teatro del mundo ninguno se contente con el papel que racional y providencialmente le está señalado!

Empezó el señor Rubí haciendo comedias sembradas de frivolidades y escritas en versos que no se pueden leer sin algun ensayo ó preparacion. Una de estas comedias se titulaba *Del mal el ménos*, otra *Toros* y *cañas*, otra *El rigor de las desdichas*, y no solo estas comedias eran flojas, fastidiosas, sino que ninguna de ellas justificaba su título, pues la que mas se acercaba á llenar esta condicion era la última que he citado, y aun esta distaba tanto de la verdad como el ruido del sonido, ¿Qué quiere decir, en efecto, rigor de las desdichas? Quevedo nos lo ha dicho en aquel magnífico romance del cual copiaré algunos trozos:

Parióme adrede mi madre,
Ojalá no me pariera,
Aunque estaba cuando me hizo
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra

Que por ser yo el que nacia
No quiso que un cuarto fuera.

. . . .

Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta
Segun ha sido de negra.

. . . .

De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.

. . . .

Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran;
Dejo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en pierna.
Si intentara ser c.....,
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi mujer en buena, etc.

Tal es, efectivamente, el rigor de las desdichas, esto es, la fatalidad que pesa sobre un hombre contra quien todo conspira, á quien todas las cosas salen mal aunque las piense bien. ¿Y qué es lo que nos hizo ver el señor Rubí en su citada comedia? Un hombre medio tonto que padece algunas contrariedades hijas de su torpeza y no de su mala suerte, como si pudiera atribuirse á desgracia la pobreza de un hombre que siendo rico tirase su dinero á la calle. Por eso digo que la tal comedia titulada *El rigor de las desdichas* no justificaba

su título y añadiré que no era este el ménor de sus defectos.

Despues que el señor Rubí probó inútilmente sus fuerzas en la comedia de costumbres en que distaba tanto de Breton como un albañil de un arquitecto, se puso á escribir dramas; pero ¡qué dramas! Desde luego se enamoró de la palabra fortuna que ingirió en casi todos los títulos de sus obras, y entre otros que no recuerdo puedo citar los siguiéntes: *Ribera, ó la fortuna en la prision*; *El arte de hacer fortuna*; *Fortuna contra fortuna*; *La rueda de la fortuna*, primera parte, y *La rueda de la fortuna*, segunda parte. En todas estas producciones trató el autor de elevarse, pero de un modo artificial. Creyó que la importancia del escritor debia estar en razon directa de las costumbres que pintaba y que por consecuencia él llegaria á ser un alto autor pintando las costumbres de la alta sociedad. El cálculo fué bien desgraciado, pero el desempeño fué ménos venturoso. ¿Cómo, pregunto yo, el hombre que no sabia hablar su propia lengua, habia de expresarse con elocuencia en una lengua extraña? ¿Cómo el que no sabia describir las costumbres de la clase á que pertenecia podia describir làs de aquella que no habia frecuentado? Así los duques, los diplomáticos y los reyes que hizo este autor intervenir en sus dramas, hablaban un lenguaje impropio, que ni siquiera tenia para su disculpa la brillantéz que hubiera sabido darle un poeta. Pero el público no se paraba en barras; creia que realmente el diálogo que oia era el que se usa en las altas regiones y lo aceptaba cuando no lo aplaudia, porque nadie tiene bastante atrevimiento, y esto se explica bien, para refutar lo que no entiende.

Pero si el señor Rubí no acertaba á interpretar las costumbres, ¿cómo podia interpretar las pasiones? Este

era otro de los escollos con que debia tropezar en el drama, y seguramente cuanto mas talento tiene un escritor mas se arredra ante esta dificultad. El señor Rubí, que no sabe lo que son los inconvenientes, hizo con las pasiones, que no habia estudiado, lo mismo que con las costumbres que no habia podido estudiar; echó sus escrúpulos á la espalda y se lanzó de rondon por una senda donde no todos los que habian de juzgarle tenian suficientes luces. ¡Qué cosas vimos en los dramas del señor Rubí! ¡Qué caractéres! ¡qué rasgos! ¡qué peripecias! Me acuerdo, á propósito de esto, de una de las producciones de este autor que mas aplausos han obtenido, la cual se conoce con el estrambótico título de « *La trenza de sus cabellos.* » En esta comedia se presenta un caso de locura, es decir de una de las enfermedades mas difíciles de tratarse en el teatro como que exigen un estudio detenido y una profunda observacion si no se ha de incurrir en la inverosimilitud, ó lo que es peor, en la extravagancia.

Todo el mundo sabe que la locura pertenece generalmente al rango de las enfermedades incurables, pues son muy contados los casos en que una persona que ha perdido el juicio llega á recobrarlo. ¿Qué es lo que hacen los autores de talento cuando quieren presentar en sus obras el desarrollo, progresos y curacion de esta terrible dolencia? Estudiar la naturaleza y la ciencia que nos ofrecen los modelos á que debemos ajustar nuestros trabajos intelectuales.

Para eso el mejor medio es acercarse á los facultativos, concurrir á los hospitales donde fácilmente se puede seguir la historia de un enfermo y saber por qué medios unas veces tan sencillos y otras tan inesperados se consigue el restablecimiento de un enfermo. Sucede en algunas ocasiones que un golpe, una causa puramente

física produce una feliz reaccion, sobre todo en los casos en que la demencia proviene de una causa física tambien. Con frecuencia es una impresion fuerte la que fija la atencion del loco en los raros casos en que se verifica; pero sea del modo que quiera, siempre resulta que para acercarse á la verdad, para no ponerse en ridículo con un procedimiento que repugne á la razon, el autor que acometa la empresa de describir un fenómeno patológico, debe estudiarlo, y lo que es mas, copiarlo, único modo de aproximarse á la verosimilitud; y aun todavía quedará en pié una duda nacida de la observacion, á saber, que sin una perfecta igualdad de circunstancias el remedio que ha curado á un enfermo es nulo ó perjudicial para otro, de modo que en todo rigor se necesitaria que dos locos pertenecieran al mismo sexo, tuvieran el mismo temperamento, la misma edad, las mismas condiciones físicas y morales, hubieran contraido el mal en el mismo instante y por la misma causa, y en fin pasasen por idénticas pruebas á la que produce la última crísis para comprender, no solo la razon de la semejanza, sino la posibilidad de que uno de los enfermos no encuentra la muerte, ó se quede tal como estaba, recibiendo el remedio que en el otro ha obrado lo que en el estado actual de la ciencia puede llamarse un prodigio.

Esto es lo que nos dice el buen sentido. Pero ¿qué hizo el señor Rubí en *La trenza de sus cabellos?* No contento con representar un loco, representó dos, y poco faltó para que nos ofreciese una casa de locos. ¿Porqué estaban locos los dos personajes del tal drama? Figúrense ustedes que la que primero pierde el juicio es una mujer, y esta pobre mujer se vuelve loca, no porque haya perdido á su padre y á su madre, ni siquiera por hallarse realmente deshonrada, sino por un maldi-

to mechon de pelo que habia dado á su amante y que este habia dejado pasar á otras manos por malicia ó por inadvertencia. Ya ven ustedes que la tal ciudadana debia tener un temperamento bien delicado, bien excepcional para perder la chaveta por tan pobre motivo; pero como si esto no fuera ya monstruosamente ridículo, no para aquí la historia, sino que el amante al saber que su querida se ha vuelto loca dice para su capote, pues yo no he de ser ménos que ella, y se vuelve loco tambien. ¿Qué les parece á ustedes? ¿No es esto digno de un sainete, de una obra festiva donde á despecho de la verdad se trate de hacer reir con la caricatura de las pasiones?

Eso sí, una vez que los dos amantes se han vuelto locos, hacen y dicen cosas estupendas que sin embargo parecen mas adecuadas á la imbecilidad que á la locura; solo que como los encargados de desempeñar estos papeles eran personas de mérito superior en el arte de la declamacion, hicieron olvidar con las bellezas de la mímica las aberraciones de la parte literaria.

Pero el señor Rubí que tuvo el atrevimiento de presentar dos casos de locura, como si un solo caso no fuera ya empresa superior á sus conocimientos, y que hizo perder el juicio á los dos amantes con tan poco justificados motivos, no podia titubear en el desenlace de aquella situacion apuradísima y encontró en la pobre elocuencia de un médico sandio la ansiada panacea, el remedio infalible, que merecia un gran privilegio, puesto que curó instantáneamente á los dos amantes, volviendo estos á la salud tan fácilmente como los vinos mejoran de color con la sangría de buey ó de condicion con el trasiego. Así escribe el señor Rubí, pudiendo desgraciadamente decirse que no maneja la inspiracion mejor que la ciencia, ni el arte mejor que la inspiracion, á

pesar de lo cual se ha labrado una reputacion colosal y una posicion brillante que deseo conserve mucho tiempo, pues no es el bien que su fama le ha procurado lo que me anima á censurar sus obras, sino la injusticia de esa fama con tan poco talento adquirida. Verdad es que, como demostraré mas adelante, hay medios de alcanzar gloria y provecho que pertenecen á todo el que quiere emplearlos y que todos llegariamos en el mundo al mismo fin, si quisieramos echar mano de los mismos medios.

Uno de los medios que el señor Rubí puso en juego para hacerse aplaudir en el teatro fué el de tocar, como Zorrilla, la tecla del nacionalismo, y al efecto hizo intervenir en sus producciones personajes extranjeros que siempre trataba de hacer antipáticos al público, y así cada vez que uno de estos personajes sufria una leccion, ó por mejor decir, un insulto, el aplauso era consiguiente; porque en esto el pueblo español es como todos los demás pueblos. En Francia no hay chiste mas agudo, aunque no sea chiste, que el que tiende á ridiculizar á los ingleses y en Inglaterra toman la revancha. Del mismo modo cuando nuestro público aprendia, por las lecciones del señor Rubí, que una persona en el mero hecho de no haber nacido en España carece de vergüenza, de sentido comun y de valor, lo que no solamente es injusto, sino pueril, aplaudia con entusiasmo sin reparar en la falsedad de la idea ni en la inverosimilitud de la forma. Solo los hombres de buen criterio reprobaban tan pobres arranques de un mal entendido patriotismo; se lamentaban de que un autor apelase á tan miserables recursos para hacerse aplaudir; veian que el diálogo era inverosímil, porque tomando parte en él personas de alto rango no se observaba el decoro á que nunca faltan dichas personas, aunque traten por

otro lado de descuartizarse, y se compadecian de que la mayor parte de las alusiones políticas estuviesen, como suele decirse, traidas por los cabellos; pero el público inteligente, lo mismo en España que en todas partes, representa siempre una centésima parte de la masa general, y el murmullo de reprobacion de un sabio no podia hacerse oir entre las noventa y nueve palmadas de los ignorantes.

Por fin un dia circuló la noticia de que el señor Rubí habia hecho una obra que debia merecer los aplausos de todo el mundo, pues todos los que la habian leido quedaron electrizados al ver las dotes hasta entónces desconocidas que habia desplegado el autor. Esta obra se titulaba *Isabel la Católica*, y era tan recomendable en todos conceptos, segun decian los periódicos, que habia sido leida primero en casa del conde de San Luis, ministro de la gobernacion, despues en palacio, y el autor habia merecido por ella ser condecorado con la cruz de Isabel la Católica. En efecto, representóse dicha comedia, que obtuvo del público la favorable acogida con que habia sido premiada en las altas regiones, y ¿creerán ustedes, á pesar de todo lo dicho, que *Isabel la Católica* era la creacion de un hombre de genio? Así lo creyeron algunos, hasta que yo, en union de otro literato amigo mio, hice ver lo contrario, y todo el mundo convino por fin en que realmente la obra era detestable. Copiaré aquí algunos trozos de la carta impresa que mi amigo D. Antonio Ribot y yo dirigimos al señor conde de San Luis, vizconde de Priego, con motivo de la proteccion que este habia dispensado á la última produccion del señor Rubí. Demostrábamos en esta carta que el drama *Isabel la Católica* carecia de plan y de caractéres, de intéres y de situaciones; en una palabra, que no tenia en

el fondo ninguna dote recomendable, y respecto del mérito literario deciamos lo siguiente :

« Hemos leido *Isabel la Católica*, y hemos dicho : ¿qué se ha propuesto el señor Rubí en su última produccion? ¿hacer buenos versos? No ha tenido la dicha de conseguirlo. ¿Ha querido hacer malos versos?. . . . . Trabajo superflûo, esfuerzo inútil, porque en esta parte la reputacion del señor Rubí está muy bien sentada. Bajo este concepto *Isabel la Católica* no nos ha enseñado nada nuevo, y hemos leido sin asombro estas lindezas de que está plagado el drama :

. . . .
Beatriz nos contará alguna conseja.
. . . .
Encerrada estará en las atalayas.
. . . .
Sus tropas llegan ya á Fuenterrabia
. . . .
¿Dónde tu esposo está?
— En las galerías.
. . . .
Y el morrion sin plumaje.
. . . . Octo sílabos.
¿Qué se sabe, Daniel?
. . . .
Con los mios iré y mis penas graves.
. . . .
Escrito estaba... Alá así lo ha querido.
. . . .
Del grande Océano la extension corria.
. . . .
Seguí mi rumbo por el grande Océano.
. . . .
A vuestra alta prevision; á tan profundo...

Este último, como puede comprender cualquiera, no es verso bueno ni malo, y nos parece mentira que el señor Rubí le haya dado pasaporte para atravesar las fronteras de la imprenta. Sin embargo, por mas que nos parezca mentira, el señor Rubí cree que es verso, y le ha dejado correr, puesto que no corrige la falta en la segunda edicion. No insistirémos en el trabajo de citar malos versos, porque empleariamos demasiado lugar y tiempo..... Lo que nos desagrada en *Isabel la Católica* no es la mala construccion de algunos versos, porque este es defecto de que adolecen muchos poetas, aunque no con tanta frecuencia y prodigalidad como el señor Rubí: criticamos la versificacion de *Isabel la Católica* y criticamos en general la versificacion de todas las obras del señor Rubí por el constante prosaismo que la caracteriza, por el chaparron de ripios que la inunda, por sus faltas, en fin, de propiedad y de buen gusto. Para convencer á cualquiera de que, en efecto, la versificacion de *Isabel* es prosáica, basta abrir el drama por cualquiera parte y copiar escenas enteras. Véase sino como se explica Gonzalo de Córdova, cuando la reina le dice que no se quite la visera, si se lo impide algun voto.

GONZALO.

Un voto me lo impedia
Antes del premio ganar;
Pero habiéndolo alcanzado
Nada hay que lo impida ya.

Véase cómo el mismo Gonzalo contesta á su prima Beatriz cuando esta le dice que se ande con tiento, porque en la córte se repara en todo:

Al que mal de mí pensare
Y de repararme audaz,

Pondré del revés la faz
Para que mas no repare.

Véase cómo el susodicho Gonzalo manifiesta que todos los hombres que hay en Segovia deben salir á la campaña:

Hierro al hierro... pareceres
Son estos los mas seguros,
Y quédense aquí los muros
Para guardar las mujeres.

Y aquí harémos una ligera pausa para preguntar al anfibológico autor que es lo que ha querido decir; porque nosotros no sabemos si se habian de quedar allí los muros para guardar á las mujeres, ó las mujeres para guardar los muros.

Véase cómo el mencionado Gonzalo responde al cardenal, que tuvo la humorada de llamar pajes á los soldados cordoveses:

¿Pajes, señor cardenal,
A mis águilas llamais?
Por Dios que los insultais
O los habeis visto mal.

Y debemos tambien detenernos un poco en este punto, aunque no sea mas que para hacernos esta reflexion: ¿Cómo el mismo señor Rubí no siente lastimado su nervio acústico con la monotonía de esa sempiterna asonancia? y sobre todo, ¿cómo ignora el señor Rubí una regla de buen gusto, que cualquiera que se dedica á rimar palabras aprende, y que ya que no la haya aprendido deberia haberla adivinado?

Véase cómo Colon satisface á esta pregunta que Gonzalo le hace:

GONZALO.

¿A dónde vais?

COLON.

¿Dónde? A Francia
Y despues de *ella* á Inglaterra:
¡Sí... *toda* la amarga copa
Del desaire apuraré!
Iré á las córtes, iré,
Que están al Norte de Europa.

Y harémos otro descanso para contestar al señor Breton de los Herreros que en la inimitable letrilla de su última comedia pregunta una porcion de veces: *¿Quién es ella?* Nuestras dudas y las del señor Breton quedan disipadas con esta franca y categórica respuesta del señor Rubí: « *Ella* es Francia. » Preguntarémos de paso al señor Rubí para qué ha repetido ese *iré* del tercer verso de la redondilla, porque nosotros francamente no lo comprendemos como no sea por el firme propósito que manifiesta haber hecho el autor de truncar el órden de las ideas con la mala sintáxis y poner en circulacion el abundante caudal de ripios que atesora.

Véase cómo los mismos Colon y Gonzalo siguen explicándose:

GONZALO.

Por vida mia,
Quien aquí tanto sufrió
Y años sin cuento esperó,
Bien puede esperar un dia...
Un dia mas no os expone
A nada, y ¿quién sabe?...

COLON.

Sé...

GONZALO.

Si ese dia será el que
Vuestra esperanza corone.

Y mas adelante :

COLON.

¡Gonzalo!

GONZALO.

Dejadme hacer.
Yo juntaré á mis parientes
Y darán, *que son pudientes*,
Cuanto fuere menester.

Dígasenos, á vista de lo que llevamos copiado, si en la versificacion de *Isabel la Católica* puede ser mas constante y estrecho el consorcio del prosaismo y la impropiedad. Pero aun pudiera decírsenos que despues de haber rebuscado versos aislados, vamos rebuscando trozos de diálogo en que la incorreccion nos permita hincar el diente, dando á entender con esto que no podemos encontrar lunares sin recorrer á salto de pulga todas las partes del cuerpo. Para dar un tapa-bocas á los que tal digan, trasladarémos aquí un trozo de versificacion mas largo que los que hemos copiado, tomado de cualquier escena, porque eso nos es indiferente, y harémos ver que lo que ellos llaman lunares, no son lunares, sino una mancha que cubre las cuatro quintas partes de la superficie. Nosotros tenemos que leer y releer mucho los versos del señor Rubí para hallar algo que no sea digno de censura, ya que no merezca alabanza, y los que hagan lo contrario trabajarán tan inútilmente, como los que se empeñen en mostrar el color dominante de un pañuelo cuyas cenefas formando un laberinto abigarrado, reduzcan á su última expre-

sion las dimensiones del fondo. Vamos á cumplir la promesa, y para ello elegirémos la escena tercera del cuarto cuadro; eleccion que para nadie debe ser sospechosa, porque las personas que hablan en ella son nada ménos que la Reina y Gonzalo; y vamos á hacernos cargo de los versos con que el señor Rubi, por boca de *Isabel la Católica*, ensalza las bellezas del campo de Granada, lo que tampoco debe ser sospechoso, en cuanto á lo primero, por ser una descripcion que no hace falta á la marcha de la accion y por lo mismo revela pretensiones de poesía lírica; en cuanto á lo segundo, porque cuando el señor Rubí ha hecho la pintura de Granada se supone que ha debido apurar los mejores colores de su paleta, y sobre todo por el personaje á quien hace intérprete de sus inspiraciones. La escena es como sigue:

REINA. — GONZALO.

GONZALO.

Señora, que os guarde el cielo.

REINA.

Adios, capitan bizarro.

GONZALO.

¿Qué mirais con tanto anhelo?

REINA.

Ese tapizado suelo
De las orillas del Darro.

Pasemos por alto el primer verso, á pesar de su trivialidad; pero permítasenos decir al señor Rubí que la contestacion de *Isabel* mas es contestacion de una manola que de una reina. Cualquiera que se hubiera pro-

puesto presentar á *Isabel la Católica* como una mujer terne, es decir, de rompe y rasga, en fin, una reina bacanal, la habria caracterizado dignamente en la francota y jacaresca respuesta de: «Adios, capitan bizarro,» que equivale á decir: «Abur mozo cruo.» — *¿Qué mirais can tanto* anhelo? continúa el capitan bizarro.

Pregunta singular, decimos nosotros, porque bien singular es que Gonzalo pregunte á la reina qué es lo que mira en el momento en que le está mirando á él. Lo que en este caso debia preguntar Gonzalo era *¿qué mirabais?* y aun así tendriamos nosotros razon para replicar al señor Rubí: ¿Y qué derecho tenia Gonzalo para preguntar á la reina lo que miraba ó dejaba de mirar? Porque no lo dude el autor, la pregunta de Gonzalo es impropia en todos sentidos: impropia por superflua, pues mirase la reina lo que mirase, maldito lo que le importaba á Gonzalo; impropia además por desatenta, porque aunque nosotros no hemos estudiado la etiqueta cortesana, comprendemos lo inverosímil de esa llaneza con que un súbdito se atreve á interpelar á su reina. Así es que por mucho que nos sorprenda la pregunta, nos sorprende mas la respuesta; pues mas que cargada de razon estaba *Isabel la Católica* para responder, siguiendo el tono del diálogo con que habia empezado la escena: *¿Qué miro con tanto anhelo?* — *Lo que me da la real gana.*

Prosigue la reina:

¡Prados de perpetuo abril!
¡Qué mágica variedad!
Allá la palma gentil
Juega en dulce vaguedad
Con el ambiente sutil.

Y ciertamente, los prados podrian ofrecer una varie-

dad soberanamente mágica; pero es mas mágica la vulgaridad de la quintilla que acabamos de copiar : parece una quintilla de piés forzados en que dadas las palabras *abril*, *variedad*, *gentil*, *vaguedad* y *sutil*, se ha encargado el señor Rubi de intercalar prosáicamente algunas sílabas para construir versos respecto de la medida, y á salga lo que saliera en lo concerniente á la idea. Solo así puede explicarse que el señor Rubí haga jugar á la palma con el ambiente y no al ambiente con la palma, en el caso de que esta y aquel pudiesen entretenerse jugando; pues debe saber el señor Rubí que el ambiente es un aire demasiado suave para jugar con la palma de modo que pudiera la reina observarlo desde su ventana; y eso siendo ambiente sin la cualidad de sutil que le aplica el escritor, porque entónces la potencia del ambiente seria casi negativa y la ciencia no ha descubierto aun instrumentos capaces de hacer perceptibles los juegos de dos cuerpos tales que al uno le falte la fuerza y al otro la movilidad. Por lo que hace al adjetivo *dulce*, aplicado á la vaguedad, confesamos nuestra torpeza y decimos ingenuamente, que si no es un ripio puesto á propósito, no comprendemos su objeto.

Pero veamos como sigue la reina su descripcion de los campos de Granada :

En trenzas mil desatados
Arroyos aquí parleros :
Cipreses allá y granados
Y bosques de perfumados
Naranjos y limoneros.

La primera idea que se nos ocurre al leer esta quintilla es la de gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones : ¡ A cuatro cuartos, naranjas y limones..... baratos!!! Despues se nos ocurre que hay poca lógica en

las metáforas, lo que prueba que el señor Rubí no es poeta y que se esfuerza inútilmente por parecerlo, pues no alcanzamos á comprender qué relacion tiene la cualidad de parleròs que se atribuye á los arroyos con las trenzas en que se desatan. Vemos tambien la violencia del consonante en llamar parleros à los arroyos, porque si los poetas les han llamado murmuradores, no es en el sentido de que murmuren como las personas, hablando mal del prójimo, sino en el de hacer rumor, esto es « ruido blando, suave, de poco sonido.» Se nos ocurre tambien advertir al señor Rubí, que hay falta de verdad en llamar perfumados á los naranjos y limoneros, porque siendo ellos los que dan el perfume, mas bien que perfumados son perfumadores. Y se nos ocurre por fin, que la quintilla es eminentemente prosáica sin que la sirva de disculpa decir que se ha tratado de escribir con llaneza y lisura, porque nada tienen que ver lo liso y llano con lo pueril y tosco.

Y continúa la reina :

Do quiera la vista gira
A lo léjos, contrastada
Halla la tierra que mira...
El fuego de Sierra-Elvira
Lo apaga Sierra-Nevada.

¿Con qué la vista gira á lo léjos? Aviso á los que tanto se calabacean en averiguar las propiedades del órgano de la vision. ¿Con qué la vista girando á lo léjos halla contrastada la tierra? ¡ Buen ver es ! Nosotros comprendemos que la tierra ofrezca contrastes por sus montes y llanuras, eminencias y precipicios; pero no por eso creemos que se pueda decir que la tierra está contrastada. Esto y lo de girar la vista á lo léjos son cosas incomprehensibles para los que pensamos que el

vuelo de la imaginacion tiene sus límites dentro de la órbita del buen sentido y que no confundimos por lo tanto las licencias poéticas con el libertinaje fantástico.

Apostariamos algo bueno á que los tres versos en que el señor Rubí ha ingerido dos impropiedades no tienen mas objeto que el de lucir despues el desventurado retruécano de Sierra-Elvira y Sierra-Nevada, donde debemos notar tambien que el escritor no ha sabido explicar su pensamiento, pues la primera idea que viene á las mientes del que no ha visto á Sierra-Elvira, es la de que en esta sierra hay volcanes y que Sierra-Nevada los apaga con algunas remesas de avalanchas.

Como si lo dicho no fuera bastante, continúa la reina Isabel :

Sobre esta, nubes de oscuro
Amarillento color :
Sobre aquella, el grato albor
De ese cielo encantador
Como ningun cielo puro.

Tres consonantes seguidos capaces de atronar las orejas al mismo Vulcano, que las tiene á prueba de martillo.

Y dice la reina :

¡Oh ! comprendo la obstinada
Defensa ruda, mortal
De los moros ; que es Granada
Una ciudad extremada
Un paraiso oriental.

Toda la vida, desde Priamo hasta Cabrera, y desde el sitio de Troya al de Morella, la calificacion de *mortal* se ha dado al acto del ataque y no al valor de la de-

fensa. Se dice, por ejemplo, que Aquiles daba golpes *mortales* á Hector, pero no se dice que Hector se defendia *mortalmente*; porque hacer una defensa mortal, es hacer una defensa débil, miserable: por eso los historiadores, hablando con propiedad, dicen: la inmortal defensa de Numancia, la defensa inmortal de Zaragoza, y no la *mortal* defensa de los zaragozanos y de los Numantinos.

No satisfecho el señor Rubí con calificar de mortal la inmortal defensa de los moros, llama á Granada ciudad extremada, y nosotros preguntamos: ¿En qué es extremada? ¿En el lujo? ¿en la belleza? ¿en el vicio? Porque el epiteto de extremada aplicado de un modo tan vago, no quiere decir nada en nuestro concepto.

«¿Has visto nada mas bello?»

Así concluye la reina, y contesta Gonzalo:

Para moros... en rigor
Cierto que es encantador;
Mas para vos *todo ello*
Aun pudiera ser mejor.

Reflexion originalísima por cierto la del capitan bizarro: para los moros todo es bueno, que es como quien dice: para mi padre basta mi madre. No dirémos nada de ripios, aunque hay un *rigor* que merecia la pena de ser tratado con todo *rigor;* pero concédasenos el desahogo de decir que la quintilla que acabamos de copiar, es la quintilla por excelencia prosáica del drama prosáico por excelencia. ¡Qué versos, señor conde y vizconde! ¡Qué versos! ¡Qué faltas de energía, de gala, de diccion y de buen gusto!..... *Todo ello* es malo, muy malo; pero la maldad de que adolece *todo ello* consiste en ser malas, muy malas las partes que constituyen el

todo. Por eso hemos hecho las indicaciones que ha visto V. E., y por eso al ver el último verso del capitan bizarro

« Aun pudiera ser mejor. »

añadimos que esto mas que una galantería es una pergorullada con ribetes de broma; porque, en efecto, por muy bello que fuera á los ojos de Isabel la Católica el contraste de los naranjos y limonéros, aun pudiera ó podria ser mucho mejor. Y no solo podria ser mejor *todo ello* para la reina católica, sino para cualquiera otra persona de mas humilde esfera. Es claro : V. E. habrá visto muchas cosas malas que podrian ser buenas, y muchas cosas buenas que podrian ser mejores; porque el último término de la perfectibilidad se pierde en el infinito, como el de toda progresion creciente... Resulta de todo esto, que á la palabra *pudiera*, empleada á guisa de pulla, hubiera sustituido la de *debiera*, cualquier escritor mas iniciado que el señor Rubí en los secretos de la lengua. Esta sustitucion no impediria, sin embargo, que la forma de la quintilla destilase languidez y pobreza por todos sus poros. . . . .

Veamos si el señor Rubí es mas feliz en la gramática que en el arte de hacer versos.

¿Quiere V. E. ver cómo el señor Rubí convierte en activos los verbos neutros? Pues lea V. E. estos versos que Isabel la Católica dice á su caro esposo D. Fernando.

Sano ejemplo tendrán nuestros vasallos
Porque sus pasos nuestros pasos guian.

Y entre paréntesis, dificilillo es saber aquí quien guia á quien, si los pasos de los reyes á los de los vasa-

llos ó á la inversa; pero hagamos la vista gorda y prosigamos:

Y con él conquistamos el derecho
De enmudecer á la falaz malicia.

Se ve que el señor Rubí ha dicho eso de enmudecer en el sentido de obligar á callar; pero tambien se ve que no lo ha dicho en regla, porque lo que Isabel podia proponerse no era *enmudecer*, sino *hacer enmudecer* á la malicia, y de consiguiente se ve que el señor Rubí ha trabajado los verbos en el laboratorio de su entendimiento, dándoles una elasticidad digna de mejor suerte.

Vea V. E. cómo se expresa Andrés Cabrera, que Cabrera habia de llamarse para fusilar de este modo á la lengua castellana:

¡Defended á la reina! ¡Aquí, soldados!
Esas puertas cerrad... y *al que* primero
Se acerque á su dintel, *caiga* sin vida.

Que caiga el que se acerque, lo diria cualquier aficionado á la gramática, pero que *al que* se acerque *caiga*, solamente lo dice el señor Rubí, que pareciéndole poco eso de barajar los verbos activos y neutros, prueba que sabe confundir tambien el acusativo con el nominativo.

Vea V. E. estos cuatro renglones que Colon tiene la desfachatez de espetar á la reina:

Pues que henchis de aliento ahora
Mi esperanza, á vuestra Alteza
A hablar voy con la franqueza
Que *exigis* de mí, señora.

Donde van barajados los tratamientos de *vos* y de *Al-*

teza, para que V. E. no se extrañe si alguna vez encuentra quien le dé el *excelencia* y el *usted* á un mismo tiempo.

Vea V. E. cómo se explica el rey D. Fernando al saber la vuelta de Colon :

Mas ya que os cuidais tanto de la gloria
De mi corona de Aragon y nuevas
Tan gratas hoy me dais, á la vez mia
Otras os quiero dar......

Donde tambien falta la propiedad, porque, como V. E. sabrá muy bien, eso de cambiar el modismo de *á mi vez* en el de *á la vez mia* no está autorizado por el ministerio del ramo en lo relativo al servicio de la lengua castellana.

Vea V. E. como Isabel la Católica dice al célebre genovés :

Habla, Colon, que en tan supremo dia
Están *mis reinos* de tu voz *pendiente.*

Y así verá que, no satisfecho el señor Rubí con equivocar los verbos activos con los neutros, y los casos acusativos con los nominativos, nos da á entender que tambien sabe confundir los singulares con los plurales. Dirá el señor Rubí que el consonante le obligaba á decir *pendiente* y no *pendientes* como la gramática exigia; pero le contestarémos nosotros que cuando no se puede ó no se sabe decir las cosas en verso, se dicen en prosa, porque no es justo ni razonable subordinar los fueros de la lengua á los caprichos de la rima. Además de que todo estaba remediado con decir:

Está *mi reino* de tu voz pendiente.

Vea V. E., en fin, como Colon enumerando las cosas

que vió en el otro mundo, y parodiando lo que vió D. Simplicio en la luna, dice:

> Y allí teneis y tienen las Españas
> A la orilla del mar, para cogerlas,
> En rocas de coral bancos de perlas.

Y notará V. E. que el verbo *cogerlas* no se refiere á las perlas, sino á los bancos, lo que puede pasar por una legítima concordancia vizcaína, como la de pavos gordas y gallinas flacos, de modo que despues de tantas travesuras lengüísticas, se descuelga el señor Rubí equivocando el género masculino con el femenino.

Ahora bien: demostrado que el señor Rubí no ha dejado hueso sano á la lengua, descargando su inexorable varapalo en casi todas las partes de la oracion, queda consignado que los conocimientos gramaticales del señor Rubí corren parejas con los versos de *Isabel la Católica.*

¿Será, pues, la riqueza de la rima lo que le ha encantado á V. E.? No lo creemos, porque este es precisamente el lado mas vulnerable del autor de *Isabel la Católica*, y para probarlo nos basta observar que tiene un cierto número de palabras de las que no sabe separarse, como *ahora*, que para el señor Rubí es el indispensable consonante de señora; de tal manera que cuando asistimos á una de sus comedias, tan pronto como oimos decir *señora*, aunque la cosa debiera suceder *luego*, sabemos que ha de suceder *ahora*, y, al revés, cuando oimos decir *ahora*, aunque los personajes que dialogan sean machos, esperamos que el uno llame al otro *señora*. Pondrémos, por si queda alguna duda, un estado de las veces que en *Isabel la Católica* se nota la falta que criticamos.

CUADRO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ.

Es verdad, es verdad ; ¡pero *señora*!
Aun no habeis advertido.....
¡Mirad á Pimentel!.....

REINA.

Si, se ha dormido,
Soñará con los ángeles *ahora*.

En la misma escena :

PIMENTEL.

Es vuestra voluntad..... bueno, *señora*,
Yo mis pruebas haré, y el cielo quiera
Que os agraden.

REINA.

Probemos desde *ahora*.

En la escena sexta del mismo cuadro :

REINA.

Id y que anuncien *ahora*
Este acuerdo á la ciudad.

CARDENAL.

Lo anunciaré así : mirad
Antes si os place, *señora*.....

En la escena diez del cuadro segundo :

BEATRIZ.

Hasta *ahora*
Hablaste como un amante,
Hablar pudiera delante
De su adorada *señora*.

En la misma escena:

GONZALO.

Saldrémos al campo *ahora*,
Esta es mi opinion, *señora*.

En la escena primera del cuarto cuadro:

REINA.

¿Y ha de ser *ahora?*

BEATRIZ.

Eso pretende, *señora*.

En la tercera del mismo:

GONZALO.

Porque de pensarlo así
Años ha que yo *señora*
Pruebas sin réplica os dí,
Y no dudaréis *ahora*....

En la séptima escena de *idem*:

COLON.

Señora,
El favor que alcanzo *ahora*....

En la misma escena:

Pues que henchis de aliento *ahora*, etc.

Esta redondilla la hemos copiado anteriormente, criticándola bajo otro concepto.

En la misma escena dice el mismo Colon:

Ahora
¿Quereis que os hable, *señora?*....

. . . .

No es por consiguiente la riqueza de la rima lo que ha provocado el entusiasmo de la córte.

Tal vez consiste el mérito de este drama en la parte geográfica, que es lo que vamos á examinar, aunque muy ligeramente.

Oigamos á Colon en la famosa escena séptima del cuarto cuadro :

Dicen qué esto solo encierra
El globo, y *dan bien contados*
Trescientos sesenta grados
Al ámbito de la tierra.

Nosotros preguntamos, ¿quién es ese majo que *da* y sobre todo que *da bien contados* los trescientos sesenta grados al ámbito de la tierra ? ¿No sabe el señor Rubí que eso de dividir la circunferencia del círculo en 360° es convencional, como podria serlo el haberla dividido en cuatrocientos ó mil? Ahora bien, ¿qué idea tiene el señor Rubí de los grados de una circunferencia, cuando para hacer aplicacion al ámbito de la tierra necesita *contarlos?* ¿Por ventura, el mayor ó el menor diámetro de un círculo, hace que varie el número, aunque convencional, de los grados en que se considera dividida su circunferencia? ¿La teoría de un círculo no es igual para todos los círculos, como la de un triángulo equilátero para todos los triángulos equiláteros? Creemos con sobrado fundamento que el señor Rubí no tiene una idea muy clara de lo que son grados en el lenguaje de la ciencia, porque á tenerla, hubiera dicho que la tierra se consideraba dividida en trescientos sesenta grados, y no habria cometido la doble pifia de *darlos*, y de tener que contarlos. Prosigue Colon :

Pero resulta medida
Segun las leyes del arte.....

Hasta ahora, solo el autor de *Isabel la Católica* tiene el privilegio de haber llamado *arte* á las matemáticas. Nosotros podemos asegurar al señor Rubí que lo que él llama *arte*, es *ciencia*, y no así como se quiera, sino que es la ciencia madre, la ciencia de las ciencias. Debemos hacer estas observaciones. para evitar que el señor Rubí ó alguno de sus imitadores se descuelguen un dia con la desatenta gracia de llamar artistas á MM. Arago, Newton, Galileo, Arquímedes y otros por el estilo.

Habla luego Colon de la redondez de la tierra, y dice:

« Porque es redonda y cabal... »

en cuyo verso hay un gran error científico y un gran ripio: el error consiste en decir que es redonda la tierra, y si Colon ignoraba el aplastamiento de los polos, el señor Rubí ha debido ocultar lo que ignoraba Colon, como tiene buen cuidado de no decir que á este se le pusieron grillos reinando Isabel la Católica, y que en el reinado de esta señora se estableció la Inquisicion. Esto es natural, tratando de hacer interesante el papel de la reina Católica, como lo seria el ocultar ú omitir los deslices científicos de Colon, si es que Colon pudo cometer los deslices científicos que le cuelga el señor Rubí, lo que se nos figura imposible. A bien que, para enmendar estas faltas, el autor del drama atribuye á Colon el descubrimiento de las leyes que rigen á nuestro planeta, haciéndole decir cosas que ignoraron los hombres hasta que Copérnico, algo posterior á Colon y Galileo, bastante posterior á Copérnico; tuvieron la

bondad de indicarlas y determinarlas. Continuando ahora en el exámen de la redondilla que nos iba ocupando, vemos que el señor Rubí dice que la tierra es *cabal*. ¿Qué habrá querido decir el señor Rubí? ¿Quiere decir que la tierra es cabal, porque es redonda? Nosotros creemos que la tierra seria cabal, aunque fuese de forma piramidal ó cilíndrica; porque si el todo es el conjunto de partes, ó en otros términos, si el conjunto de partes equivale al todo, la tierra debe ser cabal, cualquiera que sea su figura, puesto que no la falta ninguna de las partes que constituyen el todo ó conjunto. ¿Lo dirá el señor Rubí por el tamaño? Esto se pareceria á lo que hizo cierto empleado de la Aduana de Madrid, que para despachar á un sujeto que queria sacar dos fardos grandes y uno pequeño, lo que equivalia á tres fardos ó bultos, escribió: « Permítase la salida, á D. Fulano de Tal, con dos bultos y *medio*. » Tan difícil seria averiguar lo que el tal empleado entendia por bultos y medios bultos, como lo que el señor Rubí ha querido expresar al decir que la tierra es *cabal*. Esto no puede pasar sino como ripio, pero ripio grande, soberano, inmenso, principio y fin, *non plus ultra* de todos los ripios. Pero allá va eso:

« Porque es redonda y *cabal*
¡Seguro!... si no lo fuera,
Turbaria de la esfera
El concierto universal. »

De modo que, segun la teoría del señor Rubí, para que el concierto universal no se interrumpa, es preciso que todos los astros sean bolas de billar, lo que no podia caber en la cabeza de Colon, á quien todavía se hace decir:

Pues bien; siendo así, veamos
Si de hallar la tierra hay trazas. .

¿Qué tierra? preguntamos nosotros, y lo decimos, porque si Colon hubiera dicho que se proponia encontrar la tierra en vez de decir que se proponia encontrar una parte de la tierra, hubiera sido lo mismo que decir que habia habitado muchos años el globo sin encontrar el globo en que habitaba, lo que mas que de loco le habria valido, y con razon, el epiteto de insensato.

No extrañamos que Isabel la Católica, despues de oir tales cosas concluya diciendo que no ha entendido una palabra: extrañamos solo que la buena señora que, como hemos dicho ántes, viene á ser una segunda edicion del D. Gerónimo en el *Médico á palos*, se llene de admiracion oyendo lo que no entiende.

Tambien es digno de notarse, aunque esto no pertenece á la cuestion geográfica que vamos examinando, este trocito de diálogo:

REINA.

¿Cuánto necesitarás
En tu empresa por *ahora?*

COLON.

Un cuento, á lo mas, *señora,*
De maravedis.

REINA.

¿No mas?
¡Calla! .. ¿no mas? ¡me consuelas!
Y... podrás ir?...

COLON.

Y volver.

Mire V. E., señor conde y vizconde, que la respuesta de Colon tiene tres pares de perendengues. ¡Pues qué!

cualquiera que hace un viaje ¿no cuenta con el presupuesto de gastos para ida y vuelta? ¿Por ventura Colon se habia de quedar allá? Esto es tan chusco como es chocante el que la reina, para apreciar el genio del ilustre genovés, necesitara la recomendacion de un lego, dando á la voz de un supuesto amor el crédito que no habia querido dar al voto de algunos inteligentes, en lo que se amengua, con notable detrimento de la verdad histórica, la gloria que cupo á Isabel la Católica por su cooperacion en la empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero terminarémos, para no ser molestos, el exámen de la parte geográfica, copiando estas palabras, que dice el señor Rubí por boca de Colon:

¡Oh, Dios!... tú entónces comprendiste solo
Mi arrebatada, férvida alegría! . . . .
¡Por fin llegó de caminar de un polo
Al otro polo el suspirado dia!

Prescindamos ahora de lo prosáico de la octava y del ripio soberano con que el señor Rubí, para satisfacer al consonante en *olo*, nos hace caminar á Colon sin *baldon ni dolo*; pero de lo que no podemos prescindir es de que se diga que Colon halló el camino para viajar del uno al otro polo. ¿Sabe el señor Rubí que Colon hizo el viaje caminando por entre los polos, y no del uno al otro polo? Para ir de Zaragoza á Jaca, ó *vice versa*, hay alguna necesidad de pasar por los cabos de Creus ó Finisterre? El camino de hierro que se está haciendo de Madrid á Aranjuez ¿podrá servir para trasladarse de Carabanchel á Alcobendas? Esto, señor conde y vizconde, es lamentable, como V. E. puede comprender, y mas lamentable aun, que todo ello haya sido, no dirémos aplaudido, sino tolerado en la lectura de palacio

donde habia un ministro de la Gobernacion y otro de Estado, que deben saber matemáticas, puesto que deben saber geografía, un ministro de Gracia y Justicia que, como hombre de carrera, debe tambien saber matemáticas, base de todos los conocimientos humanos; un ministro de la Guerra que, segun dicen, ha sido militar, y que por lo tanto debe saber matemáticas tambien; un presidente del Consejo, que tambien debe saber matemáticas, porque es militar; un ministro de Marina, que necèsita saber matemáticas, si ha de ser un mediano contramaestre; un ministro de Hacienda, que tambien debe saber matemáticas, como hombre de guarismos, y finalmente un ministro de Instruccion pública, que por hallarse al frente de la pública instruccion, debe saber mas que todos.

. . . .

Seria el cuento de nunca acabar, señor conde y vizconde, si fuesemos á recorrer una por una todas las faltas que bajo todos conceptos se observan en el drama del señor Rubí. Podriamos estar escribiendo.... muchos años, si nos detuvieramos á analizar muchos versos como estos :

. . . . Al Africa abrasada
Con los mios iré y mis penas graves;

muchos rasgos como este :

. . . . Segovia de rodillas
Ante la reina de las dos Castillas.

que, como V. E. conoce, raya en lo maravilloso, sobre todo si habia de arrodillarse tambien el acueducto que debia tener ya en tiempo de Isabel la Católica bastante duros los huesos y entorpecidas las articulaciones; ó

en fin, si fueramos á desmenuzar muchos contrasentidos, como los que se encierran en estos versos que ya hemos citado otra vez :

Y allí teneis y tienen las Españas
A la orilla del mar, *para cogerlas*,
En rocas de coral, *bancos de perlas*.

donde se da á entender que si la reina y las Españas tenian perlas, era con la obligacion de cogerlas; de modo que no siendo para cogerlas, ni la reina ni las Españas podian contar con las susodichas perlas. Esto corre parejas con aquello de decir Colon que trae joyas de *valimiento*, en vez de decir, joyas de valor ó valía ; pues sabe V. E. que la palabra valimiento expresa el valor moral mas bien que el intrínseco de las cosas, como cuando se habla del valimiento de un personaje en la córte, que, seguramente, no se trata de las pesetas que vale el sugeto, sino del favor que disfruta.

En vista de este racimo de defectos que, con el título de *Isabel la Católica*, ha valido al señor Rubí tantas distinciones y premios, permítanos V. E., señor conde y vizconde, que le hagamos una pregunta: El drama que el señor Rubí leyó á la reina, á V. E. y á los demás ministros, ¿es el mismo que se ha representado en el Teatro Español? Otra pregunta : ¿No podria suceder que el señor Rubí hubiera escrito dos dramas con el mismo título, uno malo para darlo al público, que será el que criticamos, y otro bueno para leerlo en palacio, que será el que le ha valido la proteccion de V. E.? Indudablemente hemos dado en el *quid*. Sí por cierto : el señor Rubí habrá escrito dos dramas, uno para leerlo en palacio y otro para presentarlo al Teatro Español, en cuyo caso comprendemos que V. E. y sus cólegas habrán tenido razon premiando una obra buena, así como V. E. y sus

cólegas comprenderán que tambien tenemos razon nosotros criticando una obra mala. Por consiguiente, unos y otros debemos concluir respetándonos mutuamente : V. E. y sus compañeros estimarán nuestra censura, considerando que no se trata del drama leido en palacio, que tal vez es magnífico; nosotros darémos por bien empleados los premios tributados al señor Rubí, en atencion á que dichos premios no han recaido en el drama representado en el Teatro Español, que es detestable. »

---

[1] Los fragmentos que he citado de la carta dirigida al conde de San Luis pueden dar á mis lectores una idea aproximada no solo de la obra á que la carta se referia, sino de todas las obras del autor. En efecto, para juzgar al señor Rubí, basta leer cualquiera de sus dramas; en todos hay los mismos defectos de lenguaje, porque el señor Rubí es de aquellos hombres condenados á desconocer toda su vida la lengua en que escriben; en todos hay malos versos, por la sencilla razon de que el autor es incapaz de hacerlos mejores; en todos se nota una completa ignorancia en todos los ramos del saber; porque el señor Rubí no ha estudiado, y excusado es demostrar que en punto á ciencia, el que estudia poco sabe poco, y el que no estudia nada, todo lo ignora.

Pero aun miraria yo con alguna indulgencia los defectos que nacen de la falta de instruccion, si encontrase en las obras del señor Rubí alguna muestra de talento natural, siquiera una pizca de esa imaginacion

traviesa de los hijos de Andalucía. Hay obras en que la erudicion suple al estilo, y hay autores en quienes el estilo suple á la inspiracion. En las bellas letras como en todo lo que entra bajo el dominio del arte, en la mas elevada acepcion de esta palabra, se necesita todo; es preciso que haya fondo y forma; de modo que un escritor de gran talento valdria poco, si no se recomendaba al mismo tiempo por el estilo, y un escritor de estilo..... pero yo no concibo el estilo sin el talento. Ahora bien, el señor Rubí no solo carece de inspiracion, sino de estilo; no solo carece de inspiracion y de estilo, sino de instruccion. ¿Cómo, pues, este escritor ha sido aplaudido por el público, y rivalizado en fama con nuestros mejores poetas? No tengo tiempo para explicarlo, ni creo que el asunto lo merece. Solo diré para concluir, que el señor Rubí tan mimado, tan aplaudido como poeta, es sin disputa el rimador mas prosáico y el escritor mas incorrecto de nuestro siglo.

D. MODESTO DE LAFUENTE.

Antes de explanar mi opinion respecto á las dotes literarias de D. Modesto de Lafuente, quiero copiar uno de los artículos de costumbres de este distinguido escritor, ménos profundo tal vez, pero no ménos festivo y observador que el célebre Larra. Mis lectores no llevarán á mal, ántes al contrario agradecerán que yo inserte aquí esta bellísima produccion del popular Fray Gerundio.

UN PAR DE APUNTES.

Antiguos compinches eran,
Amigos desde la infancia,
Don Nazario Torvo-rostro
Y don Cenon Severo Mala-facha.
Mil bromas corrieron juntos
Y cual buenos camaradas
En los azares del uno
Nunca el otro dejó de tomar cartas.
Y aunque no eran militares,
Ni eran sus lances batallas,
No se cuenta ni uno solo
En que no se cruzasen las espadas.

Y no eran pocas por cierto
Las que siempre en medio andaban,
Cartas lo ménos cuarenta,
Treinta y una lo ménos las espadas.
Que á estas cartas y no á epístolas,
Los dos héroes de mi fábula,
Y á espadas y no á las bélicas
Mostraron siempre la aficion mas bárbara.
Su carrera eran los naipes,
Su biblioteca barajas,
Sus cátedras los garitos,
Y sus bancos de cambio eran las bancas.
Y no hay que pensar que fuesen
Hombres de baja prosapia,
Torvo-rostro, hidalgo rico,
Y heredó pingües bienes Mala-facha.
Heredero de dos montes
Don Nazario por su casa,
En un monte los dos montes
Se fueron sin quedarle ni una rama.
A don Cenon le dejó
Sin viñas un tres de espadas,
Un olivar el as de oros
Y el dos de copas le costó dos casas.
Así quedaron escuetos
Mis dos padres de la patria,
Que no eran, no, diputados...
Mas eran padres de familias largas.
Por cierto que era muy linda
La esposa de Mala-facha,
Porque siempre al mas ruin puerco
La bellota mejor se le depara.
Era la de Torvo-rostro
De un genio como una malva,
Dulce cuanto era la otra
Resuelta y varonil, de rompe y rasga.
Reconvenia la una
Con prudencia y con templanza,

Con fortaleza la otra
Si bien no sin justicia la cuitada.
Así las cuatro virtudes,
Que cardinales se llaman,
Entre las dos reunian
Y á fe que les hicieran buena falta.
Porque eran sus dos adjuntos
Tres enemigos del alma,
Eran los siete pecados,.
Eran dos jugadores y esto basta.
Eran socios fundadores
De una sociedad *non sancta*,
Que en recóndita bohardilla
Celebra sus sesiones ordinarias.
Nos enseñan que el infierno
Está en las regiones bajas,
Respeto la fe, mas pienso
Que hay infiernos tambien en partes altas
Que si en los infiernos bajos
Maldicen á Dios las almas,
En los altos no se estila
Quedar sin maldicion santo ni santa.
Sobre si á la sota en puerta
Le atisbó alguno la pata,
¡Poder de Dios, y qué cisco
¡Se armó en el gazapon! ¡qué grèsca y zambra
Echase á rodar la mesa,
El candelero se apaga,
Y ya no juegan los naipes
Que juegan sillas, puños y navajas.
Y dichoso el que en su cuerpo
No saca alguna mojada,
O un cardenal en un brazo,
O bien un par de chirlos en la cara.
A esta cátedra asistian
Torvo-rostro y Mala-facha,
Que no eran apuntes flojos,
Sino de los de suertes temerarias.

Mas con suerte tan inicua
Que si izquierdas apuntaban,
Derechas se daban todas,
Si apuntaban mayor, menor se daba.
Si jugaban á judías,
Convertíanse en cristianas,
Si acertaban un elijan
Un entrés ó un albur los expoliaban.
Así andaban de lucidos
Siempre los dos camaradas,
Sin una amarilla siempre,
Como siempre tambien sin una blanca.

Al llegar aquí acaeció una cosa muy rara y muy singular, y fué que todo lo referido hasta la presente sucedió en verso; mas lo que aconteció despues se verificó en prosa; cuya extraña novedad la atribuyen los críticos al poco tiempo que tuvo el historiador para hacer la relacion de los sucesos.

Acaeció, pues, por aquel entónces, que en casa de doña Clarita Alegre, que así se llamaba la esposa de Torvorostro, todos los dias se representaba la ópera de la *Gazza-Ladra*, no porque trabajase en ella ninguna compañía lírica, sino porque andaba una *Urraca ladrona* que le iba escondiendo los cubiertos de plata con la mayor destreza del mundo. Esta *Urraca* no era pájara sino pájaro; era su marido que no le dejaba cubierto á vida para malvenderlos y jugarlos en el gazapon.

Al propio tiempo, en la de doña Prudencia, que este era el nombre de la mujer de Mala-facha, tenia lugar una emigracion horrorosa. Iba á decir que aquello presentaba un cuadro digno de lástima, pero realmente la casa de doña Prudencia no presentaba ningun cuadro, porque los cuadros eran los que emigraban todos de las paredes. La casa parecia un convento suprimido, y su

marido un comisionado de Amortizacion. Mas santos huyeron de aquella casa, que huyeron de Roma en las persecuciones de Diocleciano y Maximiano. En fin, llegó el caso de desaparecer tambien la señora y los hijos; es decir, la señora y los hijos no desaparecieron, lo que desapareció fué el cuadro de los retratos de toda la familia. Excusado creo expresar donde fué á parar todo.

Y suponiendo que todos Vds. se han trasladado con su imaginacion al garito como yo,... ¿ven Vds. esa *Cœna Domini* que habia costado á doña Prudencia seis onzas de oro, sin contar el marco? Pues ahí tienen Vds. ese hermoso cuadro de la *Cena* con que apunta Mala-facha por un doblon á un siete de copas, que salió en el *gallo*. Ganó el *gallo* el banquero, y se comió el *gallo* la *cena*. — Entrés. — Esta es la nuestra, dicen los dos héroes. — Apunta Torvo-rostro un par de cubiertos, un vestido de alepin de lana, dos abanicos, una blonda y unas pulseras. Y pone Mala-facha una santa Rita, un *Ecce-homo* y un san Juan Bautista. Y gustándole cada vez mas la carta, « cargo, » dice ántes que vuelva la baraja el banquero. « Ahí van las once mil vírgenes. »

Tasáronse en el acto en media onza, que no sale á ochavo la vírgen : vean Vds. á que precio andan las virgenes entre jugadores. — Una al cinco... dos al rey... no pudo ir; es decir, no pudo ir para los apuntes, pero sí pudo ir para el banquero, que quedó habilitado para vestir á su mujer y poner su casa á cuenta de aquel rey, que para mis dos satélites fué el rey que rabió, ó por mejor decir, los que rabiaron fueron ellos contra el rey, pero al rey poco cuidado le daba, porque la persona del rey era sagrada é inviolable, y no estaba sujeta á responsabilidad.

Torvo-rostro se quedó limpio : á Mala-facha aun le quedaba otro recurso para apuntar, á saber, el cuadro

de familia. Vino un *clijan*; le gustó, y puso la familia en diez duros al tres de oros contra el siete de espadas. Mala eleccion tuvo D. Cenon para la familia; bien que peor fué la de su mujer cuando le eligió á él. Salió el siete de espadas, que mas que siete de espadas fueron siete cuchillos de dolores que clavó en el corazon de doña Prudencia. Perdió, pues, Mala-facha, su familia; perdió dos familias á un tiempo, una en retrato, y otra que le quedaba en casa.

Expoliados ya enteramente y no teniendo que jugar, quisieron jugarse á sí mismos, pero no los admitió el banquero por mala moneda.

Con el escarmiento de aquella noche mudaron enteramente de conducta los dos amigos: emprendieron un nuevo modo de vivir; Torvo-rostro se dedicó á cultivar amistades, renovó sus antiguas relaciones, y se hizo el hombre mas atento y cumplido del mundo. Se dedicó á admitir empréstitos à estilo de ministro, es decir, pedia prestado á todos, y á ninguno pagaba. Mala-facha adoptó otro modo de conducirse: Mala-facha no importunaba á nadie, era mas caballero. Este no pedia; tomaba sin pedir siempre que encontraba ocasion. ¡Y en cuanto algarito, ya no iban diariamente, sino el dia que habian podido recoger algo.

Así continuaron en lo sucesivo mis dos apuntes con la misma vida devota y arreglada, segun refiere el historiador de quien he tomado estas memorias. ¡La última página de la historia de cada uno no se ha podido leer, porque la de Torvo-rostro está escrita en el canal, y la de Mala-facha en el estanque del Retiro, que son los dos paraderos de los románticos poetas y de los jugadores prosáicos! — *Fr. Gerundio.*

Este articulo es uno de los mas incorrectos del señor Lafuente; tiene bastantes defectos gramaticales, cosa

singular en quien tan profundamente conoce la lengua castellana; pero ¿qué importan estas pequeñas faltas al lado de tantas bellezas? Apartemos la vista de tal cual giro impropio, de tal cual frase defectuosa, y fijémosla en esa facilidad de narracion, en esa sencillez de estilo, en ese encadenamiento de ideas tan natural y lógicamente presentadas, en esa observacion de las costumbres, en esa riqueza de detalles, en esa leccion moral y, sobre todo, en esa sal epigramática que rebosa en todo el artículo. Cuando un autor tiene el poder de embelesar con tan admirable conjunto de circunstancias, acreedor es á que se miren con indulgencia sus descuidos. A los que no se puede conceder este indulto es á los que, como Rubí, siempre se expresan mal, para no decir nada bueno, ó para no decir absolutamente nada.

En este artículo ha manifestado el señor Lafuente, que no es solamente un periodista satírico, sino tambien un excelente pintor de costumbres, contra la opinion de muchos hombres sistemáticos, que solo le han creido capaz de ridiculizar á los ministros, y de muchos pedantes que le han negado hasta el talento de periodista satírico, en que ha sido una asombrosa especialidad. Voy, pues, á vindicar al señor Lafuente de los ataques que le han dirigido, no diré la injusticia y la envidia, sino la pedantería y la ignorancia.

Los grandes hombres producen siempre directa ó indirectamente algo de bueno y de malo; á veces producen ambas cosas; pero lo que no tiene duda es que siempre producen algo. Así, Larra, á quien no tengo reparo en colocar al lado de los grandes hombres, enriqueció la literatura española con sus admirables producciones, y dió lugar con su muerte á la celebridad de dos hombres que necesitaban acaso aquella triste coyuntura para llamar la atencion. Sabido es que Larra

escribió con el pseudónimo de Fígaro, de modo que Fígaro murió con Larra. La muerte de Larra produjo á Zorrilla, y la de Fígaro á Fray Gerundio, es decir, á D. Modesto de Lafuente. Digo esto, porque sin la composicion leida por Zorrilla sobre la tumba de Larra, composicion defectuosa y aun ridícula, que solo pudo alcanzar voga por las circunstancias en que se dió á conocer, probablemente Zorrilla hubiera escrito sin la voga que logró desde entónces, ó tal vez habria dejado la pluma, convencido de que no podia crearse la individualidad á que aspiraba; y sin la muerte de Larra tambien es verosímil que Fray Gerundio no hubiera tenido ánimo suficiente para salir á la palestra en que pudo presentarse sin el inconveniente de tener que luchar contra un rival formidable. He aquí explicado ya como Larra produjo algo hasta en el acto de su muerte.

Ya he manifestado mi opinion respecto de Zorrilla; poeta sin inspiracion, vacío, palabrero y pésimo hablista, con lo cual queda demostrado que la muerte de Larra produjo algo malo. En este articulo haré ver que Fray Gerundio es un escritor apreciable, bajo muchos conceptos, con lo cual quedará demostrado tambien que la muerte de Fígaro produjo algo bueno.

Efectivamente, el pueblo español que sintió vivamente la muerte de Larra, recibió con indecible placer la aparicion de Fray Gerundio: porque todos los pueblos prefieren la sátira á todos los demás géneros de literatura, no solo porque les divierte, sino porque ven en ella un freno contra las demasías de los poderosos, y un remedio á la corrupcion de las costumbres. Por eso cuando se supo que en la provincia de Leon se publicaba un periódico satírico-político, que tanta falta hacia en aquel tiempo, se despertó primero la curiosidad, y luego el interés hácia un papel que llenaba realmente

su mision con oportunidad y gracia. D. Modesto de Lafuente, viendo la favorable acogida que su periódico alcanzaba, decidió trasladarse á Madrid, con lo cual dió mayor realce á su publicacion, pues es digno de notarse que el pueblo, entre otras preocupaciones, tiene la de querer saber de donde vienen lás cosas para darlas un lugar mas ó ménos elevado en su estimacion.

Todo concurrió favorablemente á la celebridad de Fray Gerundio: en primer lugar su chiste, luego la aficion del pueblo á la sátira, despues la guerra civil, que tenia en espectativa á todos los partidos, proporcionando de parte de los unos y de los otros abundantes materiales para la crítica, y como si todo esto no fuera bastante, hubo un ministro que tuvo la ocurrencia de prender una noche á Fray Gerundio, y llevarlo en compañía de varios carlistas ¿á dónde?... á los Carabancheles.

No podia el gobierno aquel haber dispensado mayor favor á un periodista satírico, no solo porque lo hizo prender arbitrariamente, sino por el sitio á donde le condujo. Libre Fray Gerundio de la prision, tomó el título de *Fray Gerundio de Carabanchel y Campazas*; escribió muchos artículos á cual mas oportunos y graciosos sobre su rara é inexplicable persecucion, recordando los dichos y cantos populares que se refieren al punto en que habia estado preso, tales como la seguidilla de tiempo inmemorial, que dice:

A los Carabancheles
Se va la reina,
Solo porque la llamen
Carabanchela.

seguidilla que el escritor parodiaba, diciendo:

A los Carabancheles
Va Fray Gerundio,
Solo porque le llamen
Carabanchelo.

De lo cual sacaba partido diciendo, que si no consonaba bien el cantar, tampoco consonaban muy bien las prisiones arbitrarias con la constitucion del Estado, y otras cosas no ménos oportunas y llenas de intencion. El resultado fué que la tal prision produjo al señor Lafuente algunas horas de incomodidad, y á su periódico algunos miles de suscripciones. He aquí todo el daño que el ministerio hizo á un escritor cuyas críticas le importunaban, y cuya popularidad empezaba á temer. ¿Qué mas pudiera haber hecho un padre por su hijo?

Miéntras Fray Gerundio trabajaba para llamar la atencion, puede decirse que logró su objeto sin mas oposicion que la de las personas á quienes directamente censuraba; pero luego que creció su fama, empezaron á manifestarse distintos pareceres. La gente vana, esto es, la que á toda costa quiere afectar el buen tono, fingia cierto desden hácia aquella sátira que tachaba de tabernaria; el pueblo la buscaba con avidez, y los literatos seguian á la llamada gente de buen tono, cometiendo una injusticia á ciencia cierta, pues conocian sobradamente que el *Fray Gerundio* estaba redactado por una pluma maestra; pero la envidia podia en ellos mas que cualquiera otra consideracion, y aprovechaban las ocasiones de zaherir al hombre afortunado que se enriquecia con las letras, en un país dónde parece haber sido siempre la pobreza el patrimonio de los literatos.

En honor de la verdad, Fray Gerundio, que tanto favor alcanzó entre la plebe, obtuvo siempre la aprobacion de las personas instruidas y sensatas, que no tenian interés en rebajar su mérito, ni cedian á los ca-

prichos de la moda. Diré mi opinion en pocas palabras acerca de este periodista. Desde luego me atrevo á compararle con los mas estimables escritores de España, sin excluir á Fígaro, á quien supera en la prodigalidad del chiste y en la riqueza de conocimientos, aunque no llegue á él en la profundidad de miras, ni mucho ménos en la vehemencia y elevacion de las ideas. Yo encuentro dos grandes faltas en el señor Lafuente, y se las diré con franqueza, por lo mismo que me honro con su amistad. La primera es cierta ostentacion de insensibilidad, que pugna con su bondad personal característica, y es cosa bien extraña que un hombre como el señor Lafuente, dotado de las mas bellas cualidades afectivas, sacrifique á la sátira hasta los sentimientos mas naturales y puros. Para él, como escritor satírico, un entierro es igual á una boda : lo uno y lo otro se le presentan exclusivamente por el lado ridículo, porque su objeto es hacer reir, aunque sea tomando á broma lo que solamente debe inspirar el sentimiento del dolor. Una catástrofe sangrienta, una desgracia de las que solo pueden expresarse mojando la pluma en llanto, proporcionan materiales para reir, á la musa festiva de Fray Gerundio, que no mira con mas respeto los actos de clemencia, de generosidad, de pasion ó de heroismo. La otra falta del señor Lafuente consiste en que nunca se ha sabido con seguridad cuales son sus principios en política, economía, administracion y otros puntos, y así sabemos todo lo que le parecia mal, por la censura que en sus capilladas hacia de los actos del gobierno, pero nunca dijo lo que se debia sustituir á lo que censuraba. He aquí los dos grandes defectos de Fray Gerundio; pero fuera de ellos, ¡cuántos y cuán admirables recursos ha desplegado este insigne escritor! Afortunado para tratar los asuntos mas delicados con ese

tacto que necesita tener el periodista de la oposicion, si no quiere dar al traste con su empresa, tuvo el talento de hacer reir á la nacion durante muchos años á costa de los gobernantes, sin dar nunca motivo, ni aun pretexto, para una denuncia. Empleaba las personalidades que mas podian herir el amor propio, salvando maravillosamente los inconvenientes legales. Hacia sátiras, pero verdaderas sátiras, ricas de conceptos epigramáticos, de ocurrencias felices, de citas históricas en que desde luego manifestó una instruccion que no es comun entre nuestros escritores, y manejando siempre la lengua castellana con tanta soltura como maestría. En una palabra, Fray Gerundio tiene excelentes dotes, y pertenece en su género á la primera categoría de los autores contemporáneos.

Al fin, este periodista sucumbió, obedeciendo, como todas las cosas de este mundo, á la dura ley de la decadencia que sigue al apojeo. Pudo burlarse muchos años impunemente del género humano, pero empleó un dia su sátira contra el general Prim, que entónces solo era coronel, y no creo necesario referir la ocurrencia que tuvo lugar entre el señor Prim y Fray Gerundio. Solo diré que en la tal ocurrencia observo yo dos cosas sumamente raras : la primera es que si bien la personalidad empleada contra el señor Prim era por todos conceptos fea é indigna del talento de Fray Gerundio, no me sé explicar cómo el ofendido recurrió al medio que todos sabemos para vengar un agravio que podia haber mirado con la mayor indiferencia. El general Prim es uno de los caballeros mas completos que yo conozco ; bravo como los mas esforzados guerreros de Cataluña su patria, se distingue particularmente por una amabilidad de las mas delicadas, por un trato que puede llamarse aristocrático, sin dejar de ser popular, y sobre

todo por un corazon que tiene algo de virginal. Incapaz de odios ni resentimientos, está siempre dispuesto á dispensar un favor á sus enemigos, lo mismo que á sus amigos, quiero decir á los que le han ofendido, porque el señor Prim es justamente uno de los hombres que no pueden tener enemigos personales. Ahora bien, para que el general Prim se exaltase hasta el extremo de acometer en la calle al señor Lafuente, es preciso que cayese en el lazo que sin duda le tendieron hombres mas interesados que él en la ruina de Fray Gerundio. La opinion pública señaló por entónces con el dedo á ciertos literatos que no carecian de talento, pero que no tenian la fortuna de agradar al pueblo tanto como el periodista satírico que estaba en voga, y yo me inclino á creer que ellos fueron los que excitaron al general á un acto en que sin saberlo servia mas á la envidia agena que á la satisfaccion de un ultraje personal.

La otra rareza que yo encuentro en la mencionada ocurrencia, es el objeto moral que produjo. El periódico que ántes gustaba tanto, empezó á decaer, no porque el redactor tuviese ménos gracia, sino porque perdió casi todas las simpatías. El pueblo volvió la espalda al escritor, porque el pueblo, que no exige dotes literarias á los héroes, tiene el singular capricho de exigir hazañas heróicas á los escritores: por eso, sin duda, cesó aquel papel que su redactor habia sostenido con admirable talento, tino y gracia, durante tantos años, pudiendo decirse que solo con tocar el señor Prim al señor Lafuente mató á Fray Gerundio.

Mas tarde publicó el señor Lafuente otro periódico, con el título de *Teatro social*, y luego resucitó el Fray Gerundio, dando siempre muestras de su ingenio rico y fecundo; pero ya no pudo alcanzar el éxito moral ni material de su primera época. Sin embargo, un escritor

de verdadero talento tiene siempre recursos para recomendarse al público, y el señor Lafuente, que reune la instruccion al talento, debia con justicia llamar nuevamente la atencion. Dedicado hace algunos años á escribir una *Historia de España* que está publicando, ha sabido demostrar que el periodista satírico, tan celebrado por su estilo ligero y sus chistes de circunstancias, es capaz de escribir obras muy serias en el tono grave que su importancia reclama. En efecto, el señor Lafuente ha logrado como historiador los elogios que mereció como periodista; su obra es apreciable, no solo como un monumento que ha levantado á la gloria de su patria, sino como trabajo el mas concienzudo que en su género tiene la nacion española. Yo felicito al señor Lafuente, que con su reciente publicacion ha probado lo que sabe hacer un autor satírico cuando quiere dedicar su talento á obras sérias, y á los que, aunque tarde, han recompensado dignamente sus tareas, dándole entrada en la Academia española.

D. RAMON MESONERO ROMANOS.

EL CURIOSO PARLANTE.

Si fuesemos á juzgar del mérito de los literatos por sus pretensiones ó por el favor que alcanzan, diriamos que el señor Mesonero Romanos era uno de los primeros talentos de la época. ¡Qué humos! ¡Qué orgullo tan recargado y tan intolerante! Pero tambien ¡qué suerte tan incomprensible! A nadie con mas razon que á este pobre fisgon de costumbres pueden aplicarse estos versos:

> Fortuna te dé Dios, hijo,
> Que el saber poco te basta.

Empezó este escritor á darse á conocer principalmente en el periódico titulado: *El Semanario pintoresco*, de que fué á la vez propietario y redactor, y en ambos conceptos quiso protegerle la suerte que, como todas las damas frívolas y caprichosas, suele dispensar sus favores á quien ménos lo merece. ¿Bajo qué auspicios se presentó dicho señor en la palestra con el doble carácter de literato y de editor? Bajo los mas desfavorables que Vds. pueden imaginar. Como escritor de cos-

tumbres debia sostener la competencia con Larra, que llegaba entónces al apojeo de su gloria, y á pesar de la inmensa diferencia que habia entre los dos, vióse la estupenda anomalía de que los que celebraban las producciones de Larra, que era á Mesonero Romanos lo que un águila á un murciélago, recibieron tambien con beneplácito los artículos del Curioso Parlante que, lo repetimos, era á Fígaro lo que el murciélago al águila.

Esto como escritor. Como editor, la suerte le fué aun mas lisonjera. Sabido es que los editores españoles se parecen á las nubes de verano,en cuanto generalmente se presentan arrogantes, y desaparecen dando un trueno. Pues bien, el Curioso Parlante tuvo la humorada de hacerse editor de un periódico, y halló materiales para fabricar un palacio en un camino que suele conducir á un hospital.

Todavía hay que observar otra cosa para comprender el prodigio de que voy hablando, y es que el *Semanario pintoresco*, que alcanzó tan numerosa clientela, se fundó precisamente cuando acababa de morir por falta de suscritores otro periódico del mismo carácter, titulado *el Artista*, muy superior al *Semanario* y á todo lo que en su género se ha publicado luego en Madrid. Estaba, pues, decretado por la fortuna loca que el Curioso Parlante hiciese un gran negocio con su periódico y con sus artículos en un país y en un tiempo en que *el Artista* cesaba por falta de suscriciones y Larra andaba, como suele decirse, á tres ménos cuartillo.

He aquí sin duda porqué D. Ramon Mesonero Romanos formó de sí mismo una idea tan ventajosa que probablemente no cambiaria su gloria literaria por la gloria militar de Napoleon; y he aquí tambien porque, como dije al principio de este artículo, si fuesemos á

juzgar del mérito de los literatos por sus pretensiones ó por el favor que alcanzan, diriamos ¡mentira abominable! que el Curioso Parlante era uno de los primeros talentos de la época.

No, el escritor de que se trata no puede formar en primera línea ni en segunda. Si el gremio literario se organizase un dia militarmente, lo que es por mi voto no tendria el señor Mesonero Romanos ningun grado, ni entraria siquiera de soldado raso en las compañías de preferencia. Seria un fusilero cuando mas, y le aplicaria muy á menudo el rigor de la ordenanza.

Este escritor no ha hecho comedias, ni dramas, ni novelas. Solo ha publicado muchos y muy pesados artículos sobre costumbres madrileñas; porque debe advertirse que todo el estudio y toda la inspiracion del Curioso Parlante parece haberse circunscrito á la estrecha localidad de Madrid. Eso sí, confieso que en esta parte dicho señor es una especialidad. Sabe en que año se construyó cada uno de los edificios públicos y particulares, quiénes fueron los arquitectos y albañiles que los hicieron, á que personas pertenecian, pertenecieron y pertenecen, cuantos inquilinos ha tenido cada habitacion, con notas biográficas de los mismos y de todos los individuos de cada familia, en una palabra, creo que sabe hasta el número de melones que se ha consumido en Madrid desde su fundacion hasta nuestros dias; pero á esto está reducida toda la ciencia del Curioso Parlante. No tiene ni las mas ligeras nociones de arquitectura, pero podria hacer de memoria los planos de todos los edificios, monumentos y paseos de su predilecta capital; no ha visto ni por el forro la geografía, pero colocado en cualquier punto de la tierra ó del mar, iria á cierra ojos derechito á Madrid, señalando por el camino con el dedo cada casa, cada puerta, y cada una

de las colinas sobre que descansa aquella poblacion. No conoce la astronomía, no sabe la distancia que hay de la luna á la tierra, pero podria casi determinar las pulgadas que hay desde la puerta de Fuencarral, no digo yo al sol y á los planetas, sino á cada una de las estrellas fijas. En fin, no ha saludado la historia universal, ni tan siquiera la de España, pero puede dar razon de todos los hechos, de todos los acontecimientos que han ocurrido en cualquier pais y en todos los tiempos, con tal que hayan ejercido alguna influencia en la capital de España. Creo que si nuestros primeros padres hubieran nacido en Madrid, D. Ramon Mesonero Romanos guardaria aunque no fuese mas que una chorrera de la camisa de la serpiente que tentó á Eva.

Pero ¿qué significa esta ciencia, y qué provecho saca el género humano de una estadística local tan empalagosa, tan indigesta como la que ostenta en sus obras el Curioso Parlante? Lo que es para mí un hombre que sabe cosas de tan poco valor, se parece mucho á los que no saben absolutamente nada, y aun estoy por estos en atencion á que los ignorantes suelen dedicarse á ejercicios útiles, aunque mecánicos, como llevar agua á las casas, cargar con un baul á cuestas, y otras cosas que no quieren hacer los que tienen pretensiones de saber algo.

Nada diré de los artículos del Curioso Parlante en cuanto á su mérito literario. Carecen de oportunidad, de gracia, de estilo y hasta de verdad. Presentan alguna correccion de lenguaje, pero ¿es esta suficiente razon para que tengamos al señor Mesonero Romanos por un buen escritor? No por cierto; hagamos la justicia de creer que no pasa de un buen escribiente. A pesar de todo, sus artículos han gustado bastante; se han hecho de ellos diversas y lujosas ediciones, y no recuerdo si

han valido al autor la honra de entrar en la Academia, lo que no me sorprenderia porque..... en fin, porque he visto tantas cosas en este mundo, que ya nada me sorprende.

D. RAMON CAMPOAMOR.

He aquí un poeta que no ha logrado una celebridad igual á su mérito, y sin embargo es bastante popular en España. Verdad es que de algunos años á esta parte, parece haber abandonado completamente las letras para consagrarse á la política, en lo que tal vez él ha ganado mucho, y aunque la poesía se resienta de su abandono, yo apruebo su conducta; pues voy empezando á creer que en este mundo el que tiene un talento particular y se empeña en cultivarlo, merecia que le aplicasen, por loco, el castigo que las leyes reservan para otra clase de delincuentes.

Pero vamos á la cuestion, y la cuestion es saber el concepto literario que debemos tener del señor Campoamor. Para esto será preciso ántes decir, que este señor ha ejercitado su musa en varios y muy distintos géneros: empezó por la poesía erótica ó amatoria, siguió un poemita filosófico titulado los *Ayes del Alma*, publicó despues unas fábulas, y como si se hubiera propuesto caminar siempre de mas á ménos, cerró su marcha literaria con unas semblanzas de los diputados á córtes.

Aunque digo que el señor Campoamor parece haberse propuesto caminar de mas á ménos, no quiero por eso

decir que se vea en sus obras la decadencia del talento, sino la del cansancio, esa decadencia que nace de la muerte de las ilusiones, del fastidio que produce en el hombre toda ocupacion por sublime que sea, cuando la toma por oficio. Por lo demás, es justo decir que el señor Campoamor, tan buen versificador como prosista, ha dado muestras de una inteligencia superior en todas las publicaciones que ha hecho.

Empezó este poeta, como llevo manifestado, por la poesía erótica, y no solo se distinguió en las sociedades literarias donde leia sus bellísimas composiciones, sino que pronto se le reconoció como un talento sin rival en dicho género. Hay tanta ternura, tanta delicadeza y tanta gala en sus poesías, que con razon llegó á ser el poeta favorito de las damas. ¡Con qué forma tan sencilla sabe ponderar las gracias de la jardinera en aquellas quintillas :

Como la luz hechicera,
Galana como el abril,
Adoro á una jardinera
Que, hermosa, en cuidar se esmera
El mas hermoso pensil.

. . . .

Si muestra su faz encanta,
Y cuando tierno suspira,
Al aura de envidia espanta,
Al claro sol cuando mira,
Y al ruiseñor cuando canta, etc.

No es ménos bella la descripcion que hace de la naturaleza en la composicion titulada : *La flor del Valle*, de la cual copiaré tambien algunos versos :

¡Flor columpiada entre abrojos
Que en tan apacible calma
Trocando estás mis enojos!
Tanto me encantas el alma,
Cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
Quieras divertir mi intento,
Que asaz divertido está.
Deja á un triste que en el viento
Sembrando ilusiones va.

. . . .

¡Qué dulce es si canta un ave
Con tierno y sentido afan!
Si forma el aura suave¡
Sonidos que nadie sabe
Si cruzan, vienen ó van!

. . . .

¡Qué regaladas dulzuras
La voz en el alma deja,
De aquellas tórtolas puras,
Que se dicen mil ternuras
Para decirse una queja!

. . . .

Te dan su son los ambientes,
El plácido abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes;

Y al valle tu olor prestando
Con muelle calma estás viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

Renuncio á copiar mas versos, porque si fuese á citar

todos los versos en que el señór Campoamor ha manifestado ser un poeta de primer órden, tendria que trasladar aquí todas sus poesías amatorias, género en que, lo diré aunque algunos se asusten, supera al mismo Meléndez.

Pero el señor Campoamor es otro de los ejemplos que corroboran mi opinion, de que nadie en esta vida se contenta con brillar en el género á que le llama su talento especial. Cansado de recibir aplausos en un trabajo que sin duda le parecia indigno, porque no hallaba en él dificultades, aunque debiera cultivarlo por lo mismo que no las hallaba, escribió *los Ayes del Alma*, poema lleno de bellezas, pero con algunos defectos, insuperable en la expresion de los afectos tiernos y en la armonía de la versificacion, aunque á veces metafísico, es decir, oscuro, porque la metafísica es inseparable de las tinieblas.

Por fin, la última obra en verso que el señor Campoamor dió á luz, fué una coleccion de fábulas morales y políticas, entre las cuales hay de todo, aunque abunda mas lo bueno que lo malo, y siempre debe admirarse la facilidad de la versificacion. Bajo este punto de vista, figura en primer término esta fábula, que es una de las mejores del autor :

LA CARAMBOLA.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Tiró una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo á mi ver una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza agena,
Refluye en nuestro mal por carambola.

Lástima es que en esta fábula haya la impropiedad de hacer rodar una bola en una cadena. Verdad es que el autor incurre con alguna frecuencia en estos defectos, y no es tampoco de los que mas respetan las reglas de la gramática. Pero al cabo, es uno de los mejores poetas contemporáneos, y á hombres que tienen este mérito se les pueden consentir de cuando en cuando las licencias que otros no saben disculpar con ninguna dote recomendable.

D. VENCESLAO AIGUALS DE IZCO

Soy amigo bastante antiguo de este escritor, y esta circunstancia es precisamente la que me mueve á decirle algunas verdades que en cualquier otro tendria por sospechosas. Digo esto, porque el señor Aiguals es acaso el autor moderno que, alcanzando mucho favor en el público, tiene ménos simpatías en el gremio literario, cosa que le favorece, léjos de perjudicarle, pues esta falta de simpatías se explica principalmente por la rivalidad, por la envidia, por ese espíritu de oposicion que en todas las clases se despierta contra los que, con razon ó sin ella, conquistan el aprecio popular.

Apareció el señor Aiguals en la escena política en 1842 con la publicacion de un periódico satírico, titulado *Guindilla*, y digo que apareció entónces, pues aunque ya muchos años ántes se habian representado comedias suyas en Madrid, su nombre era casi enteramente desconocido. Francamente, cuando yo leí el mencionado periódico en el cual habia algunos chistes y regulares versos, formé pobre idea del autor; porque en general desplegaba mas virulencia que verdadera gracia, dejando además un gran vacío en las doctrinas

que sustentaba, no porque el señor Aiguals no las defendiese con calor y buena fe, sino porque no habia podido dedicar al estudio de la ciencia politica el tiempo que sin duda habia consagrado á adquirir otros conocimientos.

Tuvo despues la buena ocurrencia de dar á luz un periódico literario titulado *La Risa*, y desde entónces me hizo variar de opinion, pues si sus artículos no revelaban la capacidad de un Larra, sus chistes manifestaban un competidor de Fray Gerundio, añadiendo á esta circunstancia la de versificar y escribir con correccion.

Desde luego se podia observar que el señor Aiguals de Izco era mas escritor jocoso que satírico, pues las composiciones á que él daba el nombre de satíricas no lo eran realmente; carecian de esa intencion y hasta de la forma con que se ha dado siempre á conocer la sátira, pero no por eso faltaba la gracia en sus escritos, que sin vanidad podia él mismo calificar de festivos ó jocosos.

Una prueba de la opinion que llevo expuesta está en las numerosas composiciones cortas á que el señor Aiguals daba el título de *epigramas*, no habiendo tal vez dos entre todas ellas que se acercasen á las condiciones de este difícil género, y que por consiguiente justificasen aquel pretencioso título. Mas diré, el señor Aiguals, segun las muestras que nos ha dado, no ha llegado quizás á comprender la diferencia que hay entre un pensamiento festivo y un pensamiento epigramático.

Pero si dicho señor no podia descollar en la sátira, no por eso podia negársele una musa ingeniosa y jovial en que tiene pocos rivales. He dicho que en esta parte, y sobre todo en las composiciones puramente literarias, podia competir con Fray Gerundio, y la prueba de esto está en la polémica que ambos señores sostuvieron so-

bre si el chocolate era preferible á los huevos, ó los huevos al chocolate, cuestion en que creo sinceramente que llevó la palma el señor Aiguals.

Defendia Fray Gerundio el chocolate con la gracia, con la oportunidad, con aquel estilo siempre ameno del supuesto fraile; pero su magnífica prosa se eclipsó ante estas excelentes octavas de su contrincante.

. . . .

¡Oh, mal aconsejado ilustre vate!
¿Quién te indujo al enorme desatino
De cantar á ese imbécil chocolate
Que agua requiere... que rechaza el vino?
Por no cometer yo tal disparate
Peino barbas de padre capuchino;
Pues con el vino solo me deleito,
Y por no gastar agua no me afeito.

. . . .

No se nutre el arriero catalan
Como un huevo tras otro no le den.
Con cada huevo se nos *jama* un pan,
Y aniquila el porron de un santiamen.
Quien huevos frie, entiende el gran refran,
Pues *tiene por el mango la sarten,*
Cosa que á un tagarote farfallon
Puede darle importancia de rondon.

Antes daria el amoroso beso
A una bruja infernal de genio adusto,
Que ensalzar cual si fuera mi embeleso
Al chocolate cálido y vetusto.
Frio, caliente, crudo, claro, espeso,
Siempre insípido fué su acerbo gusto.
Bien dijo cierta musa dramaturga
Que el chocolate vil es una purga.

. . . .

Si *per tropo variar natura é bella*
¿Quién niega la belleza á las tortillas?
Sin azúcar, sin clavos, sin canela,
Rinden al paladar mil maravillas:
¡Cuán deliciosa con guisantes cuela!
¡Qué rica es, vive Dios, con criadillas!
Pero aquel que las prueba con tomate
Reniega, sin cesar, del chocolate.

Argumentos alega mi adversario
Que valen poco ménos de tres bledos.
Trata á los huevos de ácido ordinario,
Porque hay quien se los come con los dedos.
A este modo de argüir estrafalario,
¿Qué dijeron los Tirsos y Quevedos?
Pues por ventura, reverendo vate,
¿Comeis con tenedor el chocolate?

Os habeis empeñado en su defensa
Sin reparar que en ello hay mil escollos:
Es de los huevos la ventaja inmensa;
Jamás del chocolate nacen pollos.....
Si en mejorar algunas veces piensa,
Busca el auxilio de los ricos bollos,
Que si son ricos, á decir me atrevo,
Lo deben al sabor del rico huevo.

De mis casillas sin piedad me sacas,
¡Terrible aparicion del otro mundo!
Hijo de Guayaquil y de Carácas,
¡Húndete del averno en lo profundo!
No quiero oir elogios ni alharacas
En pro del ente estéril é infecundo
Que al ostentar sus humos en los bailes
Muere sin sucesion como los frailes.

. . . .

Ni un lunar veo que amancille leve
Del huevo hermoso la elegancia pura;
Y es á despecho de la blanca nieve
Imágen del candor y la hermosura.
Cual la bella vestal, jamás se mueve
De su honesta prision, de su clausura,
Y en caja de marfil guarda el decoro
Clara argentina con la yema de oro.

. . . .

La tierna codorniz y el rico tordo
Que con sabroso arroz á todos placen,
Y la gallina que hace el caldo gordo,
Y el regio pavo, de los huevos nacen.
No hay que venirse, hermano, haciendo el sordo
A razones que todas satisfacen.....
Razones justas, con las cuales pruebo
Cuanto aventaja al chocolate el huevo.

. . . .

¡Oh, prodigiosos de facundia efectos!
(Venga una cruz por verso tan sonoro,
Si quieren ser nuestros ministros rectos,
Pues la trasposicion vale un tesoro.)
Peces, reptiles, pájaros é insectos
En la patria del Cid y en la del moro,
Aunque herido el cacao, gruña entre dientes,
Son de los huevos dignos descendientes.

Desiste, padre, de tu raro tema,
Que si en la raza de los dulces entro,
Pronto hallaré que la preciosa yema
De los mas delicados forma el centro.

Natilla, mazapan, bizcocho, crema,
En todo lo mejor al huevo encuentro.
¡Vive Dios, que tuviera perendengues
Hacer asco al dulzor de los merengues!

No hay nacion que si es culta no deseche
Del chocolate la feroz rudeza.
Sorbe la Gran-Bretaña el té con leche;
Sorbe *champañ* la Francia en su grandeza:
La Italia el macarron y el escabeche,
Y la Alemania sorbe la cerveza.
Pues solo al dar al chocolate un sorbo
Temieran contraer cólera-morbo.

. . . .

El palaciego que en deseos arde
De usurpar el dosel del regio trono,
Tan traidor como vil, siempre cobarde,
Oculta al rey su criminal encono.
De sumisa lealtad haciendo alarde,
El instrumento atroz busca, en su abono,
Que al rey de un golpe sin recelos mate,
Y es mejor que el puñal el chocolate.

Mas *yo que de los reyes soy amigo*,
Quiero salvarles de cualquier apuro:
A todos ellos con respeto digo:
Que el que quiera en el trono estar seguro
Y no ser infeliz cual don Rodrigo,
Coma á todo comer el huevo duro,
Pues además de ser manjar muy bueno,
Nadie introduce en él mortal veneno.

Aunque agradezco, ¡oh padre! el agasajo
Que bondadoso y liberal me ofrece,
De Tirabeque temo el desparpajo,
Y..... una idea espantosa me estremece.

Leí, no sé en qué crónica ó librajo
Que hablaba de la guerra de años trece,
Que un lego fué, con chocolate inmundo,
Quien hechizó á don Cárlos el Segundo.

. . . .

Como pueden juzgar mis lectores por las magníficas octavas que acabo de copiar, el señor Aiguals de Izco tiene facilidad y armonía en sus versos, muy buena rima y, sobre todo, chistes. Las muchísimas composicio nes que insertó en dicho periódico *La Risa*, y otras que en diversas épocas ha dado á luz, prueban que tiene apreciabilísimas dotes para la poesía festiva.

Además, ha cultivado con mas ó ménos fortuna otros géneros : ha escrito dramas y comedias, y él fué quien introdujo en España la novela socialista que con tan feliz éxito creó el célebre autor de los *Misterios de Paris*; pero, francamente, aunque el señor Aiguals maneja bien la lengua castellana, yo creo su prosa muy inferior á sus versos, y por mi voto no hubiera gastado en adquirir una gloria efímera el trabajo que podria haberle proporcionado otra mas sólida y duradera. Esta es toda la censura que puedo hacer de las obras literarias de este escritor, de quien podria decir aun mucho bueno respecto á sus conocimientos literarios. Solo consignaré aquí, que habla con facilidad el francés, el inglés, el italiano y el aleman, y si no le he prodigado mas elogios, es porque no quiero hacerme sospechoso á los que saben la buena amistad que siempre he profesado al señor Aiguals.

Dª GERTRUDIS GOMEZ AVELLANEDA.

Hay en España poetas y poetisas. Lo mismo sucede en otras partes, y la mismo ha sucedido en todos los tiempos, desde la edad de oro de la Grecia en que Píndaro tenia que habérselas frente á frente con la inspirada Corina, siendo en algunas ocasiones vencido por el genio de una mujer, hasta la España de nuestros dias que ha visto á la señora Avellaneda luchar tambien ventajosamente contra los mas acreditados vates modernos, en algunos concursos literarios.

Esto prueba que el genio no tiene sexo ¿pero qué digo? Lo que hace el genio es llevar su espíritu democrático hasta el punto de no conceder privilegios á determinado sexo; pues, por lo demás, es bien sabido que él siempre lo tuvo, aunque suele encubrir muchas veces las apariencias materiales con un disfraz, á la manera con que la diosa Minerva tomaba la forma de un viejo para guiar á Telémaco por la senda de las virtudes. Así, yo me atrevo á probar que la señora Avellaneda considerada como poeta, puede dignamente alternar entre los mas robustos seres del género masculino, miéntras que otros artistas y vates de los mas

ilustres de nuestro sexo tienen ó tuvieron el alma femenina, sin que por esto desmerezcan en mi concepto; pues creo yo que en la república del arte, la gracia de la mujer vale tanto como la energía del hombre. Y es digno de notarse tambien que nunca uno de estos genios ha brillado sin una especie de competencia providencial del otro. Miguel Angel y Rafael en la pintura, Calderon y Lope de Vega en la poesía, Rosini y Bellini en la música, y otros muchos que no nombro en obsequio de la brevedad, podrian figurar en los términos correspondientes de las dos series, una como emblema de la fuerza y otra como expresion del sentimiento, con que la historia nos manifiesta el órden periódico de sus evoluciones intelectuales.

Entiéndase que al hacer esta ligera digresion no he querido de ningun modo elevar á nuestros modernos ingenios á la altura de los eminentes poetas y artistas que he citado: no tomemos un estremecimiento galvánico por un renacimiento; no vayamos á creer que hemos vuelto al siglo de oro, para lo cual seria necesario el descubrimiento de una nueva América ó de una nueva Australia. Nuestro siglo actual, literariamente hablando, tiene poquísimos quilates de oro; es un siglo dublé y basta con que le raspemos un poco la capa exterior para descubrir el cobre.

¿Porqué no hemos de decir la verdad? La nacion española, tan rica de ingenios en otro tiempo, se ha contentado con ser en la época actual un remedo de la Francia. Cada escritor francés de alguna importancia ha encontrado en España quien le imite ó le parodie. El único poeta contemporáneo verdaderamente original de que podemos hacer mencion es D. Manuel Breton de los Herreros, cuyas obras aunque no fuesen tan buenas como son, tendrian siempre pára mí una alta estima-

cion literaria por el mérito indisputable de su originalidad. En cuanto á los demás autores, cualesquiera que sean sus talentos, no he alcanzado á ver mas que copias, unas veces buenas, otras medianas, y algunas deplorables, pero siempre copias Zorrilla el poeta que mas simpatías ha alcanzado en nuestros dias, como que tiene por admiradores á todos los necios; Zorrilla, que por no tener nada suyo, hasta en el amor propio es una copia de Narciso, se queja de que algunos le parodien cuando él no ha hecho en toda su vida otra cosa mas que parodiar; ¿qué digo parodiar? esforzarse inutilmente, por parodiar á Víctor Hugo. Para demostrar que el Narciso de las Musas españolas se queja sin justo motivo, bastará hacer esta reflexion sencilla: es imposible que un tonto movido por el espíritu de imitacion sea suficientemente tonto para parodiar á Zorrilla, pudiendo parodiar á Víctor Hugo. El que busca luz prestada, prefiere naturalmente los rayos directos del sol al pálido reflejo de los planetas. No, lo repito, no concibo un hombre bastante tonto que quiera anular su individualidad hasta el extremo de convertirse en sombra de otra sombra.

Volviendo al asunto que habia enunciado, daré en pocas palabras la prueba de que cada autor francés de algun valor ha tenido uno ó mas satélites en España, y es como sigue: Víctor Hugo ha tenido á Zorrilla, Ochoa y Neira de Mosquera. Este último se hizo en poco tiempo notable por una produccion que empezaba con estas palabras: « Era de noche, y sin embargo llovia, » y terminaba expresando el fantástico deseo de beber no sé qué licor aeriforme en copas de niebla. Alejandro Dumas ha tenido varios imitadores, entre los cuales figuran García Gutierrez, que es un excelente poeta, Hartzenbusch, que es un hombre de talento; el duque

de Rivas que tiene ribetes de talento y de poeta; Gil y Zárate que no es poeta ni tiene talento, y en fin, otros varios que pueden llamarse cantidades negativas, puesto que son inferiores á Gil y Zárate. Jorje Sand ha tenido varios imitadores, y sobre todo, aunque la señora Avellaneda, la Carolina Coronado y otras poetisas nuestras no la hayan parodiado, se puede creer que han escrito estimuladas por el ejemplo de la notabilidad femenina que tan alto lugar se ha conquistado entre los modernos autores franceses. Resulta, pues, que todos estos literatos han encontrado en España diferentes imitadores; ¡ todos, incluso Scribe! si bien debemos confesar que este ha sido el mas desgraciado, pues no ha tenido mas que á Rubí!!!

Pero hablando imparcialmente; si la señora Avellaneda ha debido su existencia literaria al espíritu de imitacion, como casi todos nuestros autores contemporáneos, tambien es cierto que no se ha limitado á ser una miserable copia. Esta señora es de los pocos autores que entre nosotros tienen carácter propio; y digo *autores*, tratándose de una señora, no solo porque la palabra es comun de dos, sino porque hay en el corazon de la Avellaneda tal energía, tal virilidad, que hubiera sido hombre capaz de las mas heróicas hazañas si hubiera consagrado á la espada el tiempo que ha dedicado á las bellas letras.

El genio de la Avellaneda tiene ese carácter multiforme que distingue á la mayoría de los autores en aquellas épocas en que careciendo la inspiracion de su primer requisito, que es la espontaneidad, ó de uno de esos estímulos sociales que convierten á la historia en poema, puede decirse que el arte degenera en artificio. Empezó por donde empiezan en España los literatos y hasta los letrados, esto es, haciendo versos; y como en-

tre nosotros se cree generalmente que el que hace buenos versos es útil para todo lo que quiera emprender, la señora Avellaneda hizo aplicacion de su númen lírico á la novela y á la tragedia, como podia haberlo aplicado á la química ó á la natacion. Sin embargo debo decir que esta señora dotada de excelentes cualidades para la poesía lírica, en que ha dejado marcada la huella de un genio mas sólido que otros vates mimados por la fortuna, ha cultivado la novela con talento y sostenido en la tragedia esa majestuosa entonacion que solo pertenece á los verdaderos poetas. No diré que su inventiva es de esas que infunden el desaliento en los que se sienten aguijoneados por la ambicion de la gloria; no ha revelado un nuevo tipo que nos haga creer en la existencia de una nueva musa; pero tiene en sus composiciones líricas la sublime sencillez de la verdadera inspiracion, y tiene, sobre todo, el buen gusto clásico que hace compatible la pureza de la diccion con las galas del lenguaje poético. Lo que mas caracteriza á la lira de la Avellaneda es el nervio, la índole masculina, el tono mayor en que pocos de sus contemporáneos han producido acordes mas llenos sin faltar á las leyes de la armonía. No la pidan ustedes idilios ni madrigales porque seria predicar en desierto; pero dénla ustedes asunto para una oda y la improvisará: tan familiarizada está con el idioma de los Riojas y de los Herreras.

Sin embargo el que hace lo mas ¿porqué no ha de hacer lo ménos? La señora Avellaneda tan robusta en los acentos heróicos del poema trágico de que nos ha dado apreciables muestras, sabe tambien cuando quiere cambiar de tono, conviertir su trompa en harpa, como puede verse en estos magníficos versos que tuvo

hace poco tiempo la galanteria de dirigir á D. José Zorrilla, muy señor mio y mi dueño:

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE.

«Yo al escucharte, mecida en alas
Del genio hermoso de las quimeras,
De tu *Granada* veré las galas
Bajo el ramaje de sus palmeras;
Y del Alhambra desiertas salas
Veré que pueblan sombras ligeras,
Miéntras al cielo tu canto exhalas
Y va la luna cruzando esferas.

Luego, en pos tuya, por los verjeles,
Entre arrayanes, mirto y laureles,
A tu Moraima pura
Diré el secreto
Que el céfiro murmura
Volando inquieto.
Y en torno flores
Se abrirán al suspiro
De tus amores.
¡Vate armonioso!
Por solo un eco de tus cantares
Que placer vierten tan misterioso,
Yo te daria
Las perlas todas de índicos mares,
Las flores todas de Andalucia.

Esto es lo que se llama poesía ¡qué naturalidad! ¡qué sencillez! y al mismo tiempo que fantasia! Veamos, para comparar, la primera estrofa de la composicion en que Zorrilla responde á esta primera estrofa de la Avellaneda:

EL POETA ÁRABE Á LA POETISA CRISTIANA.

Sirena ardiente, fascinadora,
Cisne canoro del Mediodía,
Reina del canto dominadora,
Hija del genio de la armonía.
Lanza triunfante tu voz sonora,
Rival no tiene tu poesía,
Ni puede débil competidora
Seguir sus giros mi fantasía.

Mas ¿qué lazo ata nuestros dos seres?
¿Sabes decirme por qué misterio
Iman oculto de mi alma eres?
¿Porqué mi orgullo cede á tu imperio?

Garza pujante que al cielo subes
Y que te ciernes sobre las nubes,
Allá en el éter donde te ufanas,
Pregunta á alguno de los querubes
Si nuestras almas son dos hermanas.

La mia á tu voz siento
Que se extremece,
Y juzgo que tu aliento
Me pertenece;
Mas yo te escucho:
Canta tú, que yo en vano
Contigo lucho.
¡Sirena hermosa!
Por solo un eco de tu inspirada
Voz que las auras mas melodiosa,
Yo romperia
Todos los cantos de mi *Granada*,
Todas las cuerdas del harpa mia.

Esto es lo que se llama vulgaridad. ¡ Qué afectacion ! y al mismo tiempo ¡ qué lenguaje ! Prescindiendo de la falta de novedad porque no hay en las líneas que acabo de citar mas que lugares comunes, frases huecas, repetidas ya por todos los copleros del mundo, es digno de ver ese flujo de trasposiciones con que Zorrilla quiere suplir á la total carencia de las ideas.

La mia á tu voz siento
Que se estremece.

Es decir, á tu voz siento que se estremece la mia ; y luego :

Voz que las auras mas melodiosa,

Es decir, voz mas melodiosa que las auras. Y ¡ este autor se queja de que le parodien, siendo él el que pretende parodiar á todos los que han escrito, incluso á Lope de Vega de quien ha tomado para cortar sus versos este célebre patron :

En una de fregar, cayó, caldera !

Solo Zorrilla parodia seriamente hasta la trasposicion que hizo Lope de Vega burlándose de los llamados cultos.

En los dos trozos que he copiado se ve efectivamente que nuestra poetisa, comparable á Corina cuando ménos en la modestia, es muy superior al moderno vate español que no tiene ningun punto de semejanza con Píndaro. ¡ Y á pesar de todo, la señora Avellaneda que es una verdadera poetisa y que tan bellas demostraciones ha dado de su buen criterio, insiste en prodigar á Zorrilla el incienso que ya le ha trastornado los sentidos !

¿Cómo se explica esto? Pero los genios mas privilegiados se ven en muchas cosas sometidos á la ley de la rutina, y era necesario que la señora Avellaneda pagase su tributo á la rutina en compensacion de las galas originales con que la naturaleza ha enriquecido su imaginacion florida, y su corazon entusiasta.

Nuestra poetisa trabaja mejor el verso que la prosa, siguiendo en esto la costumbre de la mayoría de nuestros escritores; pero, no obstante, si carece de esa hilacion y solidez de ideas que con dificultad hallarémos en ninguno de nuestros prosistas, se distingue por cierta fluidez que no es muy comun, y por cierta correccion que en los tiempos que alcanzamos merece la recompensa de los elogios y algo mas.

Tal es, en extracto, el concepto literario que yo tengo formado de la señora Avellaneda, de quien nunca he sido amigo personal; ántes bien, recuerdo haberla tratado con poca indulgencia en otras ocasiones, aunque jamás he dejado de reconocer su talento. Voy á decir algunas palabras sobre este particular, y estoy seguro de que la misma señora Avellaneda acabará mas tarde ó mas temprano por hacer justicia á mis observaciones, aunque no disimule la dureza de la forma con que alguna vez las he presentado. ¿Quién es perfecto en el mundo? Yo ménos que nadie.

Ocurrió uno de esos concursos literarios tan frecuentes en España de algunos años á esta parte, y la señora Avellaneda obtuvo el *premio* y el *accesit*, es decir los dos premios, acontecimiento verdaderamente fenomenal en la historia de las competencias artísticas ó literarias del mundo; porque la creacion del accesit, es decir, la idea de establecer diferentes premios, ha tenido por objeto estimular á diferentes personas. Por otra parte tampoco se concibe como un mismo asunto puede

inspirar á un mismo individuo de dos maneras distintas, y así ha sido siempre una ley explícita ó tácitamente establecida la de que un autor no pueda presentar en los concursos mas que una obra. Verdad es que la señora Avellaneda presentó su composicion bajo la garantía de su nombre y otra firmada con un pseudónimo; pero esto no dejó de ser un medio ingenioso de eludir la ley, un sofisma en práctica, y la forma no podia disculpar la ilegalidad del fondo.

No se crea que habla en mí la voz del resentimiento, pues debo manifestar que entre todos los escritores contemporáneos quizá soy yo el único que no ha escrito prosa ó versos para optar al premio en alguno de los susodichos concursos literarios. ¿Porqué?... Porque aunque hubiera tenido la seguridad de triunfar, habria desdeñado la poco lisonjera gloria del triunfo.

Cuando en otras naciones se verifica un concurso, los autores pueden presentar sus obras adoptanto las precauciones necesarias para guardar el anónimo que debe conservarse hasta que el tribunal haya fallado, y cualquiera puede ocultar su nombre, seguro de que por parte de los demás este secreto será inviolable. A este requisito debió Juan Jacobo Rousseau el premio de Dijon, que fué el origen de su vida literaria, y solo así puede el principiante resistir á la presion de las reputaciones bien ó mal adquiridas que compensarian alguna vez la escasez del mérito con la influencia del prestigio. Pero ¿qué sucede en España? Muchos dias ántes de aquel en que ha de tener lugar el concurso se conocen los nombres de los que han escrito, y muchos dias ántes de presentarse las composiciones se sabe quien ha de ganar el premio. ¿Cómo podia yo haber escrito jamás sabiendo estas cosas? Cuando el amor propio no me hubiera aconsejado el retraimiento, me lo

habria aconsejado la conciencia, quiero decir, que no hubiera escrito nunca sabiendo que no habia de llevarme el premio, por lo mismo que no me lo habia de llevar, y tampoco habria escrito sabiendo que me lo llevaria por lo mismo que habia de llevármelo.

Estas y no otras fueron las razones que yo tuve para criticar á la señora Avellaneda, quizá con exagerada acritud, en la competencia literaria que ántes he referido, pues confieso ingenuamente que por su talento y por las bellezas de las obras premiadas, merecia la palma del triunfo en aquel combate.

En resúmen, la Avellaneda figura á la cabeza de los trágicos modernos, y ocupa un distinguido lugar entre nuestros poetas líricos. En este último concepto solo he conocido tres autores que puedan oponérsela dignamente, á saber : Arolas, Tassara y, de vez en cuando, Espronceda.

D. EUSEBIO Y D. EDUARDO ASQUERINO.

Tarea enojosa es siempre la del crítico, pero sobre todo cuando ha de juzgar á sus mejores y mas íntimos amigos personales. Si estos son dignos de censura, la pluma se resiste á escribir contra ellos, y si merecen elogios corre uno el peligro de que nadie crea en la sinceridad de sus palabras. Por fortuna, los jóvenes D. Eusebio y D. Eduardo Asquerino se encuentran en la situacion mas favorable para ellos y para mí. Tienen talento y, lo que es mas, lo han acreditado de tal modo que no necesitaré hacer grandes esfuerzos para demostrar que en este caso la estimacion personal no ha ejercido ninguna influencia en la estimacion literaria.

D. Eusebio Asquerino es en mi concepto mas poeta dramático que D. Eduardo, pero en cambio creo que este es mas poeta lírico que aquel. Hablaré del uno y del otro, dándoles el turno que la misma naturaleza ha prescrito, no á su mérito, en que no encuentro ni quiero establecer diferencia, sino á su nacimiento.

Si yo dijese que Don Eusebio Asquerino era un poeta dramático de primer órden, estoy seguro de que el mismo autor rechazaria esta lisonja; pero si le coloco á la

altura de los mas apreciables ingenios comtemporáneos, puedo asegurar tambien que ninguna persona imparcial negará la justicia de esta proposicion. Mas me atreveré á decir: el autor de quien voy hablando ménos iniciado en el secreto de los efectos escénicos que Hartzenbusch, ménos lírico que García Gutierrez, y ménos espontáneo que Breton, tiene sobre estos señores la ventaja de no concebir un plan sin proponerse algun fin, y esto hace su mayor elogio porque revela un talento adecuado á las exigencias de la época. Además ¿qué viene á ser ya un drama circunscrito á ese juego de bastidores, á esa sucesion de peripecias amorosas y á la música de los versos, si despues que ha logrado entretener al público durante dos ó tres hores no deja en el alma de nadie impreso el recuerdo de alguna leccion moral ó política? Este es el defecto capital de nuestros autores dramáticos, y he aquí porque merece mas respecto que otros Don Eusebio Asquerino, escritor mas apreciable por sus aspiraciones filosóficas que por sus dotes literarias.

Ya lo he indicado algunas veces en el curso de esta obra; nuestros autores cuando hacen un drama ó una comedia se proponen simplemente hacer llorar ó reir, y con tal de conseguir esto quedan tan satisfechos como si hubieran puesto una pica en Flandes. Todo consiste en esa falta de desarrollo intelectual que hace considerar como fin lo que debia mirarse como medio.

Si fuesemos á pasar revista á los escritores que han perpetuado su memoria con sus obras, veriamos que todos han subordinado los detalles, la parte mecánica del arte, al objeto moral, la parte mas elevada de la concepcion. Voltaire no vió en la literatura mas que un instrumento que podia emplear para destruir las creencias de su sigló, así como Chateaubriand ha echado ma-

no de este mismo instrumento para reedificar el monumento derribado por Voltaire, y prescindiendo aquí de la intencion mas ó ménos plausible que ha presidido á los trabajos de estos célebres obreros de la inteligencia, convendrémos siempre en que tanto el uno como el otro han sabido levantarse sobre el nivel de los ingenios vulgares, tomando las bellas letras como un medio para llegar á un fin.

Ahora bien, lo repito, Don Eusebio Asquerino, á quien estoy distante de adular comparándole con Chateaubriand ni con Voltaire tiene con los grandes pensadores este buen punto de contacto, y basta echar una ojeada sobre sus obras para persuadirse de esta verdad. Entregado á la política como todos los hombres de noble y generoso corazon, porque solo á las almas egoistas es dado mirar con indiferencia el problema humanitario cuya solucion parece reservada al siglo en que vivimos, ha creido que el teatro debia ser una cátedra, por no decir un púlpito, donde el sacerdote de una doctrina pudiera ilustrar la conciencia del pueblo, y por eso sus dramas *Gustavo Wassa*, *Españoles sobre todo*, *Un verdadero hombre de bien*, *Los Gracos*, *Felipe el Hermoso*, y otros que han sido justamente aplaudidos por su mérito literario, tienen á mis ojos el doble valor filosófico de su aspiracion política. Y debo advertir que no sostengo esta doctrina precisamente porque el señor Asquerino pertenece como yo á la comunion democrática; lo mismo haria si militasemos en distintos bandos; pues yo no quiero imponer á nadie mis ideas, pero si exijo, para formar buen concepto del corazon de un hombre, que profese alguna opinion, y para juzgar su inteligencia ventajosamente, que sepa emplearla en defensa de sus principios. Por esta razon, Don Eusebio Asquerino será siempre mirado por mí como una honrosa especia-

lidad entre nuestros modernos poetas. Es un filósofo sin pretensiones que habla el lenguaje de la *musa del porvenir* conocida, entre los que la tributamos culto, con el simpático nombre de *libertad.*

Don Eduardo Asquerino ha hecho comedias tambien, dando pruebas siempre de un talento apreciable, pero yo prefiero sus poesías líricas á sus composiciones dramáticas.

Desde que yo ví la primera produccion de este jóven, que no tendria á la sazon arriba de quince años, comprendí que este se conquistaria un elevado puesto en el parnaso español, y no tengo inconveniente en decir ahora que el poeta sobrepujó mis esperanzas mas pronto y mas allá de lo que yo habia imaginado. Solo ha tenido una desgracia, y es la de nacer demasiado tarde. Cantó cuando otros muchos vates habian conquistado con razon ó sin ella el monopolio de los aplausos, y cuando por esto mismo era necesario tener una voz privilegiada para hacerse oir entre el clamoreo de la muchedumbre. Un punto ménos que mi amigo Eduardo Asquerino hubiera dado en el diapason, habria bastado para relegarle injustamente al cuerpo de los coros; pero por fortuna alcanzó esa nota dada con suficiente desahogo para llamar la atencion del público, y el artista consiguió ocupar un lugar privilegiado, aunque inferior al que merecia en la estimacion general.

Las poesías de don Eduardo Asquerino deben sin duda demasiado al arte, y estoy tentado por decir que deben mucho al artificio, defecto que el autor contrajo en su infancia literaria, pues ya en la época de su aparicion la espontaneidad habia cedido su puesto al amaneramiento, aun entre los verdaderos poetas. Así, para apreciar en su justo valor las bellezas de esta musa, yo empezaria por quitarla un poco del colorete y pomada

que sobra en su rostro y en sus cabellos; porque si una mediana hermosura nos agrada á veces por su tocado, nunca una verdadera deidad nos encanta mas que cuando la vemos despojada de artificiales adornos.

Pero esto quiere decir que el señor don Eduardo Asquerino puede brillar sin rebuscar los efectos de la forma, que es poeta naturalmente, y en efecto, así lo revela en sus composiciones líricas, de que siento no poder ofrecer aquí una muestra; en esas composiciones bañadas siempre por una melancolía dulce que envuelve un consuelo en cada suspiro, y se complace en suspirar con frecuencia; en esas composiciones nutridas de pensamientos á la vez que de imágenes; en esas composiciones, en fin, cuyas galas naturales tienen bastante originalidad para revelar un genio peculiar, característico, en una palabra, un poeta. Y efectivamente ¿á quién de nuestros poetas antiguos ó modernos ha imitado don Eduardo Asquerino? Yo creo sinceramente que su gusto literario no se ha formado sin leer con entusiasmo á Campoamor y García Gutierrez; pero si estos han podido influir en su modo de cantar, solo la naturaleza ha podido darle la facultad de pensar y de sentir profundamente.

Me olvidaba de decir que don Eduardo pertenece tambien como su hermano al número de esos hombres ilustres que cumplen una sagrada mision rindiendo el debido culto á las exigencias de su época, y que don Gregorio Romero Larrañaga, estimable poeta cuya musa, contra lo que se observa generalmente, se ostenta cada vez mas fresca y sentimental, ha concurrido algunas veces con don Eusebio y don Eduardo Asquerino á esos triunfos escénicos en que el público ha coronado con sus aplausos el doble mérito literario y filosófico de las mencionadas comedias políticas.

D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

He aquí un poeta amigo mio, que se ha hecho justamente célebre por su talento y promete aumentar su celebridad por su pereza. Cuando se habla de este autor es imposible decir que se le juzga por sus obras, puesto que nunca ha dado, y probablemente, aunque viviera tantos años como yo le deseo, nunca daria mas que una obra. Pero ¿qué importa? Si García Gutierrez no hubiera hecho mas que el *Trovador*, y Breton se hubiera retirado despues de dar la *Marcela*, diriamos como decimos hoy, que estos dos escritores eran dos grandes poetas. D. Eulogio Florentino Sanz tuvo al dar su drama titulado *D. Francisco de Quevedo* una gran fortuna que fué al mismo tiempo una gran desgracia. Hizo una obra, que entre nosotros puede llamarse maestra, con lo cual consiguió desde aquel momento figurar entre los autores de primera línea, y esta fué su fortuna; pero conoció, porque esto no podia escaparse á su clara inteligencia, que quedaba obligado á no dar en adelante obras medianas ó simplemente buenas, y esta fué nuestra desgracia. El público naturalmente curioso, investigador y aun exigente, cuando se trata de los

hombres que han sabido granjearse sus simpatías, ha dado en la manía de preguntar, ¿porqué razon el autor de *D. Francisco de Quevedo,* que se anunció bajo tan brillantes auspicios, no ha producido nada despues? Y D. Eulogio Florentino Sanz, que tiene pereza, hasta para dar una simple contestacion, ha guardado silencio, en lo que no me atreveré á decir si ha hecho bien ó mal; pero el público que aplaudió su primera obra continúa esperando la segunda y haciendo comentarios sobre su tardanza, y he aquí porque la pereza ha aumentado realmente la popularidad que el autor de *D. Francisco de Quevedo* supo ganar con el indisputable mérito de esta produccion.

Yo puedo hablar de esta obra, porque la conozco desde que nació y aun ántes de que naciera. El autor tuvo la complacencia de leerme cada uno de sus actos, á medida que los iba concluyendo, y yo tuve el gusto de pronosticarle el éxito que obtendria. Pero, para hacer el elogio de dicho drama ¿necesitaré hacer una larga y palabrera historia en forma de juicio crítico? Nada de eso. Basta con que consigne aquí mi opinion de que el tal *D. Francisco de Quevedo* es uno de los pocos dramas modernos que pasarán y deben pasar á la posteridad, fundándome para ello en estas poderosas razones:

1.ª En que el drama tiene buen plan y está desenvuelto con maestría.

2.ª En que tiene bellísimas situaciones y excelentes caractéres.

3.ª En que tiene un diálogo admirable y una versificacion digna del diálogo.

4.ª En que pinta de una manera brillante la córte y costumbres del tiempo de Felipe IV.

5.ª En que ha dibujado con rasgos muy profundos la gran figura de Quevedo, y vindicado á este grave

personaje del concepto equivocado en que le tenia el vulgo.

Lo dicho basta para que el drama sea justamente mirado como una de nuestras mejores obras, y su autor como uno de nuestros primeros poetas, aunque muy perezoso.

INDICE.

FIN DEL INDICE.

PARIS. — IMPRENTA DE WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.